



Antonio de Trueba

El Libro de las Montañas; Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Antonio de Trueba

El Libro de las Montañas; Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer

El libro de las Montañas
Prólogo

I

Hace años escribí un libro en verso y le llamé El Libro de los Cantares porque estaba inspirado en los del pueblo y reflejaba el carácter particular, de estos cantares, y ahora he escrito otro y lo llamo El Libro de las Montañas por que está inspirado en las de Cantabria y refleja, más o menos débilmente, el carácter particular de estas montañas. A los ojos del naturalista y el filósofo las montañas tienen una significación, y a los ojos del pueblo tienen otra. Yo soy un poeta que se parece mucho al pueblo y nada a los sabios, y diciendo esto digo que este libro sólo se llama El Libro de las Montañas porque refleja lo que el pueblo ve en las montañas en que se ha sentido y compuesto. Por la ventana del cuarto donde escribo estoy viendo a unas muchachas que trabajan y cantan en un maizal inmediato. Si les pregunto qué es lo que hacen, me responderán que trabajan y no que cantan, y si les digo que cantan mal, me argüirán que sólo tienen tiempo para trabajar bien. Los cantares que contiene este libro se han cantado como los que cantan aquellas muchachas: trabajando, bien o mal, si no entre verdes maíces o dorados trigos, que es donde trabajan los labradores, entre misteriosas ruinas y empolvados manuscritos, que es donde trabajan los cronistas y archiveros.

II

Alguien dijo hace muchos siglos que se iban los dioses, y como la imitación no es propiedad exclusiva de los monos, alguien anunció mucho después que se iban los reyes y alguien ha añadido últimamente que se va la poesía. Ni los dioses, ni los reyes, ni la poesía se van. Los dioses y los reyes, lo más que hacen es mudar de nombre, y la poesía lo más que hace es mudar de voz. La poesía no se irá mientras no se vaya la humanidad, de cuya

naturaleza forma nobilísima parte, porque la poesía es el corazón humano. Vaya algún ejemplo de sus transformaciones. Los recuerdos de la infancia son rico manantial de poesía. Para el que pasó la infancia en el campo, la poesía es una casa que tiene árboles enfrente, y para el que la pasó en la ciudad, la poesía es una casa que tiene enfrente otras casas. Yo he visto, poco menos que llorando de ternura, o lo que es lo mismo de poesía, a unos bilbaínos al ver a unos soldados ensayarse en el ejercicio de fuego en las laderas del Archanda, y era sencillamente porque, en su infancia, veían todos los días a cristinos y carlistas andar a tiros en aquellas mismas laderas. No, no, la poesía no se va ni se puede ir; los que se van son los cantores, porque la humanidad, aunque no ande, ni pueda andar, demasiado ocupada para sentir, anda demasiado ocupada para cantar.

III

Dícese que el público no quiere versos. Cierto: lo que quiero el público es poesía, que es cosa muy distinta, y si se la ofrecen en versos sencillos, fáciles y armoniosos, la prefiere a la que le ofrecen, en prosa. En versos que sólo tienen la primera de estas cualidades, le ofrecí yo la poca o mucha poesía que hay en El Libro de los Cantares, y este libro, al nacer su hermano, está ya reclamando la séptima edición española. ¿Cómo ha de querer el público versos a secas, es decir, versos sin lágrimas de ternura, que son los que se le ofrecen de cada cien veces las noventa y cinco, si los versos a secas so tiesto sin flores o fuentes sin agua? Mientras haya padres que hayan perdido o teman perder a sus hijos, el público buscará y saboreará el raudal de lágrimas que, en forma de versos, ha derramado Aguilera y ha bautizado con el nombre del Dolor de los dolores la tierna y discreta Carolina Coronado. Mientras haya quien tenga Dios, patria y familia, no faltará quien escuche a los que canten con la emoción de la verdadera poesía tan hermosos objetos. Y mientras el sol dore y vivifique la tierra, y el cielo se vista de azul y la primavera adorne los campos de hojas y flores, la humanidad, que escucha con deleite el canto de los pájaros, escuchará con dulce emoción el canto de esos otros pájaros que se llaman poetas.

IV

Cuando por primera vez salió a luz El Libro de los Cantares, valía mucho menos que ahora, porque he procurado mejorarlo siempre que le he impreso. Si Dios da tan buena suerte al Libro de las Montañas como a su hermano, quizá llegará a ser algo digno de la noble tierra en que se ha escrito; pero reconozco humildemente que hoy no lo es. Hay tanta poesía y tan sencilla grandeza en estas montañas éuscaras, que el pintor más inspirado y diestro se esforzará cuanto le sea posible en trasladarlas con fidelidad al lienzo y quedará descontentísimo de su obra. Estos valles, perpetuamente verdes y hermosos, estos altísimos montes erizados de rocas y precipicios, estos mares casi siempre agitados y en gigantesca lucha con las montañas calcáreas que avanzan a su encuentro como desafiando su cólera; este pueblo tan amante de sus libertades y su dignidad, tan valeroso y fiero para defenderlas y al mismo tiempo tan pacífico, tan laborioso, tan leal, de costumbres tan dulces y puras, tan respetuoso ante Dios, ante la justicia humana y ante los ancianos; este antiquísimo, original, elocuente y dulce idioma que con un nére maítía en el hogar doméstico, un aurrerá en los campos de batalla y un amá virgiña en el templo, entona tres admirables poemas de

amor, de valor y de religión; este apego al hogar paterno y a las tradiciones de la familia; este espíritu de igualdad, noble y sabiamente entendida; estas asambleas a la sombra de un árbol en que el pueblo se gobierna a sí propio hace más de mil años; estas singulares y misteriosas tradiciones que viven en cada caserío, en cada bosque y en cada roca; todo esto es tan grande y tan bello que el libro, o el cuadro a que se haya querido trasladar, por grande que parezca a los que no lo conocen, debe parecer muy pequeño a los que lo conocemos. Creo que mi nuevo libro puede pasar como libro; pero como libro con pretensiones de reproducir la fisonomía física y moral de la tierra éuscara, no en manera alguna. Sírname de disculpa la sincera confesión de que no tiene tales pretensiones. Quizá las tengan otros que espero dar a luz muy pronto, que a aspirar a tanto llega, no mi audacia, sino mi amor a la tierra en que he nacido; pero El Libro de las Montañas sólo aspira a alcanzar en la poesía castellana la modesta categoría que ha alcanzado su hermano El Libro de los Cantares.

Antonio de Trueba.

Durango, julio de 1867.

- 1 -

A la musa

I

Musa mía, que cantaste

en los campos de Castilla
al compás de hondos suspiros
por las montañas nativas,
ya que en ellas cantar quieres,
¡canta, canta, musa mía!
Yo no soy de esos poetas
tiranuelos y egoístas
que en la cárcel de su gusto
tienen a la poesía.
«Vuela por el mundo, vuela,
te digo todos los días,
porque todo el mundo es patria
de los que en el mundo habitan,
y Dios, que carta te ha dado
de libre y cosmopolita,
a la humanidad entera
quiero que cantes y sirvas.»
Así te digo amoroso,
pero tú, mansa y sencilla,
en vez de tender el vuelo
por regiones infinitas,
vas a posarte en las ramas
del santo árbol de Guernica

o en las que dan grata sombra
a la pobre casería,
o en la cruz del campanario
de mi aldehuela nativa,
diciendo-: «Deja que cante
en esta tierra bendita,
que por cristiana y por libre
y por humilde y por linda
y por honrada y por pobre
de mis cantares es digna.
Cayeron todos los árboles
de la libertad antigua,
¿y no he de cantar en éste,
de la libertad siendo hija?
Se apagan ¡ay! los hogares
en las ciudades y villas,
¿y no he de entonar canciones
sobre la choza pajiza
donde aún el hogar humea,
siendo del hogar delicia?
Se desmoronan los templos
porque la fe se amortigua,
¿y no he de cantar en donde
la fe inmaculada brilla,
yo, que en la fe, bebí siempre
inspiraciones divinas?
Si canto en estas montañas
fe, libertad y familia,
para el universo canto,
que el objeto que me inspira
derecho me da a llamarme
cantora cosmopolita.»

II

¡Canta, musa mía, canta
en las montañas nativas,
ya que de cantar en ellas
gustas tanto, musa mía!
Quizá no falte en el mundo
quien, por humillarte, diga
que estás en el campanario
de una parroquia cautiva;
pero a ese responder puedes
que tus canciones sencillas
entonadas junto al fuego
de la pobre casería
oculta en estas montañas

ya en las remotas orillas
del Pacífico y del Báltico,
más de un corazón agitan.
Diez siglos de heroicas lides
en estas rocas invictas
por las libertades patrias
y la religión divina,
a entonar cantos guerreros,
musa mía, te convidan;
pero rara vez empuñes
la épica trompa de Ercilla,
que Dios a entonar cantares
más apacibles te inclina.
Aquella iglesia que encierra
las memorias y reliquias
más amadas y más santas
para los que en torno habitan,
y aquel pueblo, que a la sombra
del árbol que simboliza
sus nativas libertades,
la ley que le rige, dicta,
y aquella casita blanca
que con tanto amor cobijan
con sus ramas los castaños
y el valle con sus colinas,
eso, musa mía, tiene
para ti más poesía
que cien campos de batalla
y cien triunfos y conquistas,
y eso es lo que casi siempre
debes cantar, musa mía!

- 2 -

Al vulgo

Vulgo que no ves nunca
flor si no nace,
día si no amanece,
sol si no sale...
estas canciones no oigas,
que estas canciones
gustan al que las siente,
no al que las oye.

- 3 -

La caserita de Arrona

parece A la humanidad,
el «viva usted muchos años»
nunca llevamos a mal.
Yo procedo de longevos
y no me pesa, en verdad,
pero hay veces que la vida
tanta fatiga me da,
que pienso, en mi padre y digo
con desaliento mortal:
-Mi padre tiene ochenta años
y yo tengo la mitad....
Padre mío, padre mío,
¡si pudiéramos cambiar!..

- 6 -

Parábola

I

Señor, el pobre coblari
que en sus nativas montañas,
fecundas con el bendito
sudor de la frente humana,
pasa la vida dichoso
amando a Dios y a la Patria,
sabe que a los pasajeros
soléis preguntar en Francia:
«¿Por qué no entona el coblari
como el ave en la enramada,
un canto cuando el sol sale
y otro cuando el sol se apaga?»
Señor, el pobre coblari
cuyas sencillas tonadas
os placen tanto, por ser
españolas y cristianas,
que soléis al extranjero
en su lenguaje explicarlas,
desde el castañar amado
donde en su niñez jugaba,
por esos dulces recuerdos
¡salud os envía y gracias!

II

Señor, el molino rico
de orilla del Ibaizábal,
que es el más grande de todos
los ríos de estas montañas,

anda y anda sin descanso
porque nunca le falta agua;
pero el molinillo pobre
de orilla del Boluaga
que el pastorcillo vadea
sin mojar la blanca abarca,
si andando pasa una hora
parado dos horas pasa,
y cuando parado yace
no es, señor, que así descansa,
sino que recoge el pobre,
para volver a andar, agua.
Como inspiración os sobra
y a mí inspiración me falta,
vos sois el molino rico
de orilla del Ibaizábal,
y yo el molinillo pobre
de orilla del Boluaga.

- 7 -

Alborada de amor

La niña y yo una mañana
fuimos a coger cerezas,
y la niña y yo volvimos
coloraditos como ellas,
porque unos recién casados
que venían de la iglesia
mirándonos sonriendo,
dijeron.-: ¡Así se empieza!

- 8 -

Egoísmo filial

I

Mi madre me dice:- Niña,
no me gusta, no me gusta
que andando de baile en baile
y de tertulia en tertulia,
la reputación desdoras
y la juventud consumas;
pero yo respondo:- Madre,
con sermones no me aburra,
que quien tiene buena cara
no debe tenerla a obscuras.

II

Mi madre me dice-: ¡Niña,
con ese lujo me asustas!
Mira que somos muy pobres,
mira que humilde es tu cuna
y mira que muy mal sienta
la inmodestia en la hermosura;
pero yo respondo -: Madre,
peor sienta la lana burda.

III

Mi madre me dice-: Niña,
si alguien te dice «me gustas»,
y es honrado el que lo dice,
quíerelo con alma pura;
mas no andes buscando novio,
que no lo encontrarás nunca;
pero yo respondo-: Madre,
nadie encuentra si no busca.

IV

Mi madre me dice-: Niña,
toda, toda mi alma es tuya,
dicta el amor mis consejos,
en la experiencia se fundan,
¡y, a pesar de eso, los oyes
como quien oye la lluvia!
Perdidas están las hijas
cuando a su madre no escuchan;
pero yo respondo-: Madre,
en la juventud ilusa
la voz del deber es ruido
y la del placer es música.

- 9 -

Parecido

Pensaba de sus cantares
lo que de los míos yo
un mancebo que cantaba
a la puerta de su amor:
«Son los cantares que canto
hijos de mi corazón,
y se parecen muchísimo...
al padre que los parió.»

- 10 -

La romería

Ti-ti-rulí dice el silbo,
tan-ta-rará el tamboril,
ja, ja, ja, ríen los mozos
y las mozas ji, ji, ji,
y todo es en la arboleda
tañer, bailar y reír.
El sol se hunde melancólico
tras las cumbres del Oíz
y la campana del templo
pone al árin-árin fin,
que es voz de Dios la campana
y del mundo el tamboril.

- 11 -

La oración

I

Se acerca el sol al ocaso,
y yo, con el alma inquieta,
las colinas de Mendieta
transpongo con lento paso.
Y subo, y subo y al fin
gano más altas colinas
y huello las santas ruinas
del templo de San Martín.
Y aquí me paro un momento,
y por natural instinto,
rezo y lloro y canto y pinto
lo que veo y lo que siento.
Que la sublime belleza
del sol tocando a Occidente
dice al alma del creyente:
«canta y pinta y llora y reza.»

II

El sol se hundió tras los montes
que cual faja de verdura,
circuyendo la llanura
limitan los horizontes.
Y todo en tierra y en mar
ejerce en mí dulce imperio
bañado por el misterio
de la luz crepuscular.
Mas ya con sus vibraciones,
«¡reza!» una campana dice,
y es la del templo en que hice

mis primeras oraciones.
¡Silencio, y al mundo vano
olvida, alma mía inquieta,
que ante Dios... calla el poeta
y se arrodilla el cristiano!

- 12 -

Homónimo

Navecilla que llevas
el nombre mío,
Dios te volverá al puerto
de que has salido,
pues aquel cuyo humilde
nombre te han puesto,
surcó mares más hondos,
y volvió al puerto.

- 13 -

Las campanas

Campanas de Mercadillo
cuyas armonías santas
me dicen todos los días
al despuntar la alborada:
«¡sal del lecho, sal del lecho
a ver el sol de tu patria!»
Campanas de Mercadillo,
pedid a la Inmaculada
cuyo trono refulgente
sobre vosotras se alza,
que lleguen siempre a mi oído
vuestras armonías santas.

- 14 -

El amor y el interés

Escriben de Amorebieta,
lugar de este Señorío,
donde por partida doble
tiene el amor domicilio:
«El amor y el interés
siempre andan en desafío,
y el interés al amor
siempre lo rompe el bautismo.»

- 15 -

La conciencia

Desde niño he procurado
tener blanca la conciencia,
y, no obstante, me da miedo
cuando me encuentro con ella,
porque me han dicho que cubre
en las cimas del Gorbea
nieve blanca, blanca, blanca,
rocas negras, negras, negras.

- 16 -

Paradoja

Es menester que compongas,
Señor, un poquito el mundo,
porque se ha deteriorado
de tal modo con el uso,
que el enterrador de Güeñes
anda vestido de luto,
porque hace más de dos años
que no se ha muerto ninguno.

- 17 -

Puerto seguro

La vida es nave ligera,
los hombres son marineros,
la tierra es mar proceloso
y la sepultura es puerto.
Para el que ha luchado siempre,
con las olas y los vientos,
¡qué blanda es la santa fosa
donde duermen sus abuelos!

- 18 -

Tierra de las libertades

En este rincón de España
que pueblan montes excelsos
y de linderos le sirven
el Océano y el Ebro,
las libertades antiguas
tienen su asilo postrero,
y cuando el hacha romana
y el alfanje sarraceno
las lanzaron de Castilla,

también aquí le tuvieron...
¡Tierra de las libertades,
que en ti descansen mis huesos!

- 19 -

Los náufragos

I

Azul y sereno el cielo,
azul y sereno el mar,
se alejan los pescadores
de la ribera natal;
pero conforme se alejan
por la azul inmensidad,
la vista de cuando en cuando
tornan con amante afán
hacia las verdes montañas
donde blanquea su hogar.
¿Qué buscan allá sus ojos?
¿Qué su corazón allá?
¡Quizá buscan la ventana
donde unos ojos están
llorando al ver que se alejan
por la azul inmensidad!
Si ojos azules engañan
aunque es dulce su mirar,
cielos y mares azules
¡cuánto, ay Dios, no engañarán!

II

Como de monstruo marino
que siente herida mortal
y brama y rabioso azota
las ondas al expirar,
se oyen lejanos bramidos
que aproximándose van,
y, conforme se aproximan
se agita iracundo el mar
y en altos montes de espuma
se torna el terso cristal.
¿Qué monstruo es el que se acerca?
Es su nombre el huracán
y es Dios por su omnipotencia
y es Luzbel por su impiedad!
¡Ay, los pobres pescadores
al puerto no tornarán,
que ya sepultura tienen

en los abismos del mar
y ojos que los vieron ir,
nunca a verlos volverán!

III

Noble y anciana Bermeo,
contigo quise llorar
y me prosterné a la sombra
de tu santuario foral.
El cielo estaba sereno,
serena estaba la mar,
porque cielo y mar recobran
pronto su serenidad
y corazones heridos
no la recobran jamás.
-¡Ay de la viuda y del huérfano
faltos de abrigo y de pan!-
clamó una voz dolorida
en los abismos del mar.
-La caridad los ampara.
-¡Bendita la caridad!-
dijo trémula de gozo
la voz sobrenatural,
y en los abismos reinaron
augusto silencio y paz.

IV

Sí, la caridad ampara
la viudez y la orfandad
para que su sueño eterno
duerman los muertos en paz.
De Bermeo a Donostía
corren lágrimas al mar;
de dolor son muchas de ellas
y de gratitud las más.
¡Santa Virgen de Begoña
que proteges nuestro hogar
y a nuestros pobres marinos
en las tempestades das
fuerzas para resistir
y fe en Dios para esperar,
conserva a tu noble villa
el timbre que la honra más:
la fe cristiana, que es santa
madre de la caridad!

Olas de lágrimas

En las verdes colinas
de Ibaranguélua
donde el bramido eterno
del mar resuena,
canta una pobre loca
que en el mar sólo
ve un inmenso sepulcro
de hijos y esposos:
-Tantas lágrimas bebes
mar de Cantabria,
que parecen tus olas...
¡olas de lágrimas!

- 21 -

Vestido largo

Inútilmente a la niña
vestido largo la ponen,
que un poquito más de tela
no tapa las tentaciones.
Quien las tentaciones tapa
es, según graves doctores,
el recato en las mujeres
y la prudencia en los hombres.

- 22 -

Canto de amores

A la sombra de un cerezo
sentándonos ella y yo,
comencé, de amor temblando,
a declararla mi amor,
y un pájaro que cantaba,
dijo:- ¡Esa es otra canción!
Pájaro que te enfadaste
cuando escuchaste mi voz,
que alzaba un canto de amores,
¡comprendo tu mal humor!
¿Cómo tú, por bien que cantes,
has de cantar como yo,
si tú cantas con el pico
y yo con el corazón?

- 23 -

Encargos de aldea

Río Arnáuri, río Arnáuri
que corres al manso Nerva
desde Gorbea y Altube
saltando de peña en peña;
río Arnáuri, río Arnáuri,
párate en la anciana Areta
y besa los pies a Ochanda,
la de las doradas trenzas;
que desde la blanca Algorta
hasta Orduña la morena,
es la doncella más linda
y más pura y más discreta.

- 24 -

Claveles dobles

Un chico de Amorebieta,
celoso como un demontre
y aficionado al equívoco,
trinaba una obscura noche
volviendo del caserío
donde tiene sus amores:
«Claveles a las hermosas
solemos llamar los hombres,
pero fuera más exacto
llamarles claveles dobles.»

- 25 -

El primer amor

I

Cuando bajan a misa
las aldeanas
de zagalejos cortos
y trenzas largas,
y campanas y pájaros
canta que canta,
regocijan los valles
y las montañas,
¡válgame Dios,
que pena siente mi alma
renovando memorias
casi olvidadas!

II

Era yo casi niño

y una mañana
que cantaban los pájaro
y las campanas,
brotaron en el fondo
de mis entrañas
los primeros amores
que no se acaban,
viendo bajar a misa
las aldeanas
de zagalejos cortos
y trenzas largas.

- 26 -

Muncharaz

I

Farautes de Sancho el Sabio
que en justas halla solaz,
para unas justas famosas
pregones echando van.
Los mejores justadores
de toda la cristiandad
a Pamplona van, ganosos
de combatir y triunfar,
y armado de todas armas,
también a Pamplona va,
riberas de la Borunda
Pero Ruiz de Muncharaz,
el justador más valiente
y más diestro y más galán
desde el Zadorra al Cadagua
y desde el Ebro a la mar.

II

Callada está y solitaria
la torre de Muncharaz
entre los altos nogales
que fruto y sombra le dan.
Ya no cruza gente de armas
el sombrío nocedal,
que solamente lo cruzan
negros ola-guizonac.
Al són del mazo y la tolva
cabe el ilustre solar
no se une, como otras veces,
el són del clarín marcial.
Y al pináculo de Urquiola

tan triste el romero va,
que el «Aita San Antonio»
no entona en el arbolar.

III

No hay en el Duranguesado
iglesia monasterial,
cuyas campanas no entonen
alborozado cantar.
Campanas y pueblo, alegres
cantares al aire dan
porque de Navarra torna
Pero Ruiz de Muncharaz
honrado y enriquecido
con una joya real,
que Urraca, la hermosa hija,
del rey Sabio, esposa es ya
del justador más valiente
y más diestro y más galán
desde el Zadorra al Cadagua
y desde el Ebro a la mar.

IV

Cuando va a misa la noble
señora de Muncharaz,
¡con qué amor a saludarla
pequeños y grandes van!
Dice la santa abadía
con sus lenguas de metal:
-Bendita la que prefiere
a un trono, un honrado hogar
y a las fiestas de un alcázar,
las fiestas de un robledal!
-¡Bendita del Señor sea!
dice el venerable abad.
-¡Bendita! el pueblo repite-
dondequiera que va,
templo, sacerdote y pueblo,
que bendiciones le dan.

V

Colina de Guerediaga
la del batzárra foral
y llanura de Levario
la del ancho castañar,
si buen testigo no fuera
la torre de Muncharaz

de que no está en los alcázares,
toda la felicidad,
vosotras podéis muy bien
este testimonio dar,
que una hermosa hija de reyes
busca en vosotras solaz
y si algún hondo suspiro
la veis del alma exhalar,
suspira de gozo siempre
y de tristeza jamás.

VI

Don Sancho escribe a su hija:

-Hija, en esa soledad,
avezada a la mi corte,
de tristeza morirás!

Con el honrado marido,
ven, hija, a te solazar.»

Y respondo al rey la noble
señora de Muncharaz:

-¡Oh, padre, el mi señor padre,
dejadme vivir acá,

que reinar en corazones
es el más dulce reinar.

No estoy triste, no, mi padre,
que en aquesta soledad,
Dios y el marido y los hijos
santa alegría me dan.»

- 27 -

Creamos

Bien merecen los creyentes
la envidia de los ateos,
que si les falta la tierra
se refugian en el cielo.
Cuando en el cielo me ofreces
lo que en la tierra no encuentro,
¡con qué gratitud, Dios mío,
te adoro y te reverencio!

- 28 -

Ángel y diablo

La mujer, que por la iglesia,
deja el puchero quemar,
tiene la mitad de diablo
y de ángel la otra mitad.
Diablo y ángel, altercando
sobre quien la ha de llevar,
en la hora de la muerte
¡qué tirones le darán!

- 29 -

Plegaria

Inmaculada María
que ves el inmenso amor,
el inmenso amor de padre
que ha atesorado en mí Dios.
¡Inmaculada María,
da tu pureza y candor
a la inocente y hermosa
hija de mi corazón!

- 30 -

Libertades y lluvias

I

Tierra éuscara, tierra éuscara,
cuando el santo Jaungoicúa
sacó del caos tenebroso
los montes y las llanuras,
te erizó de altas montañas,
y de cavernas profundas
para que a España sirvieras
de fortaleza segura
que extranjeros ni tiranos
no pudieran rendir nunca,
y el providencial destino
aún cumples noble y augusta,
¡que aún en ti las libertades
seculares se refugian!
Estériles son las rocas
y las ásperas alturas
si el riego y las libertades
no las honran y fecundan,
y Dios, sin duda, queriendo
fecundar y honrar las tuyas,
las libertades les guarda

y les envía las lluvias.

II

Madre España, madre España,
yo he cruzado tus llanuras
de Portugal, de Castilla,
de Aragón, de Extremadura,
de Toledo, de Valencia,
de Andalucía y de Murcia,
y de las cuatro estaciones
que durante el año turnan,
en tres las he visto tristes
y desoladas y mustias,
porque Dios, que les ha dado
cielo azul, tierra fecunda
y anchurosos horizontes,
les ha negado las lluvias
y las nobles libertades
que dan perpetua hermosura
a los valles y montañas
que el Ebro y el mar arrullan.

III

Madre España, madre España,
tú, que eres cristiana pura
y única nación del mundo
que en serlo su gloria funda;
tú, que, por Dios, valerosa,
luchaste siete centurias
y la cruz de Dios pusiste
sobre la infiel media luna,
tú, a Dios tan propicio tienes
que no te desoye nunca.
Si en terrenal paraíso
quieres trocar tus llanuras,
que he visto incultas y tristes
y desoladas y mustias,
levanta corazón y ojos
al que invocaste en la lucha,
diciéndole: ¡Señor, dame
la inestimable ventura
que diste a la tierra éuscara:
su libertad y sus lluvias!

Cierzo y granizo azotan
techo y ventanas,
el ganado aterido
busca la cuadra,
dicen las aves:
«aquí nos refugiamos
aunque nos maten.»
Braman mares y ríos
desesperados;
naturaleza es toda
luto y espanto,
cual si la excelsa
voz de Dios lo gritase:
«¡Maldita seas!»

Si el sol rompe las nubes,
sin calor brilla,
si las lluvias descienden,
esterilizan;
los arroyuelos
no murmuran, que gimen
presa del hielo.

-¡Que se apaga la lumbre!
¡Leña, muchachos!
-¡Otro cuento, abuelito,
tras otro trago!
-Pues es mi cuento...
que quien suda en verano
come en invierno.

- 32 -

Febrero

Oh, Febrerito el corto,
muy bien venido,
que hermosas esperanzas
vienen contigo;
si alguien lo duda,
pregunte al can que un poco,
de sombra busca.

Fresca es la mañanita,
porque los campos
cubre la blanca escarcha
beneficiándolos;
pero un almendro
en florido lenguaje
grita: ¡Buen tiempo!

Pájaros que en los árboles
de centinela,
miráis a ver si viene
la primavera,
gritad de arriba:
«Ya parece que asoma
su señoría!»

Y tú, santo, que igualas
días y noches
y sirves a las fiestas
de cicerone,
la misma gracia
distribuye a la triste
familia humana.

- 33 -

Marzo

Brilla el sol en el cielo
libre de nubes
y en la naturaleza
vida difunde;
que apenas brilla,
todo lo alegra y todo
lo resucita.

Ese disco esplendente,
cuyos destellos
funden y regeneran
el universo,
no, no es un astro,
que es tu santa pupila,
¡Dios de lo alto!
Mar y cielo se visten
de azul celeste,
y la tierra se pone
su traje verde...
¡Visten de fiesta
porque saben que viene
la primavera!

¡La primavera viene
sembrando flores
y la anuncian cantando
pájaros y hombres!
¡Mar, cielo y tierra
te saludan alegres,
oh, primavera!

- 34 -

Abril

Flores brotan los campos
y el alma flores,
que las flores del alma
son los amores...

¡Ay, los que no aman
en el mes de las flores,
no tienen alma!

Virgen de ojos azules,
casta paloma,
¿por qué inclinas la frente
tan melancólica?
Silencio, virgen,
que el carmín de tu rostro
bastante dice.

Hayas de Iturrigorri,
yo, en vuestros troncos,
al pie de los conceptos
más amorosos,
he hallado el nombre
del hermoso y bendito
mes de las flores.

Y en Abril las doncellas
en su ventana
ponen el oloroso
tiesto de albahaca,
con que misterios
del corazón revelan
a los mancebos.

- 35 -

Mayo

Pajaritos canoros,
hermanos míos,
entonemos a Mayo
cantos divinos,
que ya nos brindan
los tempranales grano,
los huertos guindas.

La flor que mi hogar llena
de gozo santo,
brotó una mañanita
del mes de Mayo.
¡Cómo mi lira

no ha de cantar, oh Mayo,
tus mañanitas!
Yo te canto y bendigo
mañana y tarde,
ya a compás de los pájaros
en nuestros valles,
o ya al del pueblo
que festeja a la Virgen
en nuestros templos.

Florido mes de Mayo,
bendito seas,
que si flores nos quitas
frutos nos dejas,
y en dulces lazos
unes la primavera
con el verano.

- 36 -
Junio

¡Seas muy bien venido
con tus verbenas,
con tus plácidas noches,
con tus hogueras,
tus romerías,
tus dulces serenatas
y amantes citas!

¡Gloria a tu sol fecundo
que ha sazonado
las mieses y las frutas
verdes en Mayo,
gloria a ti, Junio,
que el sudor convertido
muestras en fruto!

Con razón canta el pueblo
de mis montañas
en su elocuente y dulce
lenguaje éuscara:
«Frutas y flores,
buenos tienen en Junio
sabor y olores.»

Y así debe encontrarlas
la doncellita
que del galán recibe
flores y guindas,
cuando risueña
madruga con pretexto

de la verbena.

- 37 -

Julio

-Padre, ¡que el sol nos quema!

-Seguemos, hijo,
que más queman a uno
trojes vacíos.

-¡Si es lumbre viva!

-Eso quiere la uva
de nuestras viñas.

-Hoy torno a mis hogares.
alegre y sano,

yo, que triste y enfermo,
vine a los baños...

¡Si el mes de Julio
viene un poco más tarde,
me halla difunto!

-Mes de Julio, bien hayas,
que en tal mes tengo
pan en plantas y en árboles,
ropa en mi cuero,
techo en las nubes,
cama en la blanda hierba
y en el sol lumbre.

-¿Qué tal la romería?

-Buena cual pocas.

-Yo traigo de ella novio.

-Yo traigo novia.

-Yo celos traigo.

-Yo he perdido el dinero.

-Yo lo he gastado.

- 38 -

Agosto

Mes de Agosto, bendito,
bendito seas
puesto que corazones
y trojes llenas,
trojes, de trigo,
corazón del labriego,
de regocijo.

Ya no ostentan su verde
manto las vegas,
pero ostentan, en cambio,

trigo las eras,
frutas las cámaras,
racimos los parrales,
gozo las almas.

Sopla ardiente el Levante,
se anubla el cielo,
refulgura el relámpago,
retumba el trueno,
nubes revientan
y la lluvia a torrentes
los campos riega.

Tórnase azul el cielo,
brilla el sol claro,
refrescan el ambiente
céfiros mansos,
y restaurada
la creación entera,
¡gloria a Dios! canta.

- 39 -

Septiembre

Con la escopeta al hombro,
detrás los perros,
por los campos cercanos
se va el labriego,
y a veces caza
y a veces filosofa
y a veces canta.

Al declinar la tarde
vuelve a la aldea
pensando que sus viñas
ya amarillean,
y, ebrio de gozo,
«¡voy a tener, exclama,
ríos de mosto!»

Allá abajo, en el llano,
de sus hogares
en blancas nubecillas
el humo sale,
y en gozo puro
su corazón inundan
hogares y humo.

Y oyendo el santo toque
de una campana,
se descubre la frente
del sol tostada

y a un tiempo piensa
en Dios y su familia
que Dios prospera.

- 40 -

Octubre

Mes de los melancólicos
llaman a Octubre,
que es amarillo el campo,
pardas las nubes,
y la arboleda
gime al ver que sus galas
el viento lleva.

¡Pero mirad qué alegres
mozos y mozas
invaden los viñedos
desde la aurora!
¡Ved qué alegría
pregonan los cantares
de las vendimias!

Muy bien venido seas,
mes melancólico,
que al labrador ofreces
vino sabroso,
maíz dorado,
castañas y manzanas
y tiempo grato!

Hasta yo, a quien devora
sed infinita
de inspiración y dulce
melancolía,
hasta yo mismo,
mes de las almas tristes,
te amo y bendigo.

- 41 -

Noviembre

-¡Qué tristes las campanas
tocan a muerto!

-Recemos, hijos míos.

-Madre, recemos.

-¡Que santifique
nuestro hogar la memoria
del que no existe!

-¡Padre, padre, qué manta

de nieve cae!

-Falta lo hacía al trigo
para arroparse.

-¡Soplan los cierzos!

-Soplaremos nosotros
vinillo nuevo.

-Gruñe el cerdo a la puerta.

-Dadle manzanas,
que él nos dará muy pronto
sabrosas magras.

-¡Ay Dios, qué ricas
con chacolí y castañas
cuando ventisca!

-¡Hoy viene en los papeles
que se han ahogado
diez pobres marineros
en Machichaco!

-¡Y habrá en el mundo
quien diga que se vende
caro el besugo!

- 42 -

Diciembre

-Del Guadarrama al Hirnio
sesenta leguas,
y cubierta de nieve
la mitad de ellas.

¡Aunque me hiele,
a hacer gabón a casa
trotando viene!

-«Madre, mi comandante
me da licencia
para hacer con ustedes
la nochebuena.»

-¡Dios mío, gracias,
que vuelvo a ver al hijo
de mis entrañas!

-¡Mazapán y turrónes!...
¡sopa de almendra!...
Madre, en mi regimiento
no hay estas cenas.

-Hijo, consiste
en que no es vuestra madre
quien os las sirve.

-¡El salvador del mundo
nace esta noche;

canten su natalicio
mujeres y hombres,
y odios acaben
en el linaje humano
cuando Dios nace!

- 43 -

Todo lo amo

La primavera alegre,
triste el invierno,
porque es joven la una
y el otro es viejo;
pero a los dos saludo
con mis canciones
porque amo al viejo, viejo
y al joven, joven;
y los ojos del alma
ven dondequiera
flores tras los abrojos,
sol tras las nieblas.

- 44 -

Misa primera

I

Entre el laberinto vario
de la sombría floresta,
levanta la frente enhiesta
el sonoro campanario.
Y apenas con su sonrisa
la aureola el valle engalana,
el toque de la campana
llama a las gentes a misa,
y por cuestas y por llanos,
de fe y de modestia ejemplo,
dirígense al santo templo
niños y mozos y ancianos.
En vez de ricos joyeles,
ornan el altar sencillo
rosas y albahaca y tomillo
y azucenas y claveles,
y si la pobreza veda
al templo órgano sonoro,
le suplen cantando a coro
las aves en la arboleda.

II

Ya de oír la misa santa
sale el pueblo en tropel vario,
y gozoso el campanario
un himno al Señor levanta;
y lleno de dulce gozo,
por la vega y el collado
tornan al hogar amado
el niño, el anciano, el mozo,
y de las cumbres lejanas
vertiendo el sol luz a mares,
parece unir sus cantares
al himno de las campanas.
¡También yo a estos infinitos
hosannas uno mi acento,
que abrasado en fe me siento
en estos campos benditos!

- 45 -

Egoísmo santo

Yo he estado en una comarca
donde todo es cosa linda,
menos el cielo y la tierra
y la gente que allí habita.
¿No sabéis a esta comarca
cuál es la más parecida?
Pues es la que está más lejos
de vuestra tierra nativa.
«No hay madre como mi madre,
ni hija como mi hija,
ni patria como mi patria,»
cantaba un santo egoísta.

- 46 -

La campana y el pasajero

-Campana cuyos cantares
hace tres días no oímos,
puesto que vienes de Roma,
dime lo que en Roma has visto.
-He visto un hermoso anciano
al pie de un altar bendito,
por el humano linaje
rogando humilde al Altísimo.
Es un monarca cercado
de majestad y prestigio

ante quien parece el tiempo
su curso haber detenido.
De ambos extremos del mundo
lanza a su sagrado asilo
en són de fiera amenaza
la tempestad su rugido.
Cuando el sacerdote augusto
oye el huracán bravío,
se vuelve, sonrío afable,
le bendice amorosísimo,
y, tornando a orar, reanuda
la frase que ha interrumpido.
¡Pasajero que preguntas,
esto es lo que en Roma he visto,
y esto que yo he visto en Roma
se ve allí hace veinte siglos!

- 47 -

Suspiro real

Oyendo un rey cantares
de campesinos,
desde el fondo del pecho
lanzó un suspiro...
Lanzó un suspiro
y aunque no dijo nada,
¡cuánto, ay, Dios, dijo!

- 48 -

El valle del Ibaizábal

Frente la mar de Cantabria,
que entre nieblas misteriosas
en la inmensidad perdiéndose,
se agita y ruge furiosa,
o callada y apacible
el azul del cielo copia;
allá a la izquierda, Santurce
y allá a la derecha, Algorta,
blancas las dos como dos
bandadas de gaviotas
que toman el sol posadas
sobre las marinas rocas;
más acá, Portugalete
arrullado por las olas
y la frente coronada
con la basílica gótica

que alzó a María la Santa
María la bondadosa,
río arriba, río arriba,
Ibaizábal, cuyas ondas
copian naves y palacios
y jardines y áureas pomas,
y al fin del valle, la villa
noble, opulenta y hermosa
que amparas bajo tu manto,
santa Virgen de Begoña.
Que las auras de estos valles
mi último aliento recojan
y digan aquí las gentes
cuando por mí doblar oigan:
«¡Anciano por quien lloramos,
Dios te corone de gloria!»

- 49 -

Soledad del alma

De tus mil soledades,
oh vida humana,
sólo me espanta una,
y es la del alma...
¡Y es la del alma
que a su inmortal destino
va solitaria!

- 50 -

Las cruces

I

Santas cruces, santas cruces
que alzaron nuestros abuelos
desde el pueblo a la colina
que se alza orilla del pueblo
conmemorando el sublime
sacrificio del Cordero,
poco a poco, santas cruces,
¡vais cayendo! ¡Vais cayendo!
Y, conforme caéis... caen
la paz del hogar doméstico
y la paz de la república
que a vuestro pie florecieron!

II

Los que la triste estadística

del crimen vais inquiriendo
por aldeas y ciudades
para impedir su progreso,
en vez de ir al consistorio
con tan generoso intento,
id a la santa colina
que se alza orilla del pueblo,
y os dirán, mejor que estados
y judiciales procesos,
las cruces que halláis caídas
cuántas virtudes cayeron!

III

Noble tierra de Cantabria
en cuyos verdes oteros
la religión y el trabajo
tienen altares perpetuos,
aún en tus oteros se alzan
reverenciados y enhiestos
los piadosos simulacros
que alzaron nuestros abuelos.
Noble tierra de Cantabria,
cuida de ellos, cuida de ellos,
que cuando las cruces caen...
¡ay de los pueblos!

- 51 -

Camino del camposanto

Desde que a mi dulce madre
oí el siguiente cantar,
me parecen los cipreses
que sombra a los muertos dan,
verdes laureles de triunfo
y olivas santas de paz:
«¡Camino del Camposanto
nos solemos encontrar
los que lloramos aún
y los que no lloran ya!»

- 52 -

El verdugo

Viéndome estrechar la mano
benevolente y afable
de los pequeños y humildes
que tengo por mis iguales,

la suya me dio el verdugo
para que se la estrechase,
mas yo retiré la mía
porque aborrezco la sangre.
-¿Por qué mi mano no estrechas?
-Porque la mía no manche.
-¿No soy acaso tu hermano?
-No; Caín no lo es de nadie.
-La ley me hizo su instrumento.
-¡Ley santa! ¡Instrumento infame!
-Mi padre es también verdugo.
-Odia al verdugo, ama al padre.
-Manchado a este mundo vine.
-No hay manchas que no se laven,
con lágrimas, si, adquiridas,
con sudor, si originales,
en vez de verter, restaña
sangre de tus semejantes,
que para el rescate humano
la de Jesús es bastante.
Empuña una noble esteva
en vez de un cuchillo infame,
y cuando entres en el cielo,
santos y vírgenes y ángeles
no «¡salve, hijo del verdugo!»
te dirán en sus cantares,
sino, como al santo Isidro,
«¡hijo del trabajo, salve!»

- 53 -

¡Ay!

Ayer, cuando el sol moría
tras las cumbres encartadas,
pensaba yo en ti, sentado
junto a la corriente mansa
que nace en Iturrigorri
y muero en el Ibaizábal.
Poco a poco a la corriente
se deslizaron mis lágrimas
y están ya en el Océano
aquellas gotitas de agua...
¡Ay lágrimas de mis ojos!
¡Ay amores de mi alma!

- 54 -

Saludo de padre

Hoy que la santa Iglesia
tributa culto
al santo de tu nombre,
yo te saludo,
yo te saludo
con el amor más santo
que hay en el mundo!
De la tierra y el cielo
bendito seas,
¡oh santo amor de padre
que a Dios acercas...
que a Dios acercas,
alegrías del cielo
dando en la tierra!

- 55 -

Catecismo

I

En estas nobles montañas.
que el mar Cantábrico bate,
la fe divina florece
y sus aromas esparce;
mas, como nace el argoma
entro las flores del valle,
así alguna vez la duda
entre la santa fe nace.

-Hijo, si en riesgo te vieres
en esos traidores mares,
a la Virgen de Begoña
le pedirás que te salve.

-Madre, tales peticiones
son buenas para cobardes.

-Hijo, a rezar te enseñamos.

-Pero lo he olvidado, madre.

II

Descalzos los pies, y al hombro
restos de náufraga nave,
caminito de Begoña
va un mancebo con su madre.
Dan las campanas del templo
su santa armonía al aire
y ante la Virgen, de hinojos,
anciana y mancebo caen,
y rezan y lloran, mientras

en los cercanos fresales
una doncellita canta
en la lengua de estos valles:
«El que no sepa rezar,
que vaya por esos mares
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.»

- 56 -

Pájaros Voladores

Yo vuestras alas no envidio,
pájaros de raudo vuelo
que vais volando, volando
hacia mi nativo pueblo.
Si llegáis presto vosotros,
he de llegar yo más presto,
que para volar no hay alas
como las del pensamiento.

- 57 -

Meditación

Bramaba el mar tenebroso
y declinaba la tarde,
y el toque de unas campanas
sonaba en el hondo valle.
Yo estaba sobre una roca
en cuya cóncava base,
rugían como leones
las olas al estrellarse;
yo estaba sobre una roca
puesto en la palma el semblante
y en la inmensidad los ojos
y el pensamiento... ¡Dios sabe!

- 58 -

Péru el de Baracaldo

I

Péru, el de Baracaldo,
tanto se afana
por una morenilla
somorrostrana
cuyos ojillos negros
y retozones
incendian a las verdes

Encartaciones,
que en la noble anteiglesia
como en la villa,
su pensamiento absorbe
la morenilla,
y aún más si ha echado un sorbo
del rico caldo
que producen las viñas
de Baracaldo.
Péru tiene una huerta
muy diminuta,
pero dan sus frutales
muy buena fruta,
y toda la que tiene
madura un guindo
que en todo Baracaldo
no lo hay más lindo,
guarda el amante Péru
de buena gana
para la morenilla
somorrostrana.
Péru mañana y tarde
pasa en la huerta
con la escopeta al lado
y el ojo alerta,
temiendo que los tordos
bajen de Triano
y al guindo consabido
le metan mano,
y sin guindas se quede
la morenilla
que va a llevar el nombre
de su costilla.

II

Cuando el sol refulgente
los campos tuesta,
¡qué dulce es bajo un árbol
dormir la siesta
si el céfiro marino,
que es cosa rica,
susurrando amoroso
nos abanica,
y a más de eso soñamos
con la muchacha
cuya zalamería
nos emborracha!

Piensa que piensa Péru
bajo del guindo
en la somorrostrana
de rostro lindo
a cuya salud, hace
media hora escasa,
taponó una barrica
de las de casa,
da una cabezadilla,
da hasta unas siete
y se queda dormido
como un zoquete;
y, entre tanto, los tordos
con ansia bruta,
metiendo al guindo mano,
se hartan de fruta.
Cuando despierta Péru
y el robo nota,
se tira de los pelos
y jura y vota;
pero el vuelo hacia Triano
toman los tordos
diciendo en una silva
que oyen los sordos:
«¡Baracaldés insigne,
piensa mañana,
piensa en la morenilla
somorrostrana!»

- 59 -

El valle de la vida

El valle de la vida
tiene dos puertas:
¡dichosos los que salen,
tristes los que entran,
tristes los que entran,
que de entrada a salida
mucho se pena!
¡Ay, hija de mi alma,
cuántos pesares
tendrás antes que llegues
al fin del valle,
al fin del valle
que contempla tan largo
tu pobre padre!

- 60 -

Solos los dos

En nuestros valles nativos
un solitario rincón,
donde dos castaños verdes
no dejan entrar el sol;
debajo de los castaños
una praderita en flor,
y en la pradera una fuente
que nunca el hombre enturbió;
¡qué sitio tan delicioso,
prenda de mi corazón,
para conversar solitos,
solitos nosotros dos!

- 61 -

El alba

Pi, pi-que, despunta el alba

derramando claridad;
pi, pi-que en blancas columnas
sube el humo del hogar;
pi, pi-que alzan las campanas
el canto matutinal;
pi, pi-que los segadores
cantando a los campos van;
pi, pi-que van las doncellas
agua serena a buscar;
pi, pi-coloradas fueron,
pero vuelven mucho más;
pi, pi-que a su encuentro han ido
los mancebos del lugar;
pi, pi-que ya despuntando
el sol en Oriente está;
pi, pi-que se eleva un himno
de alegría universal;
pi, pi-que benditas sean
la luz y la libertad.

- 62 -

Por fuera y por dentro

Mi corazón por fuera
le han visto todos,
mi corazón por dentro
le ve Dios solo...
le ve Dios solo,
¡que Dios sabe las cosas
que en él escondo!

- 63 -

Alegrías del hogar

I

Estaba triste mi alma,
triste como hogar desierto,
que no brillaba aquel día
el sol dorado en el cielo,
ni daban hojas y flores
frescura y aroma al viento,
ni entonaban sus cantares
los pájaros en mi huerto.
«Subamos, dije, subamos
a la cumbre de aquel cerro,
y en pos de aroma y cantares
y luz y ambiente sereno,
¡tiende desde allí, alma mía,
por la inmensidad tu vuelo!»

II

Y subí, subí a la cumbre
del Ganecogorta excelso,
y en los valles del ocaso
descubrí el hogar paterno;
y hacia él tendió el alma mía
regocijada su vuelo,
y allí encontró fe y amores,
y luz y ambiente sereno,
y cantares y perfumes,
y esperanzas y recuerdos
con que presintió en la tierra
las alegrías del cielo!

- 64 -

Mi guitarra

Dicen que los dolores
no mortifican
al que tiene una dulce

compañerita...
¡Compañerita
como la que en ti tengo,
guitarra mía!
¡Mientras no halle mi alma
quien la acompañe,
de mí, guitarra mía,
no te separes,
No te separes,
que me dan mucho miedo
las soledades.

- 65 -

Arriba y abajo

I

Nacieron dos doncellitas
en estas montañas altas,
y fueron las dos creciendo
puras, lindas, perfumadas,
como en un tallo dos rosas
o en un ramo dos manzanas,
envidia de la llanura
y encanto de la montaña.
A las fiestas de la villa
bajaron una mañana;
desde el día que bajaron
una llora y otra canta.
-Hija mía, ¿por qué lloras?
-¡Madre los montes me espantan!
-Pues si te espantan los montes,
te casaré en tierra llana.

II

Allá abajo, en la llanura,
tocan a muerto campanas
y acaso tocan, ¡Dios mío!
por la hija de mi alma.
Desde que casó parece
rosa del rosal cortada,
que sus ojos están tristes
y su mejilla está pálida.
-¿Qué tienes, hija?- le digo,
y en vez de responder, calla.
¡Y llora y los tristes ojos
hacia los montes levanta!
yo te casaré en los montes,

¡oh mi solterita amada,
que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana!

- 66 -

Familia de muertos

¡Felices los que tienen
su sepultura
donde padres y hermanos
tienen la suya...
Tienen la suya
refrescada con lágrimas
que no se enjugan!

- 67 -

Ven acá

I

¡Con el cansancio en el cuerpo
y la emoción en el alma,
me siento en los tomillares
que perfuman la montaña
pensando en ti, como siempre,
estrella de mi esperanza!
Miro al Septentrión y veo
llanuras en que derrama
la mano del Señor, flores
que frutos serán mañana
y llenarán los hogares
de paz y alegrías santas.
Y entonces levanto al cielo
mis ojos llenos de lágrimas
y tras el azul tan puro
como tus ojos y tu alma,
veo al Señor, y mi espíritu
en bendiciones se exhala.

II

Deja, amor mío, esos centros
de la doblez cortesana
y ven a estas soledades
tranquilas y perfumadas,
que aquí está el Señor y aquí
todo ríe y todo canta:
El sol dorado en el cielo,
los pájaros en las ramas,

las flores en las praderas
y la alegría en el alma.

- 68 -

Virginidad

En ti, virgen sin mancilla,
pensaba yo esta mañana
vagando en las arboledas
cuando las aves alzaban
al que hace brotar las flores
el canto de la alborada,
y holgué de no haber tocado
jamás tu mejilla casta
al oír a un pastorcillo
que cantaba en la montaña:
«Rosas en la cara tienes
y no me atrevo a tocarlas
porque el olor de las rosas
si se las toca, se marcha.»

- 69 -

Carmen

I

Purísima y hermosa
como los ángeles,
así fue cuando virgen
y esposa y madre
la que halló el sueño eterno
bajo esos sauces
donde nunca penetran
las tempestades,
y sus dulces recuerdos
en mis hogares
son como luz bendita
que en ellos arde.

II

En los somos de Artagan
voy a postrarme
cuando el sol se sepulta
tras el Serantes,
y esta oración exhala
todas las tardes
de sus senos más hondos
mi alma de padre:

«¡Sacratísima Virgen,
a mi hija dale
la hermosura del alma
que diste a Carmen!»

- 70 -

Contraste

No tiene el Ibaizábal
en sus orillas
rosa como las rosas
de tus mejillas,
ni en sus laderas tienen
nuestras montañas
rocas como la roca
de tus entrañas!

- 71 -

La doncella de Bermeo

I

«A la Virgen de Begoña
diera mis trenzas de pelo,
si no porque me hacen falta,
para atar a un marinero.»
Así cantó la doncella
trenzando el rubio cabello
y la carita de rosa
contemplando en el espejo;
así cantó la doncella,
y a lo lejos, a lo lejos
en la llanura marina
cantaban los marineros:
«Se peinan para nosotros
las doncellas de Bermeo,
y en todo puerto hay doncellas
y en la mar hay muchos puertos.»

II

Tormentas tiene la vida
como el Océano fiero,
y en un corazón amante
los hombres hallamos puerto.
¡Ay, no acertó con el suyo
aquel navegante ciego
por quien la hermosa doncella
trenzaba el rubio cabello!

Las monjas de santa Clara
campanas echan a vuelo
porque es esposa de Cristo
la doncella de Bermeo,
que a la Virgen de Begoña
dio ayer las trenzas de pelo
¡que fueron inútil lazo
para atar a un marinero!

- 72 -

Ojos azules

Ojos azules, cómo
no han de inquietarme
si también son azules
cielos y mares.
Cielos y mares
donde rugen y estallan
las tempestades.

- 73 -

El entierro

I

Como funeraria tea
derrama el sol brillo incierto
y tocan tristes a muerto
las campanas de la aldea.
En su féretro un anciano,
que el pueblo triste acompaña,
de la vecina montaña
baja a descansar al llano.
Danle, como bien eterno,
la iglesia, sus bendiciones,
la amistad, sus oraciones,
los hijos, su llanto tierno,
y para que mayor sea
es este mundo su gloria,
muerto, vivo en la memoria
de las gentes de la aldea.

II

¡Anciano! Ante los difuntos
siento insólita alegría,
y es porque espero que un día
descansaremos ahí juntos.
Siempre las penalidades

arrostré con alma fuerte,
pero siempre ante la muerte
temblé en villas y ciudades;
que allí, como el aire atruenan
músicas y fiestas vanas,
pocos oyen las campanas
que por los difuntos suenan,
y aquí, con santo sosiego
veré mi viaje finado
y a dormir vendré a tu lado...
¡Adiós, anciano!... ¡Hasta luego!

- 74 -

Al anochecer

La luna se levanta
tras las lejanas cúspides,
y cual conciencia santa
serena está la atmósfera,
sereno el mar indómito,
sereno el cielo azul...
¡Señor! Cuando en la calma
solemne del crepúsculo
te busca ansiosa el alma
de los mortales míseros,
¡qué desdichados fuéramos
si no existieras tú!

- 75 -

Pesadilla

Anoche soñé, hija mía,
que Dios iba a colocar
en tu frente inmaculada
una corona real;
y con la profunda pena
con que algunos años ha
le pedí su santo amparo
viéndote, hija, agonizar,
dije: ¡No le des, Dios mío,
esa corona fatal;
dale por vasallo, un hombre,
dale por reino, un hogar!»

- 76 -

Chozo y alcázar

Si tu alcázar me dieras,
reina de España,
por morada más dulce
yo le trocara...
Yo le trocara
por una pobre choza
de mis montañas.

- 77 -

Cantabria

Arboledas seculares,
mansos ríos, claras fuentes,
auras puras, montes altos,
vallecitos siempre verdes,
casas blancas, torres negras,
mares agitados siempre,
paz y alegría en las almas,
santo sudor en las frentes...
esto inspira mis cantares
y esto mi Cantabria tiene.
Si me pierdo que me busquen
desde Higuer a Finisterre.

- 78 -

Tras los montes

Tras aquellos montes altos
que contemplo con amor
a todas horas del día
de pechos a mi balcón,
¡está la casita blanca
donde mi cuna rodó!
Mancebos que el mar cruzasteis
de vanas dichas en pos,
¡cuánto dierais, cuánto dierais
por contemplar como yo
los montes a cuya sombra
vuestra cuna puso Dios!

- 79 -

Junto a la lumbre

De las cosas del mundo
son las más dulces
los cuentos que se cuentan
junto a la lumbre.

Junto a la lumbre,
donde hay cabezas rubias
y ojos azules.

- 80 -

Ausencia eterna

I

Bajo el peñascal de Amboto,
cantando como las aves
y amando a Dios y al trabajo,
y a la patria y a los padres,
llegaron a los quince años
dos niños como dos ángeles.
Por esos mares afuera
debiendo el niño ausentarse,
la niña, en hondos suspiros,
trocó los dulces cantares.
Río abajo, río abajo
fueron los dos una tarde
hasta la puente de Astola,
bajito, bajito hablándose.
Se sabe que ambos lloraron
al tiempo de separarse,
pero lo que se dijeron...
eso ninguno lo sabe.

II

Cuando el sol se iba escondiendo
tras el lejano Serantes,
sobre la puente de Astola
la niña estaba ayer tarde
viendo de qué modo el río
se pierde en los castañares.
Profunda melancolía
revelaba su semblante,
donde ya las rosas mueren
y las azucenas nacen,
y de sus ojos azules
vi lágrimas deslizarse.
¿Por qué lloraba la niña?
¡Ay! Lloraba porque sabe
que a los mares van los ríos,
y río que va a los mares,
¡va para no volver nunca
al vallecito en que nace!

- 81 -

La casa del homicida

La casualidad guiaba
mis pasos a aquella parte,
que yo amaba la casita
escondida entre los árboles
a la sombra de la iglesia
que domina el fértil valle,
porque era blanca y lo blanco
es el color que me place.
Su interior, donde jugaban
los niños mañana y tarde,
por sus ventanas podía
contemplar el caminante,
y ¡cuántas veces, oyendo
las risas de aquellos ángeles,
dije: -«Ahí vive una familia
venturosa como nadie!»
Pero ningún pasajero
traspasaba sus umbrales,
que todos huían de ella
como de morada infame,
y era... que allí vive un hombre
que mató a su semejante
y aquel hombre en cada mano
lleva una mancha de sangre.

- 82 -

Poeta bueno

Cantaba un poeta: -¡Madre,
que el dulce nombre pronuncias
del hijo de tus entrañas
en esas horas de angustia
en que un ángel das al mundo
o das tu cuerpo a la tumba,
si una corona de gloria
ciñera mi frente augusta,
yo la arrancarí de ella
para ponerla en la tuya!

- 83 -

Cantos de pájaro

Tengo yo un pajarillo
que el día pasa

cantando entre las flores
de mi ventana;
y un canto alegre
a todo pasajero
dedica siempre.
Tiene mi pajarillo
siempre armonías
para alegrar el alma
del que camina...
¡Oh cielo santo,
por qué no harán los hombres
lo que los pájaros!
Cuando mi pajarillo.
cantos entona,
pasajeros ingratos
cantos le arrojan:
mas no por eso
niega sus armonías
al pasajero.
Tiende las leves alas,
cruza las nubes
y canta junto al cielo
con voz más dulce:
«¡Paz a los hombres
y gloria al que en la altura
rige los orbes!»
Y yo sigo el ejemplo
del ave mansa
que canta entre las flores
de mi ventana,
porque es sabido
que poetas y pájaros
somos lo mismo.

- 84 -

El alboguero de Astola

I

Obdulio, en nuestras montañas,
nobles, tranquilas, hermosas,
donde aún el hogar y el templo
no son materia arqueológica,
muchos poemas de lágrimas
y de alegrías y glorias
desde el patriarcal escaño
me ha narrado el viejo aitona,
y el primero es el poema

del alboguero de Astola.
Como eres tú buen poeta,
calificación hermosa
que doy sólo al que cantando
a Dios y al arte al par honra,
y eres, a más, buen cristiano,
buen amigo, buen patriota,
buen caballero, buen hijo
y buen hermano, seis cosas
en apariencia distintas
y en realidad una sola,
este poema te envió
cantado en la lengua propia,
que canto en la de Castilla
y rezo en la de Vasconia,
porque el mundo me oiga en una
y me oiga Dios en la otra
y porque las dos me gustan
por ser las dos españolas.
Cántaselo a tus hermanas
(¡Rosario, del cielo le oigas!)
y si me dices que ríen
unas veces y otras lloran,
yo diré mirando al cielo:
¡bendita sea mi obra!

II

Desde Ochandiano a Marquina
y desde Elgueta a Zorzona,
era el muchacho más guapo
el alboguero de Astola,
y aunque sus únicos bienes
eran sus manos callosas,
por él de amor se morían
más de cuatro chicas rojas.
Tocar el albogue no era
su ocupación más honrosa,
que azada y layas sus manos
manejaban como pocas,
porque en esta honrada tierra
sin el trabajo no hay honra;
tocaba el rústico albogue
porque hay almas que se ahogan
sin música o poesía
que son una misma cosa.
Cuando en los llanos de Traña
entonaba un par de coplas

o tocaba el dulce albogue,
que era de sus manos obra,
para oírle suspendían
la labor más perentoria
cuantos labraban los campos
o sudaban en las forjas
desde Guerediaga a Acharte
y desde Gaztelu a Azcorra,
y siempre en las romerías
con el Guernicaco-arbola
y el aurreescu y el albogue
y otras gracias y otras y otras,
regocijaba al concurso
y enamoraba a las mozas.

III

Tanto bailó en Guerediaga
el alboguero de Astola
con una chica de Izurza
melosilla, querenciosa,
rosada como la fresa,
rubia como la borona,
que aquella tarde, de celos,
vertiendo lágrimas gordas,
tornaron a sus hogares
las chicas más guapetonas;
y de más de una dijeron
las gentes murmuradoras
que desde entonces perdía
los colorcitos de rosa.
Cuando el toque de oraciones
dio la campana sonora
de la ermita juradera
que el montecillo corona
y sucedió al árin-árin
la salutación piadosa
yendo la diestra a la frente
y la siniestra a la boina,
y alejándose, alejándose
fue la muchedumbre loca
al son de los tamboriles
que por la arboleda umbrosa
iban tocando la marcha
del santo hijo de Loyola,
por la santa cruz que presta
al batzárria foral sombra,
eterno amor se juraron

en voz baja y temblorosa
la melosilla de Izurza
y el alboguero de Astola.

IV

Herida por los ultrajes
de los hijos de Mahoma,
dijo España a sus soldados:
-«¡Sus, guardianes de mi honra,
pasad a la Mauritania,
y aquellas salvajes hordas
que dan a insensato olvido
mis siete siglos de gloria
y son del progreso humano
la negación vergonzosa,
a vuestras plantas de hinojos
me pidan misericordia!»
Y al saber la tierra libre
resolución tan heroica,
dijo a los nobles mancebos
de sus valles y sus rocas:
-«Vuestros valientes hermanos
de allende el Ebro, enarbolan
el sacrosanto Laubúru,
a cuya divina sombra
vencieron vuestros abuelos
en la Navas de Tolosa.
Siga al Laubúru de España
a la región más remota
quien no sea único amparo
de padres, de hijos, de esposa,
y por la patria y por Cristo
venza o sucumba con honra,
que España es la común madre
de cuantos tienen la gloria
de haber venido a este mundo,
de Cádiz al Bidasoa!»

V

Solo vivía en el mundo
el alboguero de Astola,
que el sueño eterno dormían
sus padres bajo las losas
de San Torcaz de Abadiano,
donde encendía a su gloria
todos los días festivos
la candelilla piadosa,

cuya luz para los muertos
es la luz consoladora
del amor de la familia,
que va a acariciar su fosa;
solo vivía, aunque sea
esta frase un poco impropia
para bosquejar la vida
del que sin familia mora,
porque las gentes honradas
esas nunca viven solas.
Cuando la voz de la patria
llegó a su pobre chabólia,
sintió arder el patriotismo
en su alma generosa,
y dijo: «-Marido y padre
seré, si Dios me lo otorga,
y es mal padre y mal marido
el que no es buen patriota»
Tras estas nobles palabras,
vistiose el poncho y la boina,
echose el fusil al hombro,
guardó el albogue en la bolsa
y partió diciendo: -«Hagamos
dos despedidas ahora:
primera, la de la Virgen,
segunda, la de la novia.»

VI

Cuando allá tras de los montes
de la Encarnación hermosa
se hundía el sol moribundo,
el alboguero de Astola
penetró en el santo templo
donde incorrupto reposa
mil años ha Sancho Estíguiz
ungido, a morir, de gloria.
Ante la Virgen, de hinojos,
pasó orando un cuarto de hora
y al salir... la agua bendita
mezcló con lágrimas propias.
Al encaminarse a Izurza,
que blanqueaba a la sombra
de los jardines de Arana,
suma del Edén y copia,
detuvo el paso gozoso
viendo llegar a su novia,
como siempre melosilla,

como siempre querenciosa.
Junto a la ojiva portada,
sobre aquellas piedras toscas
que al hijo de Jaun Zuría
cubren, aunque no lo nombran,
yo no se, qué se dijeron
en voz baja y temblorosa,
pero sé que con el santo
nombre de Dios en la boca,
renovaron sus promesas
de amor y de fe recíproca.

VII

¡Poesía, poesía
de campanario, dichosas
las almas que te comprenden
y a tu dulce influjo lloran!
La cosmopolita tengo
por una excelente cosa,
pero la de campanario
¡quién, Dios mío, no la adora,
si esa poesía es santa
porque es la santa memoria
del hogar y de la iglesia
de nuestra infancia dichosa!
Como de esta opinión era
el albogero de Astola,
poeta, aunque no sabía
poéticas ni retóricas,
dejaba el Duranguesado
vertiendo lágrimas gordas,
que aunque tocaba el albogue,
eran tan tristes sus notas,
que hasta su novia, al oírle,
dijo: -¡Parece que llora!
Manuela, la dulce amiga
de mi alma y vida toda,
siete años esperó al noble
Martín de quien es esposa,
y Dios su fe y su constancia
galardonó y galardona.
¡Oh, melosilla de Izurza,
imitárasla y ahora
vivieras como Manuela
querida, alegre y dichosa!

VIII

La melosilla de Izurza
subió una mañana hermosa
a oír la misa primera
en San Antonio de Urquiola,
santuario tan venerado
diez leguas a la redonda,
que sabe Dios si le igualan
los de Aránzazu y Begoña,
y al verla rezar las gentes
tan compungida y devota,
decían: -«¡La pobre reza
por que de las balas moras
defienda Dios a su novio,
el alboguero de Astola!»
Como al campo del santuario
cubría una blanda alfombra
de césped y camamilas
que trascendían a gloria,
y en los hayales cantaban
las avecillas canoras,
y el sol era refulgente
y las auras olorosas,
después de misa los jóvenes
tuvieron gana de broma
y un baile armaron de aquellos
que, según las gentes doctas,
sólo con verlos, a uno
las piernas lo bailan solas.
La melosilla de Izurza,
que no era fea ni coja,
se fue animando, animando,
y, como una perinola,
bailó también con un rico
casero de Aramayona.

IX

Justamente el mismo día
que las campanas sonoras
de San Nicolás da Izurza,
como las de España toda,
repicaban, repicaban,
cantando la gran victoria
de Wad-Ras, que de otras ciento
fue magnífica corona,
un carro salió de Izurza
llevando arreo de novia
y otro con novia y parientes

lo siguió a distancia corta
tomando los dos cantando
la vía de Aramayona.
Gentes de Izurza y Mañaria,
que conocían la historia
de todo aquello, decían:
-«¡Pobre alboguero de Astola!
¡Con la virtud se compraba
antes la mujer hermosa,
y en estos pícaros tiempos
con el dinero se compra!»
Pero la novia no oía
estas verdades de arroba,
que iba cantando en el carro
esta abominable copla:
-«Arre, parejita mía,
que voy por un carro de onzas.
Vístase el cuerpo de seda,
y el alma... que ande en pelota.»

X

Estaba ya terminada
aquella lucha gloriosa
que hizo estremecer de júbilo
en su morada marmórea
los huesos de San Fernando
y de Isabel la Católica,
y de alegría lloraban
madres, hermanas y novia
que a los valientes mancebos
esperaban amorosas.
¡Ay! Nadie esperaba al pobre
alboguero en su chabólia;
pero, quizá más de cuatro
muchachas, de trenzas blondas,
que estaban descoloridas
desde aquella tarde hermosa
que del alto Guerediaga
se alejaron melancólicas,
pensaban en él diciendo
coloradas como rosas:
-¡Andra María le traiga
aunque se case con otra!»
Y Andra María le trajo,
con una herida muy honda
que en su costado abrió el moro
a quien, en la lid furiosa,

arrancó la vida y una
de las espingardas toscas,
que en la Antigua de Guernica
penden de las santas bóvedas
como trofeo ofrecido
a la divina Señora,
que al comenzar sus batzárrac
el legislador invoca.

XI

Cuando divisó a Durango
el alboguero de Astola,
también el sol moribundo
escondía su luz roja
detrás de los altos montes
de la Encartación hermosa.
Aún le aquejaba la herida
que abrió la gumía mora;
pero al descubrir las torres
de Tabira la frondosa,
que es, entre las veinte villas
que el Señorío atesora
una de las más alegres
y más honradas y hermosas,
por sus mejillas rodaron
lágrimas consoladoras.
Siguió, siguió su camino
con la alegría más honda,
pero oyó las oraciones
en la gran campana bronca
de Andra María de Uribarri,
que fúnebre siempre toca,
y sintió en su alma una inmensa
tristeza supersticiosa.
Viéndolo seguir a Izurza,
la buena, aunque algo habladora
molinera de Pinondo,
dijo: «¡Virgen de Begoña,
ese muchacho no sabe
lo que ha hecho aquella bribona,
y antes de que llegue a Izurza
hay que dorarle la píldora,
que si no, en Izurza mismo
la pesadumbre le ahoga!»
Y aquella mujer, con frases
más amigas que ingeniosas,
dio a entender al alboguero

la iniquidad de su novia.

XII

Cuando el alboguero supo
que le vendía, traidora,
la elegida de su alma,
mientras él en alma y boca
su nombre con el de Dios
confundía en tierra mora
y compraba honra con sangre
para honrarla con su honra,
calló inclinando la frente
tostada, noble y hermosa,
tomó el Calvario y pasando
la puente de Goico-erróta,
cruzó por Larra-solóeta
y bajó llorando a Astola.
Estaban muchos vecinos.
en conversación sabrosa
delante del auditorio,
riendo viejas y mozas,
fumando mozos y viejos,
y alegres todos y todas,
por más que habían pasado
todos trece o catorce horas
en la siega de los trigos,
que es operación que tronza.
Cuando llegó el alboguero
creyeron volverse locas
aquellas honradas gentes
que lloraban de gozosas
y como le preguntasen
si traía la piel rota,
les contestó el alboguero
con sonrisa melancólica:
-Traigo en el lado una herida
¡y en el corazón traigo otra!

XIII

Desde que el alba despunta
hasta que a la oración tocan
las campanas de Abadiano,
el alboguero de Astola
trabaja en las heredades
que rodean su chabólia.
Toca a veces el albogue,
canta el Guernicaco-arbola,

¡pero cuando toca o canta
parece siempre que llora!
El domingo, después que oye
la misa primera, toma,
con el albogue en la mano,
la vía de Aramayora
y en el alto Tella-mendi
que al lindo valle da sombra,
una tonada tristísima
con el dulce albogue entona
y hacia Abadiano se vuelve
por el castañar de Arrázola.
La echeco-andria del rico
caserío de Goicoa
oye la triste tonada
y desconsolada llora;
y llorando sin consuelo
pasa la semana toda,
y su marido, cansado
de verla siempre llorosa
y displicente y esquiva,
se sulfura y se alborota
y... le da cada semana
una tunda que la dobla.

XIV

Oh, melosilla de Izurza,
¿cómo no cantas ahora:
-«Arre, parejita mía,
que voy por un carro de onzas.
Vístase el cuerpo de seda
y el alma... que ande en pelota?»
¿No oíste, tú que pasaste
la niñez casi a la sombra
de la torre de Echaburu,
cierta conseja medrosa?
De aquellas negras cavernas
que surcan la dura roca
donde ha mil doscientos años
la torre se alza orgullosa,
salía un monstruo cubierto
de espinas traspasadoras,
que con sangre de malvados
siempre, siempre estaban rojas.
¡Los corazones culpables
cavernas son negras y hondas,
y el remordimiento, monstruo

horrible que en ellas mora!
Perdonan Dios y los hombres
a veces al que mal obra,
pero los remordimientos
¡esos nunca le perdonan!

- 85 -

La batalla de Tabira

I

Hundida en el Guadalete
con el infeliz Rodrigo
la flor de la raza goda,
el mahometano impío
por la península hispana
se derramó de improviso,
la desolación y muerte
esparciendo en su camino.
Navarra, Aragón, Castilla,
todos los pueblos vecinos
Vizcaya veía presa
del alárabe maldito,
y allende Zadorra y Ebro
inútilmente sus hijos
iban a verter su sangre
por la fe de Jesucristo.
La resistencia era inútil
y ya era el único asilo
de la libertad hispana
esta cadena de riscos
que se dilata entre el Ebro
y el Océano bravío.
Aquí buscaban refugio
de espanto y dolor transidos
los que esquivar conseguían
el agareno cuchillo;
y aún cuentan las tradiciones
que Don Pelayo, el perinclinto
mancebo que en Covadonga
poco después dio principio
a la lucha de titanes
que se prolongó ocho siglos,
en nuestros valles de Arratia
formó el heroico designio
de restablecer el trono
de Recaredo el bendito,
y aquí su santa cruzada

comenzó a tener adictos
al dirigirse a Occidente
el magnánimo caudillo.
Vencidos en Covadonga
los bárbaros enemigos
de la libertad hispana
y la religión de Cristo,
y asturianos y leoneses
libres de su yugo impío,
el feroz mahometano
de rabia y venganza henchido
lo que perdiera en Asturias
cobrar en Vizcaya quiso.

II

Ben-Hamet, caudillo moro
muy afamado y temido,
juntó sus feroces hordas
esparcidas por los ricos
campos de Rioja y Navarra,
y de repente, cual río
furioso que no da tiempo
para atajar su camino,
rompió por los llanos de Álava
haciendo estrago infinito
y asomó por Ochandiano
con salvaje vocerío.
Sobre Gorbea y Amboto
sonaban en tanto gritos
y se alzaban humaredas
que anunciaban el peligro,
y a los valles de Tabira
volaban cuantos patricios
manejar podían hacha
o espada o lanza o cuchillo
u honda o guadaña o ballesta
con que herir al enemigo,
y acaudillando la hueste
popular iban los cinco
valientes echeco-jáunac
de Alcoeta, Andramendico,
Urarte, Urdaybay e Ibarгүйen
que eran los cinco Merinos.
Por el peñascal de Urquiola
con aterrador rugido
lanzábase el mahometano,
esparciendo el exterminio,

al valle donde subsiste
el primer templo erigido
en la piadosa Vizcaya
a la fe de Jesucristo,
y, en vez de encontrar allí
corderos asustadizos,
encontró fieros leones
al combate apercebidos.
Sangrienta fue la pelea
y el triunfo difícilísimo,
que aún aquí las madres cantan,
cuando arrullan a sus hijos,
que muchos días en sangre
corrió el Ibaizábal tinto;
pero Dios, con la victoria,
coronó al fin al más digno,
pues, tras dos días de lucha
y muerto el infiel caudillo,
los bárbaros invasores
huyeron despavoridos,
y muy pocos consiguieron
la salvación fugitivos,
que en los campos de Ochandiano
les cortaron el camino
vizcaínos y alaveses,
siempre a morir decididos,
antes que la media luna
se entronizase en los picos
donde el águila romana
no pudo labrar su nido.

- 86 -

Desde los montes

I

Antón, el de los cantares,
sube al pico de Mañaria
y vuelto hacia las fecundas
vegas calagurritanas,
os ve con el pensamiento
y os saluda con el alma.
Vuestra fraternal epístola,
rica de ternura y gracia,
trájome a estos peñascales
el paladín entusiasta
de la libertad vasca
y la religión cristiana,

y prorrumpí en bendiciones
a mi española guitarra
cuyas armonías vibran
en tan generosas almas.
Nuevas queréis de mi vida
y me apresuro a enviáoslas
desde estos montes excelsos
que amo porque son mi patria
y la fortaleza invicta
de la libertad cantábrica.

II

Del santo árbol de Guernica
cuelgo a veces mi guitarra,
y, en vez de entonar cantares
que en estas nobles montañas
placen, porque los inspiran
Dios, la virtud y la patria,
y otros cantares no entienden
los que aún rezan y aún trabajan,
inquiero en ruinas y crónicas
y pergaminos y lápidas
leyes, hechos y costumbres
de las edades pasadas.
Allá, sobre el blanco Amboto,
de resplandores cercada,
la sombra del gran Cronista
de su solar se levanta,
y al verme inclinar la frente
confusa y avergonzada,
-«Alza la frente, me dice,
e inquiere y escribe y canta,
que la fe y el patriotismo
son las poderosas alas
con que el pajarillo vuela
como las caudales águilas.»

III

¿Rico me llamáis? Soy rico
de fe y amor y esperanza,
que son riqueza muy grande
para almas como mi alma.
Bajo el secular castaño
que me dio su sombra grata
en las apacibles siestas
y los juegos de la infancia,
adonde el dulce recuerdo

de aquellos tiempos me llama,
y en el hogar de la rústica
casería solitaria
donde el labrador historias
campesinas me relata,
y en el mío, donde un ángel
de cabecita dorada
posándose en mi rodilla
cuentos con besos me paga,
¡allí sí que tengo en mucho
la riqueza de mi alma,
y allí sí que tengo en poco
la pobreza de mi arca!

IV

«¡Dios me dé una pobre choza
en mis nativas montañas
donde manzanas y guindas
coja desde la ventana,
donde oiga cantar los pájaros
al despuntar la alborada!
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
alguien dirá: «En esa fosa
un hombre honrado descansa.»
Y ésta es mi única codicia
y ésta mi única esperanza,
«que siempre he vivido libre
de vanidades mundanas.»
Así canté hace quince años
enfermo de honda nostalgia,
junto al pobre Manzanares
cuya pobreza me extraña,
porque a su corriente afluyen
muchos arroyos de lágrimas,
y hoy canto: «¡Bendito sea
aquel cuya mano santa
a los soberbios humilla
y a los humildes ensalza!

- 87 -

El buey suelto

I

Don Canuto fue a las Indias,
y, a pesar de ser muy bruto,
volvió a los veinticinco años

con veinticinco mil duros.
Cómo hizo tanto dinero
es un misterio profundo
que acaso a explicar acierte
algún tonto o algún tuno.
Todo el mundo le decía:
«Cásese usted, don Canuto,
que para llevarla solo
esta vida pesa mucho.»
Pero como era tan bárbaro,
contestaba a todo el mundo:
«Uncir un buey y una vaca
es disparate mayúsculo,
que como la vaca es débil
y el buey animal forzado,
al buey lo dice la vaca:
«Lleva lo mío y lo tuyo.»

II

«El buey suelto bien se lame,»
dice el señor don Canuto,
y solterón permanece
para lamerse a su gusto.
Muchas del estado honesto
andan por echarle el yugo;
pero las recibe a coces
aquel pedazo de burro,
y cuando a su puerta llega
con este cantar el vulgo:
«Dicen que es el solterón
el único árbol del mundo
que pasa toda su vida
sin dar sombra ni dar fruto,»
desde la ventana sale
con el siguiente exabrupto:
«El carro del matrimonio
es carro de que no gusto,
pues la mujer va montada
y el marido va... de mulo.»

III

El burro le dijo a Esopo:
«Estoy con usted que bufo
porque sólo borricadas
pone usted en mis discursos.»
Y le respondió el filósofo:
«¡Adiós, ya diste un rebuzno!

Si yo pongo en boca tuya
razonamientos sesudos,
dirá el público que somos
tú el filósofo y yo el burro.»
Por si hay alguno que exclame
echándola de hombre agudo:
«Don Canuto es el poeta
y el poeta es don Canuto,»
expondré por cuenta propia
lo que pienso en este asunto:
lo que don Canuto dice
me parece tan absurdo
que es necesario gritarle:
«¡Hombre, no sea usted bruto!»

IV

Santo lazo que conviertes
dos corazones en uno,
y eres, de Dios bendecido,
indisoluble y fecundo,
nunca te nombre mi labio
sin acatamiento sumo,
pues la familia cristiana
que vive a tu suave influjo,
es la más santa y hermosa
institución de este mundo,
y por eso el sabio código
de nuestras franquezas y usos
en protegerla y honrarla
su mayor conato puso.
Y tú, ser dulce y hermoso
que en el hogar tienes culto
y compartes con el hombre
la dicha y el infortunio,
llevas el nombre de madre
y basta este nombre augusto
para que te ame y respete
quien madre tiene o la tuvo.

- 88 -

Método de canto

Ya que me preguntas, Fabio,
si vales para cantor,
clarito he de responderte,
pues clarito me hizo Dios.
En tu estilo hay tropezones,

y en tu criterio hay calor,
y en tu corazón hay frío...
Conque, hijo, no cantes, no,
que el cantar quiere tres cosas:
tener sonora la voz
y frío el entendimiento
y caliente el corazón.

- 89 -

Los hombres y las mujeres

Hurtando el fruto vedado,
Adán nos fastidió mucho,
y no nos fastidió menos
Eva induciéndole al hurto.
La humanidad desde entonces
disputa muy a menudo
sobre cuál de los dos sexos
es en maldad más fecundo.
¡Válgame Dios, qué manía
de desperdiciar discursos!
Los hombres y las mujeres
son la gente peor del mundo.

- 90 -

La labradora de Dóndiz

I

Labradorcita de Dóndiz

que a tu rústico balcón,
engalanado de pámpanos
y enredaderas en flor
te asomas dando un suspiro
del fondo del corazón
cuando, Ibaizábal abajo,
rueda orgullosa y veloz
una carroza que brilla
como los rayos del sol;
labradorcita de Dóndiz
no suspires así, no,
que envidia no deben darte
la riqueza ni el amor
que ostenta en esa carroza

la que otro tiempo te dio
el dulce nombre de hermana
y hoy te niega el santo adiós.

II

Labradorcita de Dóndiz,
yo soy un pobre cantor
que, para cantarlas, busco
historias del corazón,
y mientras las busco, canto
la patria, el hogar y Dios.
Con Dios, tu esposo y tus hijos
compartes sólo tu amor,
y es el trabajo en vosotros
santo vínculo de unión.
La historia de las mujeres
que me parece mejor,
es la que en resumen dice
«amó, rezó y trabajó;»
y sé que toda su historia
se encierra en este renglón.
¡Que esa no es la de tu hermana
lo sabéis tú, el mundo y Dios!

III

Labradorcita de Dóndiz,
tres veces santo es tu amor,
y al lado de tal riqueza
¡qué mezquinas todas son!
Tras el cónico Serantes
desaparece ya el sol,
y de la vega, cantando
y enjugándose el sudor,
tornan al hogar las dulces
prendas de tu corazón.
Echa al hogar otra copa,
que es triste hogar sin calor,
y piensa, al ver a tu hermana
desde el florido balcón,
que es tanta la diferencia
entro su amor y tu amor,
que el suyo es obra del diablo
y el tuyo es obra de Dios.

Caminando, caminando
riberica del Brutón
a ver la mar, que me gusta
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intención,
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor:
«¿No sabes quién allí vive?»
Y dando un suspiro yo,
digo: «Ya no vive allí,
que vive en mi corazón.»

- 92 -

Paisaje

I

Entre dos colinas verdes
que hayas y robles coronan,
se dilata el vallecillo
hacia las lejanas rocas,
y un arroyuelo en que beben
abejas y mariposas,
el vallecillo recorre
de una extremidad a otra.
En flor están los manzanos
que las heredades orlan,
y ya tordos y malvices
cosechan la fruta roja
de los guindos y cerezos
que a los vallados dan sombra.
Lago rizado parecen
los trigos y las boronas
cuando la brisa marina
pasa besando sus copas,
y como es azul el cielo,
valle y árboles y lomas,
sobre sus colores verdes
el azul del cielo copian.

II

Doce campanadas suenan
en la cercana parroquia
que al vallecito bendice
desde el otero en que asoma,
y el labrador, al oírlas,
deja su labor penosa,

se descubre la cabeza,
el nombre de Dios invoca
y echando en seguida al hombro
un haz de alcacel o alholva,
hacia su hogar, por las lindes
de las heredades, toma.
A la entradita del valle,
en una planicie corta
donde el castañar termina
y dan principio las llosas,
entre frutales se esconde
una casería sola
de cuyo hogar se ve el humo
subir en azules ondas.
El perro, bajo la parra
que la portalada entolda,
viendo venir a su amo
salta y brinca y alborota
como diciendo a su ama
«vaya usted aviando la sopa.»
Las gallinas en los setos
al sol un cantar entonan
porque a su calor las mieses
color doradito toman,
y los bueyes que unos niños
cuidan en la campa próxima,
echan a correr a casa
porque les pica la mosca.

III

-¡Ave María purísima!
dice con voz quejumbrosa
un pobre septuagenario
que en la portalada asoma;
y el perro, como una fiera,
se precipita a sus corvas,
recordando que es el pobre
de Santillana o Santoña,
y olvidando que las gentes
somos hijas de Dios todas
y que a la raza que habita
desde el Deba al Bidasoa
comunes fueron origen
y libertades e idioma
y creencias y costumbres
y desventuras y glorias.
Sin duda como yo piensa

la rústica labradora
que con un ¡chacurra! al perro
disuade de su intentona,
y dando a un hermoso niño
una morada panoja,
-¡Toma, hijo mío, le dice,
y dale al pobre limosna
para que aprendas a darla
a los que por Dios la imploran
y de tu mano inocente
parezca a Dios más hermosa!

IV

-¡Dios colme a padres y a hijos
de prosperidad y gloria!
dice el mendigo, y rezando,
castañar abajo toma
mientras el perro murmura:
«Con esa espiga ¡que torta!»
Mientras va un niño a la fuente
que al pie de un castaño brota,
la madre pone la mesa
bajo la parra frondosa
y el padre a los mansos bueyes
de heno el pesebre les colma.
En torno de la mesita
padres e hijos se colocan,
y el perro, echado de bruces
a distancia respetuosa,
murmura, al ver que la mesa
bendicen antes que coman:
«¡Para ellos pan a Dios piden
y para mí... ni borona!»
Terminada la comida
que es, aunque pobre, sabrosa,
como lo son siempre aquellas
que apetito y paz sazonan,
cada cual a su tarea
con cara de pascua torna;
pero como en un collado
de los dos que el valle forman,
estas escenas campestres
un joven observa y copia,
el perro del hortelano,
que así le llamaré ahora,
hecho una fiera se pone
cuando al dibujante nota,

y murmura: -¡Como yo
las pantorrillas le coja,
gana de andar en dibujos
no quedará al pintamonas!

V

Lecuona, los dos tuvimos
sueños hermosos de gloria
y esperando realizarlos
dejamos las patrias costas.
¿Qué encontramos en las cortes
y ciudades populosas?
No calumniemos al mundo,
que la calumnia es impropia
de quien más o menos alto
sobre el vulgo se remonta;
no calumniemos al mundo
siguiendo la vulgar moda
de asegurar que en las cortes
sólo hay doblez y lisonja
y vanidad y codicia
y podredumbre y escoria.
El honor y el patriotismo,
si no son viles parodias,
cabén así en los palacios
como en las pajizas chozas.
La humanidad es la misma
aunque varíe en la forma:
conjunto de ángel y diablo,
mezcla de luz y de sombra,
colmena de miel y acíbar,
ramo de ortigas y rosas.
El camino del Calvario
seguimos con alma ansiosa,
viendo brillar en su cumbre
el resplandor de la gloria,
y a los dos nos ofrecieron
en la vía dolorosa
los unos hiel y vinagre,
los otros néctar y aromas.
Para almas como la nuestra
más que las mundanas pompas
vale la gloria que cantan
las doncellas de Vasconia:
«Una heredad en el bosque
y en la heredad una choza
y en la choza pan y amor,

¡esa, Dios mío, es la gloria!»
Y vale para nosotros
más que una triunfal corona
la mano santificada
por el sudor que la moja,
que para estrechar la nuestra
suelta la azada o la hoz corva
en las riberas amadas
del Cadagua y del Urola.
Por eso los dos tornamos
a estas montañas hermosas
donde los dos copiaremos
la hermosura que atesoran,
tú, con tus doctos pinceles
y yo, con mi pluma tosca,
sin que nos asuste el perro
que en la ciudad populosa
como en los desiertos campos
el bien ajeno ambiciona
y ladra y muestra los dientes...
¡hasta a la santa limosna!

- 93 -

Oraciones cortas

Yo no sé lo que a Dios piden
los que mis cantares oyen,
si será que los alargue
o será que los acorte,
pero lo que yo le pido
en mis cortas oraciones,
es que no me las dé largas
ni aun de buenos oradores.

- 94 -

Color epistolar

¡Te quejas de que mis cartas
su hermoso color perdieron,
que era el carmín de las rosas
o era el azul de los cielos!
Yo te diré en qué consiste,
y no te enfades por eso,
que no sé reír por fuera
cuando sollozo por dentro.
Con tus malos procederes
tengo el corazón tan negro

que mojo la pluma en él
pensando que es el tintero.

- 95 -

Desde Galdames

I

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran
y me traes a los campos nativos
voces de campanas
tráeme, tráeme, mezclada con voces
tan puras y santas,
la del noble patricio que mora
en la orilla feraz del Cadagua.
Esa voz que penetra en los senos
más hondos del alma,
de venir a estos campos es digna
con las voces del templo mezclada,
porque sale de un pecho que santos
amores abrasan
y resuena en la santa defensa
de Dios y la patria

II

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran,
tráeme, tráeme a los campos nativos
la voz de Mascarua;
y los huesos del buen caballero
que en Múnquiz descansa
en olvido, que Dios te perdone,
¡oh madre Vizcaya!
agitarse veremos de júbilo,
al sabor que en las libres montañas
aún hay voz que penetra en los senos
más hondos del alma
porque sale de un pecho que santos
amores abrasan
y resuena en la santa defensa
de Dios y la patria.

III

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran,
tráeme, tráeme a los campos nativos
la voz de Mascarua,

y esa voz ardorosa reanime
el fuego en mi alma
de cristiano y patriota y poeta,
si un día se apaga.
El laurel que sombrea el sepulcro
de Aranguren, de Novia y de Aldamar
yo no espero que cubra mis huesos
con su sombra santa;
pero eterna ambición me consume,
¡oh madre Vizcaya!
de vivir y morir por la gloria
de Dios y la patria.

- 96 -

Árbol bendito

¡A la sombra de un árbol
de nuestros valles
la libertad se asienta
diez siglos hace!
Quien ese árbol bendito
profane o hiera,
¡de Dios y de los hombres
maldito sea!

- 97 -

Las avemarías

El sol, tras la montaña,
se esconde melancólico;
su luz postrera baña
la copa de los árboles
donde le dan los pájaros
el postrimer adiós.
Y oyendo las campanas
de las iglesias próximas,
las gentes aldeanas
dejan profanos cánticos,
y en religiosos éxtasis
elevan su oración.

- 98 -

Misterio

¡Sol de mis esperanzas
y mis amores,
vive siempre escondido

tras esos montes,
tras esos montes
donde todas las tardes
el sol se esconde!
¡Si no te ven mis ojos
nada te importe,
que mi alma te envía
sus bendiciones,
sus bendiciones
que son la expresión santa
de sus amores!

- 99 -

Pájaro libre

Pajarillo enjaulado
canta muy triste,
porque sólo está alegre
quien está libre.
Yo, feliz pajarillo,
rompí mi jaula
y a cantar vino en estas
libres montañas.
Hierro, no sirvas nunca
para cadenas:
sirve para martillos
con que romperlas.

- 100 -

Ojos del alma

Gloriosa santa Lucía,
imitando al pueblo fiel
subo a tu santa montaña
y me prosterno a tus pies.
Los ojos del alma son
la inteligencia y la fe,
y con tan hermosos ojos
poeta y cristiano ven.
Yo soy poeta y cristiano,
y al que por ventura lo es,
no le bastan los del rostro
para cantar y creer.
¡Oh, santa virgen y mártir,
fálteme todo otro bien,
pero no me falten nunca
la inteligencia y la fe!

Dicen que Homero era ciego
y Milton lo era también...
¡Ah, con los ojos del alma
qué hermosamente se ve!

- 101 -
Éizaro

I

Entre Mundaca y Bermeo,
dos pueblos de noble historia,
una islita solitaria
parece que en el mar flota.
Éizaro tiene por nombre,
y aunque apenas de la costa
dista tres millas marinas,
rara vez naves la abordan.
De verde césped y flores
la cubre perenne alfombra
pero ni un mísero arbusto
en su superficie brota
y cuando el golfo Cantábrico
se agita y ruge de cólera,
mezclan las aves marinas
allí su voz quejumbrosa
a los bramidos del monstruo
que los espacios asordan.
Allí hay un montón de ruinas
que un campanario corona,
campanario sin campanas,
que es lira de cuerdas rotas;
y aquellas ruinas informes
despiertan santas memorias
en mi alma de cristiano
y mi alma de patriota.

II

Valle arriba, valle arriba,
alza su secular copa
el santo árbol que sombrea
las libertades vasconas,
combatidas y triunfantes
desde la edad más remota
para que ni aun del martirio
les falte la palma hermosa.
Valle abajo, valle abajo,
la mar, el poder y gloria

de Dios con acento ronco
de santa emoción, pregona,
y donde la mar comienza
dice a la mar una roca:
«¡Desde el principio del mundo
soy objeto de tu cólera
y no has podido vencerme
porque Dios es quien me apoya!»
-¡Dios es quien me apoya! el eco
repite en la verde Albóniga,
y esta voz la tierra libre
repite como voz propia,
y el árbol foral, sus ramas,
«que no han dado nunca sombra
a rendidos ni traidores»
hacia el santo templo encorva.

III

Sí; aquellas ruinas informes
despiertan santas memorias
en mi alma de cristiano
y mi alma de patriota.
Allí donde hay sólo escombros
y a la voz de la mar ronca
sólo responde el quejido
de las blancas gaviotas,
se alzó un día un monasterio
cuyas campanas sonoras
la gloria de Dios cantaban
al són del viento y las olas
y de los hosannas santos
que el anacoreta entona;
y allí reyes y señores
en romería devota
iban, después que juraban
por Dios y su alma y su honra
respetar perpetuamente
las libertades vasconas,
bajo el frondoso ramaje
del árbol que aún les da sombra,
y tornaban de allí ungidos
con la bendición hermosa
de Dios y el pueblo, la única
que hace santas las coronas.

IV

Deja que el poeta evoque,

augusta reina y señora
de estas leales montañas,
tu amada y dulce memoria.
Era una tarde apacible,
y mansamente las olas
impelían, impelían
tu nave hacia nuestras costas
para que fueses en ellas
bendita de boca en boca.
Ya casi «los anchos muros
del solar de Ercilla» sombra
daban a la regia nave,
cuando hizo virar su proa
una isla que el sol doraba
como moribunda antorcha;
y entonces los dulces ojos
con emoción misteriosa
fijaste en aquella isla,
como si una amada sombra
te llamase, te llamase
desde sus desiertas rocas,
y el cantor de las montañas
osó con voz temblorosa
las santas memorias de Éizaro
evocar a tu memoria;
y cuando nombró a tu abuela
Doña Isabel la Católica,
vio lágrimas en tus ojos
y bendijo tu alma hermosa.

- 102 -

Hero y Leandro

Tengo por mentira gorda
ciertos amores livianos
que cuentan los aldeanos
de las colinas de Acorda,
pues tal historia de pega
muestra en su contexto y tono
que la fabricó algún mono
versado en fábula griega;
y si rechaza la gente
mi opinión en este asunto,
compare con el trasunto,
el original siguiente:
Hero, larga de donaire,
pero cortita de saya,

bajó una tarde a la playa
con la pantorrilla al aire;
Leandro, que en la otra orilla
estaba plantando coles,
dijo al verla: -¡Caracoles,
qué soberbia pantorrilla!
Y sin vergüenza ni empacho
se empezaron a hacer gestos,
la muchacha desde Sestos
y desde Ávila el muchacho.
Tal amor creyendo tonto,
Leandro una noche dijo:
-«Vaya, esta noche de fijo
paso a nado el Helesponto».
Y pensando pasar ratos
muy buenos con su morena,
pidió a su madre la cena
y en seguida, ¡al agua, patos!
Pero aunque intentó cien veces
salir del golfo salobre,
¡en el golfo quedó el pobre
para merienda de peces!
Si no es infiel mi memoria,
cuenta una historia tudesca
que, andando Platón de pesca
le refirieron la historia
de aquellos novios bodoques,
y aquel mismísimo día
echó a volar la teoría
de «mírame y no me toques.»

- 103 -

Orfeo

Según la fábula dice,
aún no acabado el jaleo
de la boda, perdió Orfeo
a su mujer Euridice,
y echándolo todo al cuerno,
en pos de su dulce encanto
corrió tanto, tanto, tanto...
que no paró hasta el infierno.
Hay quien dice que fue bestia
Orfeo como ninguno,
pues, por hembras, no debe uno,
tomarse tanta molestia;
pero, ¿al mes de matrimonio

hubiera el músico tracio
corrido tan largo espacio
por su mujer? ¡Un demonio!

- 104 -

Botón de rosa

I

Condesita, condesita,
en Octubre hará dos años
que te vi por vez primera
embelleciendo estos campos,
botón de rosa suave
virginal y perfumado
que comenzaba a entreabrirse
y a revelar sus encantos,
y hoy será rosa temprana
que envidiarán las de Mayo.
Dos años hará en Octubre
que por aquí no has tornado
y desde entonces el tiempo
¡me ha parecido tan largo!
¡Ay! Cuántas veces he dicho:
«Si yo tuviera veinte años
y fuera soltero y noble
y rico y galán y sabio,
dejaría mis montañas
y llegaría, temblando
de amor y de incertidumbre
a su opulento palacio
y la ofrecería humilde
mi corazón y mi mano,
porque ella realiza el ángel,
no el incorpóreo y fantástico
que algunos poetas sueñan,
sino el tangible y humano
que un poquito más vulgares,
pero un poquito más prácticos
en las cosas de este mundo,
otros poetas soñamos.»

II

Condesita, condesita
Dios, que es previsor y sabio,
a ti y a tu dulce madre
morada en la corte ha dado
porque ángeles necesita

el ambiente cortesano
para que lo purifiquen
con su aliento dulce y santo;
pero, aunque esto considero,
tu nombre brota en mis labios
cuando a Dios le pido flores
para embellecer mis campos.
Hoy, cuando el sol despuntaba
sobre los montes lejanos,
encontré una doncellita
caminito de Durango
y aquí voy a retratarla...
para que rabie Madrazo.
Abarca blanca y pulida
con media de vellón blanco,
saya colorada y corta,
delantalito morado,
chaqueta de honesto escote,
pañuelo de lindos ramos
que en el escote velaba
el seno redondo y alto,
arillos de plata sobre-
dorada, lucientes y anchos,
trenzas gemelas y largas
rematadas en dos lazos,
pañuelo que parecía
no haberle tocado manos,
sobre la raíz de sus trenzas
cruzados dos de sus cabos,
mejillas de rosa y nieve,
cuello redondito y blanco,
ojos que al hallar los míos
pudorosos se bajaron,
dientes a pedir de boca
y boca a pedir de labios.
Tal era la doncellita
que hoy encontré muy temprano.
Si tú te vistes como ella
y me envías tu retrato,
será el de la niña que iba
caminito de Durango.

- 105 -

Arrigorriaga

Un día las utalayas
del peñascal de Nervina

dieron a la tierra libre
la nueva de que venía
ejércitos numerosos
por Losa y Valdegovía;
y desde Altube a Bermeo
y desde Arrate a Colisa
resonó el grito de guerra,
y ardiendo en bélica ira
al valle del Ibaizábal
las merindades corrían.
Y no corrían en vano,
que legión numerosísima
de astures o leoneses
por Ordoño conducida,
llegaba al árbol Malato
robando haciendas y vidas.
En el valle de Padura
se trabó la lid, reñida
y sangrienta como pocas,
porque en valor competían
hombres de peñas abajo
y hombres de peñas arriba.
Un mancebo, a quien realza
la gloria de su familia
y la de sus propios hechos,
a los vascos acaudilla;
es Lope Fortún, el nieto
de Frúiz, en cuya pericia
aprendió a amar a la patria
y a pelear por servirla.
Zuría le dan por nombre,
que es como Blanco en Castilla,
porque heredó la blancura
de su madre, que era hija
del rey de Escocia, de donde
la separó la desdicha.
El ejército de Ordoño
se acobarda y debilita,
que sus mejores soldados
yacen en montón sin vida.
Haciendo supremo esfuerzo,
furioso acomete y lidia,
pero su egregio caudillo
cae abrumado de heridas
y la destrozada hueste
entonces se desanima
y la salvación procura

tomando Nervi3n arriba.
Tras ella corren los vascos
haciendo sangrienta riza,
mas viendo a la patria libre
de extranjera tiran3a,
al pie del 3rbol Malato
descansa de sus fatigas,
mientras la vencida hueste
divisa al fin a Castilla
desde las cumbres de Ayala
y exclama con alegr3a:
¡Salvada soy! cuyo grito
aún da nombre a aquellas cimas
como se le dio a Padura
la sangre en ella vertida,
que el nombre de Arrigorriaga
piedras bermejas indica
porque quedaron las piedras
de Padura en sangre tintas.
Cuando el venerable ait3na
narra en nuestras caser3as
en las veladas de invierno
estas memorias queridas
sentado en el ancho escaño
donde su frente ilumina
la luz del hogar dom3stico
y su coraz3n se agita
a impulso del amor santo
de la patria y la familia,
aãade hacia Arrigorriaga
dirigiendo mano y vista:
«All3 Ordoño el sueño eterno
duerme a la sombra bendita
del templo que levantaron
los guerreros de Zur3a
para recordar que vencen
los que por la patria lidian.
Y en aquel glorioso valle
la libertad vizca3na
ni nunca vencida ha sido
ni nunca ser3 vencida.»

- 106 -

En Oquendo

Pasajero, ¿ad3nde, ad3nde
tan apresurado vas

que ni a besar te detienes
el santo muro de Unzá?
-Desde las peñas de Ayala,
de donde soy natural,
la mar he visto allá abajo
y en busca voy de la mar...
que dicen es muy salada
y a mí me gusta la sal.
-Para un poco en este valle,
para un poco a descansar,
que este valle, por hermoso
y pacífico y leal
y laborioso y cristiano,
merece eso y mucho más.
Enramadas misteriosas
sombra y belleza le dan;
flores y frutas perfuman
su vega verde y feraz;
sus doscientas caserías
dispersas aquí y allá,
pellas de nieve parecen
que el sol no pudo borrar.
-¿Por ventura eres poeta?
-Poeta, aunque canto mal,
y por valles y montañas
buscando voy qué cantar.
-Sube a mi Ayala querida,
sube a mi Ayala condal
que allí no falta al poeta
¡qué cantar ni qué llorar!
El santo don Vela duerme
en el sepulcro prisma
de Respaldiza la vieja
más de siete siglos ha,
y muy bien en dormir hace,
que así pena no le dan
las arcadas bizantinas
que hizo en su iglesia labrar
y avergonzadas se esconden
de su santa ancianidad.
Aún guarda sus nobles dueñas
Quejana la señorial;
pero de crespones cubre
tu lira si vas allá,
que monasterio y palacios
y muralla circular
más que los años, derrumban

abandono y soledad,
y el Canciller de Castilla
que duerme allí en santa paz
también ¡Dios mío! bien hace,
bien hace en no despertar.
Junto al alto Peregaña
un palacio encontrarás
donde honrados caballeros
culto a la memoria dan
del sabio Llaguno, gloria
de aquel ilustre solar,
y en aquella noble tierra
aún vive, aún vive inmortal
«el labrador más honrado
García del Castañar.»
-Dios te ayude, pasajero,
por las nuevas que me das,
que me das en este valle
donde tan dulce es cantar
la bienvenida al que viene,
la despedida al que va.
Las fuentes van a los ríos,
los ríos van a la mar,
y el corazón del poeta
va donde lo hermoso está.
-Pues sigamos ambos nuestro
destino providencial:
tú, poeta, ve a lo hermoso,
yo río, voy a la mar...
que dicen es muy salada
y a mí me gusta la sal.
La mar en Oquendo tiene
para su comodidad
ventanita misteriosa
donde se suele asomar.
Desde la ventana, al río
llama con dulce ademán,
y a dormir en su regazo
Záldu abajo el río va
mientras yo voy por el mundo
para cantar y llorar.

- 107 -

La fuente

I

«El pan de la inteligencia»

mañanas y tardes todas
buscaba yo cuando niño
en una escuela ruinosa
que estaba junto a la iglesia,
a cuya maternal sombra
los huesos de mis abuelos
honradamente reposan.
Era una tarde de Agosto
y, según expresión propia
de las gentes campesinas,
no se movía una hoja
y los pájaros se asaban
y al sol se cocían tortas.
La trilla los labradores
volteaban en la era próxima
y el tamo entraba en la escuela
en nubes abrasadoras.
«¡Agua!... ¡Agua!...» los pobres niños
clamábamos con voz ronca,
pero el agua que nos daban
era tibia y era poca,
que para ser fresca y mucha
la fuente estaba remota.
Oyendo desde la era
nuestras voces angustiosas,
dijo una madre: «Esas pobres
criaturas de sed se ahogan!»
Y lo respondió un anciano,
llevando la mano tosca
a unas anchas cicatrices
de su cabeza canosa:
«¡Se han vertido en esa escuela
tantas lágrimas... que asombra
no brote en su portalada
una fuente caudalosa!»

II

Pasaron más de treinta años,
y una tarde calurosa
llegué a la aldea nativa
con la emoción dulce y honda
de los que a ver las palmeras
de la santa Salem tornan
después de regar con llanto
los sauces de Babilonia.
Viendo salir de una casa
blanca, risueña y hermosa,

una bandada de niños
que, echando al aire las gorras
y prorrumpiendo en cantares
y gritos y risas locas,
se ocultaron a mi vista
entre la arboleda próxima,
tras ellos me fui, evocando
las infantiles memorias,
y donde estaba otro tiempo
la escuela triste y ruinosa,
sólo hallé, cercada de árboles
que la ungían con su aroma,
una fuente cristalina,
saludable y caudalosa,
a cuyo raudal los niños
se arrojaban, cual se arrojan
al de la fuente del valle
las campesinas palomas.
Y aquella madre que un día
lamentó nuestras congojas,
pasó por allí, ya anciana,
y exclamó: «Por cada gota
de agua que vierte esa fuente,
Dios dé una santa corona
de gloria al buen caballero
que trajo esa fuente hermosa.»
Y el cura, que su breviario
leyendo estaba a la sombra
de un fresno, oyendo a la anciana,
leyó en voz alta y sonora:
«Con su vara de viajero
hiriendo Moisés la roca,
en el desierto abrasado
surge una fuente abundosa,
y el pueblo de Dios el himno
de la gratitud entona.»

- 108 -

Genealogía poética

I

Yo, Antón, el de los cantares,
como el cariño me llama
aquende y allende el Ebro
por mi afición a las cantas,
nací en una casería
de los montes de Vizcaya,

y cantando y trabajando
pasé allí la dulce infancia
porque en esta noble tierra
todos cantan y trabajan.
Mi buena o mala fortuna
me arrancó de estas montañas,
y si a decir no me atrevo
si fue buena, o si fue mala,
no se me queje la corte
que no pretendo agraviarla,
y sí dejar que decidan,
las Corporaciones sabias
si es buena o mala fortuna
aquella que nos arranca
del hogar de nuestros padres
en la desvalida infancia.
Antes que de aquí saliera
oí hablar de una muchacha
tan discreta y tan hermosa
que a todos enamoraba,
y más de cuatro cantares,
rústicos, pero entusiastas,
la dediqué en las riberas
del cristalino Cadagua;
y acaso, al pasar el Ebro
derramando acerbos lágrimas
porque del suelo nativo,
me alejaba, me alejaba...
de conocerla de cerca
me sonrió la esperanza,
pues en la corte vivía
de buena o de mala gana,
que en esto, como en lo otro,
las opiniones son varias,
y sonriendo o llorando
yo iba a la corte de España.
Mis esperanzas no fueron,
al llegar a Madrid, vanas,
que muy pronto ocasión tuve
de conocerla y tratarla,
y, como efectivamente,
era una chica muy guapa,
la fui queriendo, queriendo
con el corazón y el alma
y al fin me casé con ella...
creo que como Dios manda.
Los hijos que hemos tenido

de una docena no bajan,
y si Dios nos da salud,
aunque pesetas nos faltan,
otros doce servidores
hemos de dar a la patria.
Aunque a su madre no salen
en hermosura ni en gracia,
a buenas inclinaciones
nadie en el mundo les gana,
lo cual es mucho consuelo
cuando por el mundo andan
tantos chicos de su clase
sembrando guerra y cizaña,
o incredulidad y vicios
en la sociedad humana,
cuyos vínculos más santos
así aflojan y desatan.
La historia de todos ellos,
sería historia muy larga,
y luego, en boca de padres,
aun las justas alabanzas,
a los que no tienen hijos
parecen lisonjas vanas.
Pero aunque se me incomodo
mi compañera del alma,
que, como madre discreta,
indiscreciones no aguanta,
de algunos de nuestros hijos
he de trazar la semblanza
para que bien los conozcan
las gentes propias y extrañas,
y con amor nos los traten
cuando por el mundo vayan.

II

Tuvimos el primogénito
en la capital de España,
y aunque nació delgadito
y no de muy buena traza,
nuestros continuos cuidados
le dieron tan buena cara,
que enamorándose de él
una especie de pirata
nos quiso robar al pobre
hijo de nuestras entrañas.
Era por naturaleza
de inclinaciones muy castas;

pero nacido en la corte
y criado en las barriadas
de Lavapiés y el Barquillo
donde al lucero del alba
le espeta una desvergüenza
la moza más recatada,
se resintió el pobrecillo
de ciertas pícaras gracias.
Le hemos quitado ya muchas
a fuerza de zurribandas;
pero aún entusiasmo al pícaro
la gente de rompe y rasga,
y donde ve sayas cortas
y sombreros de calaña
y oye cantar seguidillas
al compás de una guitarra,
allí le tienen ustedes
armando jaleo y zambra.
Aunque nacido en Castilla
gusta tanto de Vizcaya,
que la patria de su padre
tiene casi por su patria
como el discreto y valiente
poeta de la Araucana,
y aunque solaces del vulgo
lo embelesan y entusiasman,
por cima del vulgo a veces
atrevido se levanta
y se va por los espacios
como Pedro por su casa.
En Europa y en América
lo conocen y lo aman,
y como ha viajado tanto,
seis o siete lenguas habla.
Por último, decir debo,
pues redundante en su alabanza
que es de todos nuestros hijos
el que más dinero gana,
y por eso lo llamamos
la arañita de la casa.
Cansados ya de la vida
y agitación cortesanas,
nos vinimos con los chicos
a estas tranquilas montañas
que amo porque están en ellas
los recuerdos de mi infancia,
y ama también la querida

compañera de mi alma
porque sólo está contenta
donde los pájaros cantan.
Dios sigue aquí bendiciendo
nuestra unión afortunada,
pues son cinco ya los chicos
que hemos tenido en Vizcaya,
y, entro ellos, dos que por cierto
mención especial reclaman.
Con su hermano mayor uno
tiene mucha semejanza,
pero no en las picardías,
pues ha salido, a Dios gracias,
tan candoroso y tan puro
en cuanto hace y en cuanto habla,
que abrirles sus celdas pueden
las monjas y las beatas.
A la lengua de Vasconia
tiene afición extremada,
porque suena a sus oídos
como maternal palabra
y es expresiva y enérgica
y filosófica y casta
y en ella, al morir, los mártires
de la locura cantábrica
el dulce nombre invocaron
de libertad y de patria;
pero también gusta mucho
de la lengua castellana
porque es elocuente y noble,
y rica y sonora y sabia
y en ella ocho siglos hace
conversan, rezan y cantan
héroes, santos y poetas
que glorifican a España.
Gusta de estrechar la mano
que ha encallecido la azada;
está por los largos de obras
y los cortos de palabras;
en las gracias picarescas
no encuentra ninguna gracia;
aborrece a los tiranos
y las libertades ama;
es católico apostólico
romano de antigua raza;
Dios y la naturaleza
son el encanto de su alma,

y, en fin, dando a Dios tributo
y a su condición humana,
si tocan a rezar, reza,
si tocan a bailar, baila.
Como ahora, por vez primera,
sale este chico de casa,
no sabemos si en el mundo
buena acogida le aguarda,
mas creo que a sus hermanos
no tendrá que envidiar nada
porque a buenas intenciones
sus hermanos no le ganan.
Finalmente, hemos tenido
en estas verdes montañas
otro hijo que ya nos llena
de dulcísima esperanza.
Aunque todavía mucho
para formarse le falta,
en mente y alma revela
aspiraciones tan altas
o inclinaciones tan nobles,
que su pobre madre exclama:
«¡Este chico va a ser la honra,
y el consuelo de la casa!»
Llevando de la manita
al chiquitín de nuestra alma,
hemos recorrido todas
las regiones de Cantabria,
de Castilla, de Toledo,
de Aragón y de Navarra,
y siempre, siempre en sus ojos
hemos visto brotar lágrimas
al evocar los recuerdos
gloriosos de estas comarcas.
No hay monumento ni ruina,
ni aniversario, ni página
de nuestra gloriosa historia
o de la familia humana,
que su corazón no agite
y llene de emoción santa.
¡Qué mucho, pues, que nos llene
de dulcísima esperanza
este hijo que tus recuerdos
va a cantar, oh dulce patria!
Pero temiendo que labios
maldicientes por ahí salgan
con la vulgar preguntilla

de «¿Quién a la novia alaba?»
pongo término al romance,
no sin decir que se llaman
La Poesía Española
mi compañerita amada,
El Libro de los Cantares,
El Libro de las Montañas
y El Libro de los Recuerdos
los tres hijos de mi alma.

Apéndice

La prolijidad de las anotaciones que van a constituir este apéndice necesita algunas palabras que la justifiquen o cuando menos la disculpen. Cree el autor de este libro, que su segunda obra en verso ha de ser, cuando menos, tan afortunada como la primera, porque si El Libro de las Montañas, como obra literaria vale tan poco como El Libro de los Cantares, como obra moral vale más que su hermano. En este supuesto, parecele su nuevo libro destinado a circular por el extranjero, como su hermano, o mejor dicho, como sus hermanos, pues todos han logrado esta inmerecida honra. Si ve que en su misma Patria, en España mismo, hay tal ignorancia respecto a cuanto se refiere a las provincias vascongadas, que hemos oído a estadistas muy encopetados asegurar, que bajo el árbol de Guernica se celebran las Juntas generales de las tres provincias llamadas por excelencia hermanas; si ve que hasta aquellos que más obligados están a esparcir la luz sobre este país, esparcen la sombra y el error, como lo prueban unas lecciones de Historia que ha publicado un joven catedrático del Instituto de Vitoria, quien, por ejemplo, al hablar de la prisión del Rey de Francia Francisco I, en Pavía, rendido a Joanes de Urbieta, natural de Hernani, en Guipúzcoa, en vez de aprovechar la ocasión para ilustrar este importantísimo hecho histórico, puesto que enseña en el país vascongado y a la juventud vascongada, se contenta con decir «que Francisco I se rindió a un vizcaíno», laconismo e inexactitud que no pueden perdonarse a quien tiene su cátedra a pocas leguas del pueblo natal de Joanes de Urbieta; si ve esto y mucho más ¿cómo no ha de creer que estas anotaciones son indispensables, particularmente para los lectores extranjeros? Por otra parte, el autor de este libro reúne datos, estudia, trabaja sin descanso para escribir la Historia de Vizcaya, que es obra necesarísima y que para escribirse como esta tierra merece y reclaman los tiempos que alcanzamos, necesitaría la vida de un hombre; y entre tanto no quiere perder ocasión de dar a conocer algo del pasado y el presente de este rincón de España que, a pesar de su pequeñez geográfica, pluma muy docta llamó hace ya siglos «uno de los mayores solares del mundo».

Advertido esto, empecemos a anotar aquellas composiciones que más lo necesitan; pero antes de todo, demos una sumaria noticia de lo que son las provincias vascongadas, parecida a la que a mediados de este siglo tuvieron que dar por escrito los diputados a Cortes de las mismas provincias al señor Ministro de la Gobernación del Reino, en vista de

que su excelencia se confundía y embrollaba cada vez más al querer averiguar a qué provincia pertenecían, respectivamente, Bilbao, Vitoria y San Sebastián.

Las provincias vascongadas son: Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, cuya población, en números redondos y según los últimos datos oficiales, es: Vizcaya 180.000 almas, Guipúzcoa 174.000 y Álava 102.000. Estas provincias, foralmente consideradas, no tienen capital, porque el espíritu de igualdad que resalta en sus antiquísimas y libres instituciones, considera a todos los pueblos de igual categoría; pero como en alguno ha de residir el Gobierno foral, el de Vizcaya reside en Bilbao, el de Guipúzcoa en Tolosa y el de Álava en Vitoria, si bien Vizcaya tiene su Archivo general en Guernica, y en Guipúzcoa las autoridades del Gobierno del Reino residen en San Sebastián.

Las Juntas o Congresos generales de Vizcaya son bienales, las de Guipúzcoa anuales y las de Álava semestrales, a no ser que circunstancias extraordinarias obliguen a convocarlas fuera de este plazo. Las de Vizcaya se celebran bajo el árbol de Guernica; las de Guipúzcoa por turno en diferentes villas, y las de Álava por Mayo en diferentes pueblos, y por Noviembre en Vitoria. En estas Juntas, en que tienen representación todos los pueblos, que eligen sus representantes por el voto de todo el vecindario, se elige el Gobierno, se residencia al saliente y se tratan todos los asuntos que interesan al país. El Gobierno de Vizcaya es bienal, presidido por el corregidor político, como representante de la Corona, y son sus principales miembros dos diputados generales; el de Guipúzcoa es anual y principalmente se compone de un diputado general, dos adjuntos y varios de partido; y el de Álava es trienal y tiene por cabeza un diputado general y su teniente.

Las tres provincias vascongadas, aunque independientes entre sí, tienen instituciones y costumbres casi iguales y celebran conferencias lo menos una vez al año para obrar de acuerdo en los asuntos más importantes. Los acuerdos que son fruto de esta especie de confederación, llevan un sello en el que se ven tres manos enlazadas, con la leyenda éuscara Irurac-bat, qua significa las tres son una. Las tres provincias hermanas formaron parte principal de la confederación cantábrica que tan gloriosamente célebre se hizo resistiendo todo el poder de Roma en tiempo de Augusto. Ayudadas por la fragosidad de su territorio, por su natural valor, por su amor a la libertad, por sus costumbres sobrias, puras y viriles y por su patriotismo, lograron mantenerse libres del yugo cartaginés, romano, godo, mahometano y otros pueblos extranjeros que invadieron y subyugaron el resto de la Península. La principal comprobación de esta libertad está en la conservación de su idioma, leyes y costumbres, que son aún las que tenían al aparecer el Cristianismo. Estas provincias se incorporaron voluntariamente a la Corona de Castilla: Guipúzcoa al comenzar el siglo XIII, y Álava y Vizcaya en el siglo XIV. Esta incorporación se verificó mediante pactos o contratos bilaterales, en los cuales se estipuló la perpetua o íntegra conservación de los fueros, buenos usos costumbres y libertades de los estados incorporados, que hasta entonces eran independientes, y todos los Monarcas de España, incluso el actual, han confirmado aquellos pactos.

A pesar de esto, las provincias vascongadas han necesitado todo el amor que tienen a sus veneradas instituciones y a su gloriosa historia, para defender unas y otra de los ataques que hace siglos vienen experimentando. no de parte de los Monarcas de España, sino de Ministros orgullosos y despóticos, como Godoy y Calomarde, que no podían tolerar

hubiese en España pueblos que opusiesen un noble veto a sus caprichosos mandatos. Así la bibliografía española está llena de escritos en que se combate todo lo que más honra a los vascongados, sus fueros, su idioma, su cantabrismo, su independencia, y estos escritos son obra de plumas asalariadas como la de Llorente, o de individuos de Corporaciones literarias influidas por los gobernantes, como los académicos de la Historia, que redactaron cierto Diccionario publicado por aquella Corporación y cuyo único objeto fue combatir las instituciones y las glorias históricas de las provincias vascongadas, que han prestado inmensos servicios a España y a la civilización y la fe cristiana, tomando principalísima parte en todas las grandes empresas que han glorificado al pueblo español.

La población de estas provincias consta de caseríos dispersos en las montañas y valles, y esta es la población principal, y de pueblos agrupados que son los que se llaman villas. El territorio vascongado se compone de altas montañas y profundos y estrechos valles. Abunda en él el arbolado, es sumamente pintoresco y le embellece perpetua verdura. El clima, particularmente en Vizcaya y Guipúzcoa que lindan con el mar, es muy templado, como que se cosechan en toda la costa las naranjas y los limones. La lengua que predomina en Vizcaya y Guipúzcoa, es el antiquísimo, original, filosófico y expresivo éuscaro, que en Álava se habla en muy pocos pueblos.

Prólogo. Las palabras éscaras que aparecen en el prólogo de este libro, necesitan alguna explicación. La traducción literal de *nére maitiá*, es «amada mía», pero esta traducción está muy lejos de expresar la ternura que expresa el original. Apenas se concibe que la frase *nére maitiá* se pueda pronunciar sin que lágrimas de ternura asomen en los ojos del que la pronuncia y en los de aquel a quien se dirige. *Aurrerú* equivale al ¡adelante! castellano y al ¡enavant! francés; pero tiene una energía indescriptible, a la que contribuye la manera con que generalmente se pronuncia, que consiste en prolongar sus sílabas y multiplicar sus erres. Por último, el *amá virgiña* cuya traducción literal es «madre virgen» encierra, como el *nére maitiá*, una ternura y una unción religiosa de que es difícil dar idea en castellano.

3. Arrona es una aldeíta de Guipúzcoa situada en la falda de uno de los montes que dominan a la villa marítima de Zumaya, de la misma provincia. Esta humilde aldea fue visitada en 1865 por la Familia Real de España, que, sin escolta ninguna, salió de Zarauz una tarde y se dirigió a aquellas montañas, sin más objeto que el de honrar con su presencia la casa solariega del excelente caballero y patricio don Ignacio de Balzola, a la sazón diputado general de Guipúzcoa y agraciado pocos días después por S. M. la Reina Doña Isabel II con el título de marqués de Balzola.

El río Urola nace en las montañas de Araya, jurisdicción de Segura en Guipúzcoa, y después de recorrer los valles de Legazpia, Villarreal, Zumárraga, Azcoitia, Azpeitia, Cestona y Oiquina, desemboca en la mar en Zumaya.

Muntillá equivale a mozo.

Donostia, es el nombre que se da en vascuence a la ciudad de San Sebastián en Guipúzcoa.

El Hirnio o Hernio es un altísimo monte de Guipúzcoa situado en jurisdicción de Albistur y Astéasu. Garibay, Mariana y otros respetables historiadores, creen que es el Vinio o Vindio adonde se refugiaron los cántabros en la guerra de Augusto. Esta opinión se robustece con los descubrimientos de fortificaciones, utensilios y armas antiquísimas, que con frecuencia se hacen en aquel monte. Don Juan Venancio de Araquistain, joven escritor de Deva, que es ya una de las glorias literarias del país vascongado, ha escrito una brillantísima leyenda a la que sirven de asunto estas tradiciones de la heroica lucha de los cántabros con la señora del mundo. Esta leyenda forma parte de las Tradiciones vasco-cántabras, precioso libro del señor Araquistain, impreso en Tolosa en 1865.

Canta. Así se llama en Vizcaya a los cantares populares. Los cuatro versos con que concluye esta leyendita son la traducción de una canta vascongada.

6. Esta composición está dirigida al excelentísimo señor don Antonio de Latour, intendente de SS. AA. RR. los señores infantes duques de Montpensier. El señor Latour es francés y escribe en su lengua patria; pero España le debe amar como a sus mejores hijos por el amor que la tiene y por los grandes servicios que ha prestado a su literatura, a su historia y a sus costumbres, que el señor Latour ha estudiado profundamente y ha tratado en sus numerosas obras con conocimiento y amor tales, que quizá no tengan ejemplo en ningún extranjero. El autor de este libro debe al señor Latour la amistad más bondadosa y constante y una gran parte del éxito que han alcanzado sus trabajos literarios en el extranjero, donde el señor Latour los ha dado a conocer por medio de excelentes análisis y traducciones.

Coblari, el que hace coplas o cantares. La terminación ári es indicativo de acción.

Ibaizábal, que equivale a «río ancho», es el nombre que damos los vascongados al río Nervión que procede de los montes de Durango y Orduria y pasando por Bilbao desemboca en el mar en Portugalete, o más bien entre Santurce y Algorta, que están el primero a la izquierda y el segundo a la derecha de la barra.

Boluaga es un riachuelo del concejo de Sopuerta en las Encartaciones de Vizcaya. Hoy se le llama Baluga por corrupción de la palabra boluaga que indica molinar o sitio donde hay molinos.

10. Los seis primeros versos de esta composición son la traducción casi literal de un cantar vascongado, cuya armonía imitativa es imposible reproducir con exactitud.

Oiz es un monte que se eleva 1.040 metros sobre el nivel del mar entre Guernica y Durango.

Árin-árin (aprisa, aprisa), es el nombre de una tocata bailable muy animada y popular en las provincias vascongadas.

11. Estos versos se compusieron un anochecer en una colina que se alza en medio de la llanura principal del concejo de Sopuerta. En esta colina subsisten las ruinas de una iglesia, que ya existía en el siglo XII y fue demolida en la primera mitad del siglo pasado, para

construirse, como se construyó, en la llanura adonde había ido descendiendo el principal caserío del concejo, con motivo de haberse trasladado a la parte baja la calzada que antiguamente iba por las alturas, y singularmente por donde se alzaba la iglesia monasterial de San Martín. Para que se comprenda mejor esta poesía, no estará de más advertir, que cerca de la Colina de San Martín, está el barriecillo. de Santagadea, donde se crió el autor de este libro.

12. La nave a que se refieren estos versos, es un bergantín de la matrícula de Bilbao, al que la Casa de Sanginés sobrino, su armadora, dio en 1863 el nombre de Trueba para honrar al autor de este libro que estaba y está muy lejos de merecer tal honra. El que fue objeto de ella, no conocía ni conoce aún personalmente al que se la dispensó, que es el señor don Manuel de Taramona, gerente de la Casa de Sanginés, y aprovecha esta ocasión para expresarle públicamente su gratitud, lo mismo que a los honrados e inteligentes corredores de buques, señores Aznar y Zubiria, que sospecha tomaron generosa parte en aquella fineza. En cuanto al buque, tiene su homónimo el sentimiento de decir, que su profecía de que Dios le traerá al puerto de que salió, tiene trazas de no cumplirse, porque, después de haber estado muchas veces a punto de naufragar y de haber sufrido grandes averías, hoy arrastra una penosa existencia, navegando de Cuba a Buenos Aires y de Buenos Aires a Cuba.

13. Mercadillo es el barrio principal de Sopuerta, y su iglesia de Santa María se construyó a principios del siglo XVI, con circunstancias por cierto bastante curiosas y dignas de referirse. Hoy el concejo tiene su iglesia matriz (la de San Martín de Carral), cuatro anejas (Mercadillo, Baluga, Olabarrieta y Avellaneda) y una independiente (Béci) que en el siglo XV era sufragánea de la de San Martín. Hacia el año 1500 esta última tenía por feligreses a todos los habitantes del concejo, excepto los de Béci. Los de las barriadas de Landada, que después se llamó Mercadillo, querían hacer iglesia propia, pero el Cabildo de San Martín se oponía a ello. Un día volvía un cura de San Martín de administrar el viático a un vecino de Landada, y como estallase de repente una furiosa tempestad, tuvo que refugiarse en una ermita de Santa María Magdalena, que estaba en el altito donde ahora está el Camposanto de Mercadillo, y colocó en el altar el Copón con las santas formas. Los vecinos de Landada se apresuraron a colocar velas encendidas en el altar y cuando el sacerdote trató de tomar el Santísimo Sacramento para continuar su camino, se opusieron a ello y le obligaron a volverse sin él a la parroquia. Siguieron largas cuestiones entre el Cabildo y los vecinos de Landada, sobre si éstos se habían de separar o no de la iglesia matriz, y entretanto, los segundos construían la iglesia y por turno velaban de noche en la ermita de la Magdalena, para que el Cabildo no extrajese el Santísimo. Por aquel tiempo, vino a Portugaleta el obispo de Burgos, a cuya diócesis pertenecía aquella parte de Vizcaya, para arreglar una grave cuestión que sobre sepulturas traían los portugaletanos. El obispo, que a la sazón lo era fray Pascual de Ampudia, pasó con tal motivo a Sopuerta y puso término a las diferencias del Cabildo de San Martín y los vecinos de Landada, autorizando a éstos para la erección de la nueva iglesia con la advocación de Santa María de la Asunción y como aneja de la de San Martín.

14. La traducción literal de Amorebieta, nombre de una anteiglesia de la merindad de Zornoza, es «sitio de dos amores» o «del amor de dos.» Esta circunstancia ha dado lugar a cuentos populares más o menos ingeniosos. He aquí algo de lo que sobre el particular dice

Iturriza en su inédita Historia general de Vizcaya: «la cual (la iglesia de Amorebieta) según escribe Antón de Bedia y Cirarruista, tuvo principio por dos hermanas virtuosas, dueñas de la casa solar de Echozaarra de Achondo, sita en la barriada de Zumelzu, jurisdicción de la república de Dima, que, siendo feligresas de Santa María de Echano, no llegaban a tiempo algunas veces a oír la misa conventual en los días festivos por la distancia de dos leguas crecidas, y en el paraje donde oían la campana al adorar el Santísimo Sacramento, determinaron fundar dicha parroquia; y por ser como eran de una voluntad y amor, llamáronla de Amorebieta, que denota amor de dos.»

15. Gorbea es un monte de 1.537 metros sobre el nivel del mar, que se alza entre Álava y Vizcaya.

16. Hay una inexactitud en esta composición. En Güeñes, como en casi todos los pueblos de Vizcaya, no hay enterrador de oficio o asalariado; los parientes, vecinos o amigos de los muertos son los que entierran a éstos, cumpliendo así una de las obras de misericordia; pero en algunas poblaciones de mucho vecindario hay enterrador asalariado, y al autor de este libro le contaron lo siguiente en una de estas poblaciones: El enterrador iba todas las mañanas a ver al señor cura párroco, para saber si había fallecido alguna persona. Hacía mucho tiempo que el cura contestaba que no había novedad, y el enterrador, no pudiendo ya contener su enojo, una mañana, al saber que no había muerto nadie, exclamó desesperado: «¡Pues señor, estamos frescos!» Poco después fallecieron en una misma noche tres personas, y estando reunidos los tres cadáveres en el Camposanto, el cura le dijo al enterrador: -Vamos, ¿que hoy estará usted contento? -¿Pues no es una gloria esto, señor don Fulano?- le contestó con la mayor naturalidad el enterrador.

19. Esta composición se leyó en el teatro de Bilbao en una función dada a beneficio de las familias de una porción de pescadores de Bermeo y otros puertos de Vizcaya y Guipúzcoa que habían perecido en el mar.

El santuario foral de Bermeo es la iglesia de Santa Eufemia, una de las iglesias en que, con arreglo al fuero, deben jurar los señores de Vizcaya, que guardarán y harán guardar los fueros, libertades, buenos usos y costumbres de esta tierra. Este juramento ha de hacerse a las puertas de la villa de Bilbao, en la iglesia de San Emeterio y San Celedonio de Larrabezúa, sobre el árbol de Guernica, y, por último, en la iglesia de Santa Eufemia de Bermeo.

El santuario de Begoña está en las cercanías de Bilbao, en el collado de Artagan, que domina a esta villa. Es uno de los más célebres de este país. El templo actual se construyó a principios del siglo XVI; pero desde tiempo inmemorial se veneraba ya allí a la Santísima Virgen con la advocación de Santa María de Begoña. La tradición cuenta que aquella milagrosa imagen se apareció allí, y habiéndose tratado de erigirle templo en la cima de la montaña, íbasela a conducir procesionalmente, cuando se oyó una misteriosa voz que decía, Bego-oñá (quieto el pie), y de esta voz se le dio nombre. Fray Tomás de Granda, de la Orden de predicadores, escribió a fines del siglo XVII, la historia de este santuario, con mejor voluntad que erudición y gusto, y su libro se imprimió en Bilbao en 1699. El autor del presente, va reuniendo datos para escribir un libro sobre el mismo asunto.

20. Ibaranguélua es una de las repúblicas de Vizcaya y está sobre el cabo Ogoño, entre Bermeo y Lequeitio.

23. El río Arnáuri o Arnabe, después de recorrer el valle de Orozco, se junta con el Nervión en Areta, barrio del valle de Llodio.

También en estos versos hay una pequeña licencia poética: Para cumplir el río Arnáuri el encargo que se le hace, necesita subir un poquito más arriba de Areta.

26. La torre de Muncharaz, hoy propiedad del señor conde de Montefuerte, subsiste aún en la anteiglesia de Abadiano, en la merindad de Durango. El asunto de esta leyenda está tomado de las tradiciones del país. Aunque se conserva el testamento de la infanta que casó en Muncharaz, hay dudas acerca de la época precisa en que aquella vivió, y de qué rey de Navarra era hija. El testamento de doña Urraca que Iturriza incluyó en su preciosa Colección diplomática, con el núm.34, aparece otorgado en 2 de Octubre de 1215 años. La testadora se dice: «yo, Urraca de Navarra», y encarga sufragios «por la alma del rey, mi señor padre, que santo paraíso tenga.» Iturriza dice que copió este documento de un pergamino toscó que estaba a fines del siglo pasado en el archivo del palacio de Zubieta, en Lequeitio; pero creo, con razón, que aunque en una copia auténtica, que le acompaña, se dice que aquel pergamino es el original, no lo es y sí solamente una traducción del original latino, que debió hacerse mucho tiempo después, como lo manifiesta el lenguaje. La torre de Muncharaz es edificio muy notable. En un salón del piso principal hay una especie de circo con galerías. El vulgo, que desgraciadamente aquí, como en el resto de España, sueña con toros y novillos, no concibiendo mejor diversión que la que proporciona este salvaje espectáculo, dice que Pero Ruiz daba allí corridas de novillos para divertir a su mujer la infanta, pero lo probable es que aquella especie de circo se hiciese para ejercicios caballerescos.

Las iglesias antiguas de Vizcaya tenían el nombre de monasterios; no porque en ellas viviesen comunidades religiosas, sino porque estaban en sitios solitarios, y en ellas hacían vida retirada los clérigos consagrados a su servicio. La de San Torcuato o San Torcaz de Abadiano tenía nombre de abadía, y de abades sus clérigos. De esta circunstancia proviene el nombre de aquella república, que, según Iturriza, significa abadía pequeña.

Guerediaga es una colina de la merindad de Durango, donde, desde tiempo inmemorial, celebra aquella merindad sus juntas populares o batzúrrac, cuya voz significa junta o congreso de ancianos. En la colina de Guerediaga subsiste aún la iglesia juradera, cuyo nombre se da a aquellas iglesias donde prestaban juramento, no sólo los señores de la tierra y los funcionarios públicos, sino también los que tenían litigios pendientes; porque es de saber que, en la antigüedad, aquí el juramento tenía la fuerza que ahora tiene la información de testigos. En el siglo XV tuvieron una porfiada cuestión en Álava los parientes mayores de las casas de Guevara y Mendoza, sobre a quién pertenecía una rica bocina: sostenía uno de ellos que se la había dado al poseedor, y éste lo negaba. Los jueces dispusieron que los litigantes jurasen sí o no en la iglesia de Santa María de Estivariz, y este juramento bastó para decidir a quién pertenecía la bocina. Delante de la iglesia o ermita juradera de Guerediaga se ve una cruz de piedra de carácter monumental y un círculo de veintiocho mojones o piedras toscas, que son los asientos de los representantes de las catorce

repúblicas de la merindad. En el centro de este círculo se alza una gran piedra labrada que sirve de mesa para escribir los acuerdos de la junta. El roble foral que daba sombra al campo de Guerediaga, cayó con motivo de un hundimiento de terreno a fines del siglo pasado, en que se abrió por allí la carretera que conduce a Guipúzcoa y motivó este hundimiento.

Ola-guizonac; literalmente «hombres de ferrería». Este nombre se da en este país a los operarios que trabajan en las fábricas de hierro, que antes eran aquí numerosísimas. Los principales caballeros de Vizcaya y aun de Guipúzcoa y Álava, tenían cerca de su casa solariega una ferrería, que administraban y cuidaban personalmente, siendo este el principal elemento de su subsistencia. Aún existen algunas familias que conservan y explotan la ferrería y el molino, que pudiéramos llamar solariegos. He aquí el tipo de las principales casas de este país: en un bosquecillo de gigantescos nogales y castaños, a la orilla de un río, una torre o palacio con escudo de piedra sobre la puerta y a su lado una ferrería y un molino.

En la montaña de Urquiola, cerca de Durango, hay una ermita con hospedería dedicada a San Antonio. Este santuario goza de gran celebridad, y la romería que en torno de él se verifica el 13 de Junio es admirable por la muchedumbre de gentes de las tres provincias hermanas que a ella acuden. El Aitá San Antonio es un cantar popularísimo, cuyo texto vascongado es el siguiente:

Aitá San Antonio

Urquiolaquá,
ascóren biotzéco
santu devotuá.
Ascoc eguiten dío
San Antoniori,
egun batian juan da
bestean etorri.

La traducción literal de este cantarcillo, que pierde toda su gracia en ella, es esta: «El padre San Antonio de Urquiola es santo a quien tienen devoción muchos corazones. Muchas gentes visitan a San Antonio yendo un día y volviendo al siguiente.» Algunas personas, poco lógicas en sus discursos, extrañan que, siendo el idioma éuscaro antiquísimo y original, no tenga voces propias para expresar todo lo que se refiere a la religión, en que usa de latinismos vasconizados, como se nota en este cantar. Esta circunstancia es una prueba más de la antigüedad del éuscaro, y no es necesario cavilar mucho para explicarla: hasta la introducción del cristianismo estos pueblos sólo tenían una divinidad, que era el Ser Supremo, el Creador universal, a quien daban el nombre de Jaungoicúa, que significa el Señor de las alturas; y al admitir el cristianismo, admitieron el tecnicismo latino de que se valía la santa Iglesia romana, conservando el nombre de Jaungoicúa, que no necesitaba sustitución.

32. En España son expresiones proverbiales: «En Febrero busca la sombra el perro»; «San Matías, las fiestas guías», y «San Matías iguala las noches con los días».

34. Iturrigorri (que significa «fuente roja o colorada») es un profundo y angosto vallecito de las cercanías de Bilbao, célebre aquí por la rica fuente mineral ferruginosa que le da nombre.

La albahaca es hierba olorosa muy popular en toda España, y en algunas comarcas de estas provincias tiene una significación muy singular. Por regla general, y particularmente en los pueblos occidentales de Guipúzcoa y en los orientales de Vizcaya, un tiesto de albahaca en una ventana manifiesta que allí vive una doncella. Más aún significa la albahaca en algunas comarcas: la muchacha que tiene novio, siempre que éste pasa por debajo de su ventana, corta un ramito de la mata de albahaca y se le arroja. Como la mata de albahaca es comúnmente redonda o igual por todas partes, basta verla para saber si su dueña tiene o no novio; si le faltan ramitas, le tiene; si no, no.

36. Los tres versos de esta composición que van entre comillas son la traducción literal de una copla vascongada.

41. En este país se da el nombre de chacolí al vino indígena, que pudiera competir ventajosamente con el de Burdeos, si la vinificación no se tuviera tan abandonada. Como prueba del partido que aquí se pudiera sacar de los vinos, basta decir que el señor Arrieta Mascarua, vecino de Güeñes, mandó vinos de su cosecha a la Exposición celebrada en Madrid el año 1857, y fueron premiados. En España se echan muy de menos los vinos delgados, y, para suplirlos, se hace gran consumo de los de Francia, que se pagan a precios relativamente exorbitantes. Un cosechero de vinos, francés, iba con el autor de este libro por el valle de Somorrostro en ocasión en que se estaban haciendo las vendimias. -¿A cómo se vende la botella del vino que se obtiene de esta uva?- preguntó después de probar un racimo que le ofrecieron las vendimiadoras -A un real aproximadamente. -Pues si yo llevara a mi tierra esta uva- dijo el francés -se la devolvería a ustedes convertida en vino que me pagarían ustedes a veinte reales la botella.

42. Gabón o gavon significa Nochebuena. El Gabón es para el vascongado la gran fiesta del hogar y de la familia, y esto se comprende muy bien teniendo en cuenta lo amantísimo que es este pueblo de su familia y su hogar. Un vascongado arrostra cien leguas de mal camino en la estación peor del año por abrazar a sus padres y hermanos y sentarse junto al hogar paterno en la Nochebuena. Dícese, y no sin fundamento, que las tropas constitucionales no hubieran triunfado en los campos de Luchana la noche del 24 de Diciembre de 1836 si no hubiera sido aquella noche la Nochebuena, porque el ejército carlista había quedado casi en cuadro, por ir sus soldados, unos con licencia y otros sin ella, a hacer Gabón en sus hogares.

46. Esta composición es una traducción casi literal de otra del señor don Antonio de Latour, publicada en la excelente Revue britannique.

48. Doña María la Buena, señora de Vizcaya, dio privilegio de fundación a la villa de Portugalete en el año 1.322 y le renovó en 1333 con motivo de haberse caído el primero al agua. En este privilegio se leen estas palabras: «mando que fagan una iglesia en su villa do ellos quisieren, que haya vocación de Santa María.»

55. Los cuatro últimos versos de esta composición son la traducción de un proverbio vascongado.

58. El pensamiento capital de toda esta composición no pertenece al autor de este libro; pertenece a Aquiles Millien, estimabilísimo poeta francés, entre cuyas obras poéticas se cuentan *Las cosechas*, *Los poemas de la noche*, *Los Cantos agrestes* y *La leyenda del cáñamo*, últimamente premiada con la medalla de oro por una Academia. El señor Millien, que vive en Beaumont la Ferrier, cerca de Nevers, su país natal, es aficionadísimo a la poesía campesina, que tiene en él uno de los más felices intérpretes.

Péru el de Baracaldo es una traducción libre de uno de los cantos humorísticos de *Las cosechas*, titulado *La meridiane* (la siesta).

Baracaldo es un pueblo célebre en este país por sus excelentes guindas y cerezas. Los montes de Triano que dominan a Baracaldo y Somorrostro, encierran los ricos e inagotables criaderos de vena o mineral de hierro. De este monte hace mención el naturalista Plinio al describir la Cantabria, como perteneciente a ella. He aquí textualmente sus palabras:

«Cantabriæ maritimæ parte, quam Oceanus alluit, mons prærupte altus incredibile dictu totus ex ea materia est.» (En la parte marítima de Cantabria, bañada por el Océano, hay un monte alto y quebrado cuya abundancia de vena es increíble, pues todo él es de aquella materia.)

61. Esta composición se escribió para ponerla en música. Conviene advertir esto para que tenga alguna disculpa la especie de extravagancia que precede a todos sus versos.

63. El Ganeegorta es un monte de 1 000 metros sobre el nivel del mar, que se eleva entre los ríos Nervión y Cadagua.

65. También en esta leyendita se ha glosado una canta vascongada que, traducida casi literalmente, dice:

Madre, quiero que me cases

en los montes de Vizcaya,
que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana.

69. Esta composición se insertó en una «corona fúnebre» que dedicaron varios poetas a la memoria de la señora doña María del Carmen Collado de Prida, hija de los señores don Benito del Collado Ardanúy y doña Obdulia de Vega, y esposa del señor don Antonio María de Prida, una de las familias más distinguidas de Madrid. Aquella señora, muerta casi sin salir de la adolescencia, poco después de dar a luz una hermosísima niña, vivirá siempre en la memoria de cuantos la conocieron y admiraron su hermosura y su bondad verdaderamente angelicales, y en el hogar del autor de este libro nunca se la recordará sin lágrimas de ternura.

Artagan significa «alto de encinar», y es el nombre que se da a un collado que domina el santuario de Begoña, donde antiguamente había un gran encinar que ha desaparecido completamente para reducir los terrenos a cultivo.

Serantes, tantas veces nombrado en este libro, es un pico que se eleva 465 metros sobre el nivel del mar, al lado izquierdo de la barra de Santurce. Esta montaña es la primera de esta costa que divisan los buques que se dirigen al Ibaizábal, y por eso se dice, con la exageración un poco hiperbólica que es propia del pueblo, y más del pueblo español, que Serantes ha hecho derramar más lágrimas de alegría que agua lleva el Ibaizábal. Esta montaña es cónica, particularmente contemplada desde la parte de Bilbao. El naturalista Guillermo Bowles, en su *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España*, escrita en la última mitad del siglo pasado, la menciona en estos términos: «Serantes es otra montaña simple de figura piramidal, que está junto a la barra arenosa de Portugalete; y por descubrirse de muy lejos, sirve de guía a los navegantes para reconocer la entrada de la ría de Bilbao. Su estructura es de haber sido volcán.» Don Carlos Collette, ingeniero belga, en su *Reconocimiento geológico del Señorío de Vizcaya*, hecho de orden de la Diputación general del mismo Señorío en 1848, e impreso el mismo año en Bilbao, combate el volcanismo del Serantes diciendo que en éste ni siquiera se encuentra una sola roca plutónica, y hasta su forma cónica no pasa de ser una ilusión óptica. Sin embargo de esta respetable opinión, el autor de este libro ha oído la de geólogos no menos respetables que la rechazan, y confirman la no enteramente afirmativa de Bowles. Hay que advertir que el Serantes ha tenido la desgracia de que ni Bowles, ni Ernesto Augusto Bolz, que por orden de la Diputación general hizo un reconocimiento mineralógico del Señorío en 1825, ni Collette, se tomaron la molestia de subir a su cima: todos se contentaron con mirarle desde la llanura. Si hubieran subido, hubieran encontrado en ella todos o casi todos los caracteres que los naturalistas atribuyen a los volcanes apagados, incluso el cráter.

71. También los cuatro versos con que comienza esta composición son traducción de un cantar vascongado.

78. El autor de este libro reside habitualmente en Bilbao, desde donde se descubren al Poniente los montes de Ereza y Urállaga que dominan la llanada de Galdames y Sopuerta, donde nació y se crió.

80. El peñasal de Amboto domina por el Sur la merindad de Durango.

El puente de Astola está en la llanura de Abadiano, y aquel sitio goza en el país de alguna celebridad porque entre los pocos edificios que allí hay, se cuenta el Auditorio de la merindad, donde ésta tenía su cárcel y archivo y administraba justicia el teniente corregidor.

81. Esta composición es, como la titulada *La campana y el pasajero*, traducción literal de otra francesa original del señor don Antonio de Latour.

84. El Diccionario de la Academia española define tan incompletamente la palabra *albogue*, que se necesita hacer aquí un ensayo de definición de la misma palabra. El *albogue* es un instrumento músico pastoril de viento, compuesto de dos astas de vaca, dos

cañas y dos avenas. Una de las astas sirve de embocadura para soplar, introduciendo los labios en su parte más ancha, y la otra de campana. Ambas están abiertas por las puntas y unidas entre sí por dos cañas paralelas y horizontales que tienen agujeros para formar la escala con la pulsación de los dedos. Uno de los extremos de estas cañas está introducido en el asta que forma la embocadura, y el otro en la que forma la campana, y a su vez cada una tiene una avena en el extremo correspondiente a la embocadura. Entendemos por avena aquella especie de silbato que hacen los niños con la caña de la avena, del trigo o de la cebada. A este silbato llaman en algunas comarcas pepitaña, y en las Encartaciones cañavera.

El señor don Obdulio de Perea, vecino de Vitoria, en cuyo Municipio ha ejercido ya, a pesar de ser muy joven, cargos importantes, merece calificativos aún más honrosos que los que de él se hacen en esta leyenda, cuyo autor está persuadidísimo de que las obras poéticas y literarias del señor Perea, han de honrar muchísimo a nuestra literatura patria. El señor Perea sólo ha dado a luz en forma de libro un precioso devocionario que tiene por título Diario del cristiano, y hace desear vivamente la publicación de otros importantes trabajos poéticos que el ilustrado y excesivamente modesto poeta alavés, conserva inéditos.

Aitona, abuelo, se compone de las Palabras aítá, padre, y oná, bueno, lo que indica el gran respeto que en la familia vascongada se tiene a los ancianos.

Guernicaco arbola, (El árbol de Guernica) es un canto Patriótico dedicado al árbol de las libertades vascongadas, que se alza junto a la villa de Guernica, en Vizcaya, y de que se darán más noticias en las anotaciones a la composición número 96. El autor de la letra y música de este canto es un tal Iparraguirre, de quien dio curiosas noticias el eminente patricio y orador vascongado Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña, al defender elocuentísimamente las libertades éuscaras en el Senado español el día 16 de Junio de 1864. Copiemos las palabras del ilustre Senador y hombre de Estado Sr. Egaña:

«En el campo de don Carlos había un joven bizarrísimo que tenía el cuerpo acribillado de heridas, el cual fue a la guerra cuando apenas contaba diez y seis años. Era, según tengo entendido, pastor de una humilde casería del pueblo de Villarreal de Zumárraga. Ese hombre se llamaba Iparraguirre, el cual, por estar inutilizado de resultas de los balazos que recibiera en la campaña, fue destinado a lo que se llamaba compañía de alabarderos de don Carlos. Llegó el convenio y ese hombre no quiso tomar parte en él, porque era fanático por la causa del ex Infante. Fue a Francia y estuvo comiendo por espacio de más de veinte años el pan del emigrado; tenía buena voz, gallarda presencia, larga y tindosa cabellera; vino a las provincias a vivir como viven los músicos, como un trovador; llamábanle en el país el bardo vascongado.

El pobre joven ha debido morir en Montevideo. Era uno de esos caracteres aventureros que tanto levantaron el carácter español en los siglos XV y XVI. Iparraguirre quería correr peligros, y no estaba contento sino con grandes emociones. Ese hombre, pues, vino al país vascongado, y repugnándole, después de haber empuñado la espada, arma noble, el volver a la profesión de pastor o labrador, se dedicó, como digo, a la vida de músico ambulante, recorriendo el país vascongado y cantando a las muchedumbres canciones relativas a los fueros. ¿Saben los señores Senadores la impresión que causaron esas canciones a los dos o

tres meses de haber comenzado a recorrer las provincias el autor y cantador de ellas? Pues causaron tal impresión en los ánimos, que el que a la sazón era capitán general de las provincias, el que dignamente estaba al frente de ellas, que era el señor general Mazarredo, dio orden de que el trovador saliera pronto del territorio vascongado. No había cometido ningún crimen, no había predicado el socialismo, no había dicho nada que pudiera lastimar ni poco ni mucho el principio de autoridad; pero, sin embargo, era tal el entusiasmo que despertaba en las masas con el canto de la vida de los fueros, que el trovador hubo de ser expulsado del país. (Sensación.)

Señores: yo he concurrido a oír uno de esos conciertos al aire libre en aquellas montañas. Estaba anunciado que Iparraguirre cantaría la canción titulada «El árbol de Guernica», que es el símbolo de la libertad foral. Concurrieron de todas las villas pueblos y caseríos circunvecinos sobre 6.000 personas. Empezó Iparraguirre el canto que voy a tomarme la molestia de leer al Senado. Es corto. Tengo el texto en vascuence, que es como Iparraguirre lo cantó; pero como sería ridículo leerlo aquí, donde nadie comprende aquella lengua, no voy a molestar al Senado con tal lectura, y me permitiré simplemente leer la traducción literal, tal como he podido hacerla en castellano. La canción a que vengo refiriéndome decía así:

«El árbol de Guernica es para nosotros un árbol bendito. No hay un solo vascongado que no tiemble de placer al mirarle. ¡Extiende tu copa y derrama por el mundo tus frutos, oh símbolo santo de nuestras seculares libertades! Nosotros te adoramos hincados de rodillas (y al decir esto se prosternaban las 6.600 personas cual si fuera la muchedumbre movida por un resorte o herida por una impresión magnética y se descubrían la cabeza) y pedimos al cielo que, si la tempestad azota tus ramas frondosas y gentes extrañas vienen a destruir tu tronco, el hierro salvador que contienen los senos de nuestros montes se convierta en armas aceradas de todas clases para defenderte.»

Señores: al oír estas últimas cláusulas, aquellos hombres, que habían llevado la boína de las batallas durante los seis años de guerra, que tenían un corazón valiente y les chispeaba la sangre, levantaban sus brazos en ademán altivo, jurando morir por los fueros. (Movimiento Gran sensación) Creo que el Gobierno hizo bien al mandar que ese hombre saliese del país, porque, a pesar de que obraba llevado de un sentimiento generoso y noble, era posible que hubiera producido tal impresión en las muchedumbres, que tal vez hubiera sido preciso alguna vez que interviniera la fuerza pública.»

El aurreescu es una danza muy popular en este país. Las personas danzan en fila asidas de las manos, primero hombres solos y luego mujeres, interpoladas con los hombres, y a las que éstos van invitando y trayendo al baile por medio de dos sacadores que se comisionan para ello. El que va primero se llama aurreescu, que significa «mano delantera», y el que va el último atchescu, que equivale a «mano trasera». Estos dos bailarines hacen por turno una porción de evoluciones y trenzados pedestres que, cuando se hacen con habilidad y ligereza, son muy aplaudidos del concurso.

El toque de oraciones señala el término de la romería. Al sonar la campana, la muchedumbre suspende el baile, guarda silencio, los hombres se descubren la cabeza, todos

rezan la salutación angélica y en seguida se dispersa el concurso, prorrumpiendo en gritos de alegría y al són del tamboril, que acompaña a la autoridad municipal.

En la gloriosa guerra que en 1860 sostuvo España con el Imperio de Marruecos hasta que éste solicitó la paz, después de perder la sangrienta batalla de Wadrás, al dirigirse el ejército cristiano a Tánger, de que se hubiera apoderado como se había apoderado ya de Tetuán, tomaron parte tres batallones o tercios de voluntarios que enviaron las tres provincias vascongadas.

La palabra chabólia o chaboliá se traduce generalmente por choza, y con ella se designa hoy lo que llamamos choza en castellano; pero antiguamente se llamaba chabólia la casa rústica murada de piedras toscas y barro y techada con ramaje y césped, para distinguirla de las casas más suntuosas. Según Larramendi, el castellano choza viene del vascuence echotzá, que literalmente corresponde a casita o casa fría, de eche (caja) y otzá (frío).

Laubúru era el estandarte militar de los cántabros, que Augusto introdujo en sus ejércitos. «Laubúru, dice Larramendi, significa cuatro cabezas, extremos o remates, cuales son los de la cruz del Lábaro, y de laubúru hicieron laburum los romanos, dándole también el nombre de cantabrum. Aquí tenemos apellidos Labor y Leaburo, sin duda con el mismo origen. Constantino mudó en el Lábaro el epígrafe y timbre.»

En el siglo IX invadió el territorio vizcaíno un ejército leonés acaudillado, según unos por Ordoño, hijo del rey don Alonso el Magno, y, según otros por Odoario, cuñado de aquel monarca. Los vizcaínos le salieron al encuentro capitaneados por un mancebo llamado Lope Fortun y por Sancho Estiguiz, señor del Duranguesado, y le derrotaron en el valle de Padura, persiguiendo sus restos hasta el árbol Malastu o Malato que estaba en Luyando dos leguas más arriba. Tanta fue la sangre que en esta batalla se derramó, que las piedras de Padura quedaron teñidas en ella, y por esta circunstancia aquel sitio trocó su nombre por el de Arrigorriaga que hoy tiene y equivale a piedras bermejas o encarnadas. En el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga existe un sepulcro de piedra que la constante y general tradición asegura ser el del príncipe Ordoño u Odoario, muerto en la batalla de Padura. Lope Fortun era conocido con el sobrenombre de Zuría, y habiendo sido aclamado Señor de Vizcaya por su heroico comportamiento en aquella batalla, se le designa en la historia vizcaína con el nombre de Jaun Zuría, que equivale al «Señor blanco.» Sancho Estiguiz recibió en la batalla una grave herida y murió a consecuencia de ella, disponiendo que su hija Dalda casase con Zuría, como se verificó, reincorporándose con este motivo el Duranguesado al Señorío, del que había estado separado más de cien años. En la iglesia de San Pedro de Tabira, que se dice ser la primera que se erigió en Vizcaya al culto cristiano, se conservan dos momias de varón y hembra que se tienen por las de Sancho Estiguiz y su mujer doña Tida. Estas momias estaban antes cada una en su sepulcro, pero ahora están las dos en uno. La de varón tiene en el coronal un hundimiento o abolladura, que se cree sea la herida que recibió Sancho en Padura y le causó la muerte.

Jaun Zuría tuvo un hijo llamado don Manso o don Nurio López, que le sucedió en el Señorío. Este don Manso mandó que se le enterrase en Tabira, donde había sido bautizado, y su voluntad se cumplió, aunque se ha perdido su sepulcro, que es de creer estuviese en el pórtico de la iglesia, pues en aquellos tiempos estaba prohibido enterrar a los seglares

dentro de los templos, y si se enterró en el de Tabira a Sancho Estiguiz y su mujer, fue por circunstancias especiales que refiere la historia.

Don Manso López deseaba edificar una iglesia en Tabira con la advocación de Santa María, y para ella destinaba una imagen de la Virgen que tenía en su oratorio; pero como la muerte no le dejase llevar a cabo este laudable propósito, le llevó su prima doña Marina de Arandoño, construyendo al lado de su casa solar la iglesia llamada hoy de Santa María de Uribarri, cuya torre tiene por base la del solar de Arandoño donde había nacido Sancho Estigniz.

El señor don Tomás de Arana, uno de los mejores caballeros de este país, tiene en Izurza un hermoso palacio rodeado de bellísimos jardines.

Aramayona es un valle confinante con la merindad de Durango y perteneciente a la provincia de Álava. Perteneció a Vizcaya, de la que se desmembró en 1480, uniéndose a las hermandades de Álava.

El agudo y ruidoso chirrido de las carretas del país, cuyo eje está fijo en las ruedas y por consiguiente gira con ellas, se llama aquí canto. Como una prueba más de lo que puede la costumbre y para que puedan utilizar este dato los que se ocupan en teorías musicales, no estará de más advertir que aquel canto ingrato para los que le oyen por primera vez y tienen el tímpano delicado, nos deleita a los que estamos acostumbrados a él, y los carreteros hacen objeto de vanidad el que sus carros canten mucho, particularmente cuando van conduciendo arreo o ajuar de novia, y para que canten bien, se valen de varios medios. Algo influye en el deleite que este canto nos produce el recuerdo de la infancia que va unido a él para muchos, como, por ejemplo, para el autor de este libro. El autor de este libro se crió en una casería situada en la falda de una montaña. Su padre, como todos sus convecinos, iba con frecuencia a traer vena o mineral de hierro de la montaña de Triano, que estaba a dos leguas, y volvía comúnmente de noche. La familia, que esperaba su vuelta asomándose a cada instante a la ventana, distinguía el canto del carro de casa, así que éste asomaba a distancia de más de media legua, entre el canto de otra porción de carros que le acompañaban. Más aún: como conocía ocularmente todos los accidentes del camino, en las modulaciones que estos accidentes imprimían al canto, conocía a punto fijo por dónde caminaba el carro. Este conocimiento, lejos de ser una peculiaridad de una familia, lo es de todas las que habitan los caseríos de Vizcaya.

La torre de Echebúru es digna de que se le dediquen algunos renglones. Está entre Izurza y Mañaria, en jurisdicción de la primera de estas repúblicas y a mano derecha de la carretera que va de Durango, en una cañada dominada por un alto e inaccesible peñascal. Se necesitaría un abultado tomo para reproducir todo lo que los historiadores y la tradición popular cuentan de esta torre. Contemos algo substancialmente como nos lo cuentan el licenciado Gaspar de Peña y Goldocha, don Juan de Aguayo y Guevara y Antón de Bedia y Cirarruista, citados por Iturriza en sus Grandezas y excelencias de la casa vizcaína. En tiempo del emperador romano Antonino Pío, estaba consternado el Duranguesado porque de una caverna salía un puerco-espín o monstruoso jabalí tan feroz, que asolaba la comarca, sin que nadie se atreviese a resistirle. Un caballero de aquella tierra, muy principal y valeroso llamado Lope Odino de Echebúru, aguardó a la fiera a la salida de la caverna

acompañado de un lebrél y armado de una lanza corta de las llamadas porqueriac, y logró darle muerte. En memoria de este hecho, aquel caballero trasladó su casa solariega a la roca donde estaba la guarida del monstruo, y le dio el nombre de Echebúru, que equivale a casa cabezalera. El edificio levantado por Lope Odino era un fortísimo castillo, y por bajo la roca calcárea donde se le asentó, se abrió con gran industria y trabajo una larga galería o cueva tan ancha y alta que podían caminar por ella los hombres a caballo, y tenía salidas a larga distancia. El castillo de Echebúru tuvo gran importancia hasta el tiempo de Ataulfo en que fue sitiado, tomado y derribado en gran parte. Reedificáronle sus dueños, aunque no con la fortaleza antigua; pero en tiempo de Enrique IV fue nuevamente derribado por orden de este monarca, como todas o la mayor parte de las torres cabezaleras o de bando. Tornóse a reedificar en tiempo de los Reyes Católicos, menos fuerte aún que la vez anterior, y este es el edificio que hoy subsiste reducido a una modesta casa de labrador. Es verdaderamente imponente el aspecto de aquel edificio negro, y cubierto de hiedras, empinado sobre una roca en una sombría cañada, dominada a su vez por un peñasal que parece va a desplomarse sobre ella. El autor de este libro no ha penetrado en las cavernas que atraviesan la roca, porque tiene una invencible repugnancia a todo lo lóbrego, obscuro y misterioso; pero viendo a los muchachos de la torre penetrar en ella y salir por el lado opuesto, les interrogó y le contestaron que la única dificultad que había en entrar allí consistía en que en la cueva solía haber culebras, y se decía que también había encantadoras. Podrá no ser cierto que haya encantadoras en la cueva, pero en la merindad de Durango no faltan.

85. Esta batalla, que refieren el comendador Fernando de Zárata y otros historiadores, se dio hacia el año 796. Unos llaman al caudillo de los mahometanos Bajá-Hamelú, y otros Ben-Hamet. En Orobio, que es más abajo de Durango se dio en 890 otra, en que fueron derrotados los moros de Navarra, que, como los derrotados en Tabira, habían logrado atravesar la llanada de Álava y penetrar en Vizcaya.

86. Esta composición se dirige al señor don Crescencio Lumbreras, ilustrado presbítero de Calahorra, y es contestación a otra del mismo publicada en el Semanario Católico Váscó-Navarro, que para honra del periodismo vascongado se publica en Vitoria bajo la dirección del joven doctor don Vicente de Manterola, canónigo magistral de aquella santa iglesia catedral y uno de los oradores sagrados más doctos y elocuentes de España.

El alto pico calcáreo de Amboto casi domina a la villa de Mondragón, patria del príncipe de los historiadores españoles Esteban de Garibay y Zamalloa, que nació allí el 9 de Marzo de 1533. La villa natal del ilustre autor del Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España, es digna de que se escriba su historia, en cuya tarea se ocupa hace tiempo, con tanta fe como inteligencia y buen gusto literario, don Miguel de Madinabeitia, secretario de su Ayuntamiento y tan modesto como laborioso e instruido. El autor de este libro conoce parte de los trabajos que el señor Madinabeitia lleva hechos, y espera que pronto Mondragón poseerá una historia que bendecirá desde el cielo el amantísimo hijo de aquella noble villa.

87. La legislación foral de Vizcaya es altamente protectora de la familia, como lo acaba de demostrar el señor don Ramón Ortiz de Zárata, digno padre de provincia y diputado a Cortes por Álava, combatiendo, en una serie de excelentes artículos, las lecciones de

historia del catedrático a quien se alude en el preámbulo de este Apéndice, en cuya tarea ha tomado también honrosísima parte el señor don Juan Ernesto Delmas, autor de la Guía histórico descriptiva del Señorío de Vizcaya. El autor del presente libro, en cumplimiento de su cargo de cronista y archivero de este Señorío, escribió y remitió a París, hace algunos meses, una Memoria sobre La organización de la familia y la constitución social de Vizcaya. El señor conde de Moriana, ilustrado vicepresidente de la Comisión de España en la Exposición universal de 1867, vertió a la lengua francesa aquel escrito; y al facilitar así su conocimiento en la capital del vecino Imperio, ha prestado un servicio incalculable al país vascongado. El elocuente orador sagrado P. Jacinto, en sus conferencias de Nuestra Señora de París, ha pagado por dos veces un tributo de admiración a este país, inspirado por el conocimiento que ya tenía de él y por la lectura de la indocta Memoria del autor de este libro.

«¡Devolvamos, ha dicho, al hogar doméstico el culto con que le honran los pueblos virtuosos, los pueblos libres! Uno hay en Europa que ha pasado, como el pueblo hebreo, a través de los siglos, adictos a sus primitivas costumbres. El pueblo vascongado, tan libre bajo el techo de la casa paterna como respetuoso ante la autoridad pública, ha escrito en sus Fueros esta sabia y envidiable ley: «Ninguna fuerza pública puede acercarse al domicilio de un vizcaíno a más de nueve pasos de distancia.»

En otra conferencia ha añadido el insigne orador de la catedral de París:

«Yo amo los hechos, sobre todo cuando reúnen la poesía, la moral y la utilidad. Permittedme invocar de nuevo el ejemplo de ese pequeño pueblo vascongado, en cuyas fronteras pasé la niñez. Gracias a su sistema de población, compuesta de caserías aisladas; gracias a sus libertades seculares, más amplias y más prácticas que nuestras libertades modernas; gracias, sobre todo, a sus tradiciones morales y religiosas, los vascongados han realizado el ideal de la vida rural en un país montuoso, poco favorable para el cultivo, y bajo el cielo de Vizcaya, el más triste de España, ofrecen el raro espectáculo de un pueblo que desdeña la riqueza e ignora la pobreza. Entre ellos la seguridad es tan grande, que los ganados y los frutos pueden permanecer en los campo, sin temor al hurto, porque, como se ha dicho muy bien, están guardados por el séptimo precepto del Decálogo.»

Quien había dicho estas últimas palabras (en los Cuentos de color de rosa) era el autor de este libro, que las repitió en la Memoria leída por el P. Jacinto.

Pero no se limita a esto la honra que el señor conde de Moriana ha proporcionado a nuestra patria facilitando a los sabios extranjeros el conocimiento del humilde escrito del autor de este libro. La Sociedad internacional de Estudios prácticos de Economía social, compuesta de los economistas más sabios de Europa, suplicó al señor conde de Moriana que le facilitase un extracto completo de la Memoria; y aquella docta Corporación, después de publicar en su Boletín el excelente extracto hecho por nuestro noble e ilustrado compatriota, se ocupa en estos momentos (Febrero de 1868) en su discusión. Reconócese en Francia la necesidad de fortalecer los vínculos de la familia, y la Sociedad internacional trata de ver hasta qué punto se conseguirá esto introduciendo en la legislación francesa las leyes vizcaínas relativas a la transmisión de bienes. Cualquiera que sea el resultado de los debates de la Sociedad de Economía social, gloria muy grande es para Vizcaya el que tan

sabia Corporación haya fijado su atención en nuestro Código foral y le haya hecho objeto de sus discusiones.

90. Dóndiz es una aldeíta de la república de Lejona, situada en una colina en la orilla derecha del Ibaizábal, cerca de su desembocadura en el mar.

91. El río Butrón tiene su origen en los montes de Larrabezúa y Rigoitia, y pasando por Munguia se dirige a Plencia, en cuya inmediación desemboca en el Océano.

92. Esta composición ha sido inspirada por el recuerdo de un hermoso cuadro de un pintor vascongado. Este cuadro se titula La limosna, y fue premiado en una de las Exposiciones de Bellas Artes celebradas estos últimos años en Madrid. Su autor, don Antonio María de Lecuona, nació en la villa de Tolosa, en Guipúzcoa, y estudió la pintura en el Extranjero y en Madrid. Ganó por oposición la plaza de profesor de la Academia de San Fernando, y la desempeñó dignísimamente durante algunos años; pero amantísimo de sus montañas natales, tornó hace dos años a ellas y vive en la villa de Azpeitia compartiendo su amor con la familia y el arte. Es joven aún, y le aman cuantos le conocen por su modestia, su noble carácter y sus virtudes públicas y privadas. Entre sus cuadros, todos ellos ricos de gracia, de verdad y de poesía, ocupa el primer lugar uno de grandes dimensiones, que presenta admirablemente una romería de Guipúzcoa.

El autor de este libro padeció una equivocación puramente de nombre al señalar el río Nela como límite de Cantabria por la parte opuesta al Bidasoa. Entiéndase que quiso decir el río Deva, no el Deva que corre entre Vizcaya y Guipúzcoa, sino el que corre entre las montañas de Santander y Asturias y desagua en el Océano por Tina-Mayor.

La Montaña, nombre antonomástico que se da a la provincia de Santander, formó parte de la heroica Cantabria, e indudablemente era la Vasconia occidental. La voz vascos, o más bien bascos, es síncope de la palabra Basocos, que equivale a Montañeses o habitantes de las montañas. Cuando substituyó en la Montaña el romance al éuscara, se tradujo al nuevo idioma el nombre de aquellos habitantes, y he aquí a los vascos occidentales convertidos en montañeses. Las Crónicas de los reyes de Asturias mencionan las diferentes veces que éstos tuvieron que enviar tropas contra los vascones que les negaban obediencia. Indudablemente estos vascones eran los actuales montañeses, y no los vascones orientales o navarros. La desaparición completa del éuscara en la mayor parte de las montañas de Santander y especialmente en la costa, debe ser relativamente moderna a juzgar por las huellas que de aquel idioma, del idioma cantábrico, conservan aún allí el lenguaje popular y la nomenclatura de las localidades.

Chacurrá: perro.

Cadagua: es el río más caudaloso de Vizcaya después del Ibaizábal. Tiene su origen en la parte superior del valle de Mena, que antiguamente pertenecía a Vizcaya y hoy a la provincia de Burgos, corre por las Encartaciones de Vizcaya y se une al Ibaizábal, una legua escasa más abajo de Bilbao.

95. Los concejos de Galdames y Güeñes están separados por unas altas montañas y se comunican por la profunda cañada de Umaran, por la cual se precipita el regato o riachuelo de su nombre. Cuando sopla el viento del Sur, se oyen desde Galdames y Sopuerta, que son concejos confinantes, las campanas de la antigua y hermosa iglesia de Santa María de Güeñes. Oyendo desde el valle nativo estas campanas, compuso de memoria estos versos el autor de este libro.

El señor don José Miguel de Arrieta-Mascarua reside gran parte del año en Güeñes, donde tiene su hermosa casa solariega. Aunque, joven aún, pues cuenta poco más de cuarenta años, ha ejercido ya los magisterios más altos y honrosos que Vizcaya puede confiar a sus hijos, pues ha sido ya consultor primero del Señorío, diputado general y repetidas veces diputado a Cortes, como lo es en la actualidad, a pesar de su modestia y su repugnancia a la vida pública, que le han hecho más de una vez renunciar el cargo de diputado a Cortes. El señor Mascarua es, merecidísimamente, uno de los caballeros más queridos, más respetados, más populares de esta tierra, y su elocuente y sincera voz tiene el privilegio de llevar la emoción a todos los corazones y la convicción a todas las inteligencias, siempre que resuena so el árbol de las libertades vascongadas. Hace dos años escribió y publicó un libro historiando la vida y el glorioso martirio del obispo del Tonkin, fray Valentín de Berrio-ochoa, natural de Elorrio, en este Señorío, donde viven aún sus dichosos padres, y este libro es una gran prueba del talento, el buen gusto literario y la sincera piedad del señor Mascarua.

Lope García de Salazar es el buen caballero cuyos huesos descansan en el concejo de San Julián de Múzquiz, uno de los siete que componen el valle de Somorrostro y donde subsisten el palacio y la fortaleza de los Salazares que aquel caballero reedificó a mediados del siglo XV. Lope García yace sepultado en la ermita de San Martín, al lado de su palacio. Nació el año 1399 y falleció hacia 1480. Su inédito Libro de las buenas andanzas é fortunas no es su único título a la veneración y el amor de Vizcaya, como puede verse en los Capítulos de un libro, donde el autor del presente trazó a grandes rasgos los principales hechos de los Salazares y singularmente los del cronista Lope García. ¿Será posible que Vizcaya no honre al fin la memoria de aquel ilustre patricio y caballero, siquiera dando su nombre a una calle?

Don Francisco de Aranguren y Sobrado, del concejo de S. M., alcalde del crimen, honorario de la Chancillería de Valladolid y primer letrado consultor del Señorío de Vizcaya, emprendió en 1807 la refutación de la obra llena de falsedades históricas que con el título de Noticias históricas de las provincias vascongadas, dio a luz el canónigo don Juan Antonio Llorente, comisionado y pagado al efecto por el omnipotente ministro y favorito Godoy; pero después de haber conseguido publicar el tomo primero de la refutación, si bien lleno de mutilaciones, no se le permitió de ningún modo publicar el segundo, quedando así ahogada la voz de Vizcaya que tenía un indisputable derecho a rechazar los falsos asertos de Llorente.

Don Pedro Novia de Salcedo padre del Señorío, dignidad que corresponde a los que han sido diputados generales, y declarado benemérito del mismo en junta general so el árbol de Guernica, pulverizó, al fin, las falsedades del canónigo Llorente con su magnífica obra, impresa en Bilbao en 1851, en cuatro tomos, con el título de Defensa histórica, legislativa y

económica del Señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa. El señor Novia, que falleció a principios del año de 1865, era, como escritor, como patricio y como caballero, uno de los hombres más ilustres que ha producido Vizcaya, como lo demuestra su Vida, escrita por el joven y distinguido abogado bilbaíno don Arístides de Artiñano, y publicada en un tomo con el retrato fotográfico del señor Novia por el editor del presente libro.

Don Joaquín de Barroeta Aldamar, natural de Guetaria, en Guipúzcoa, senador del reino y diputado general que fue de su provincia, adquirió un imperecedero título a la gratitud del pueblo vascongado (como en 1867 le ha adquirido el general Lersundi) con la elocuentísima defensa que, en unión del señor Egaña, hizo en el Senado en 1864 de las instituciones y la honra de este pueblo, ultrajadas por cierto perorador monomaniaco y superficial. El insigne patricio guipuzcoano falleció hace un año en Madrid, encargando que sus restos mortales vayan a buscar el descanso eterno en la patria de Sebastián de Elcano, que es la suya.

96. El árbol de Guernica existente hoy, tendrá aproximadamente un siglo, pues contaba sólo treinta años cuando en 1811 cayó de viejo su antecesor, que contaba más de trescientos años, y su tronco, según Iturriza, tenía a fines del siglo pasado quince pies de circunferencia. El origen de este símbolo de la libertad vascongada, se remonta al origen de la sociedad vizcaína. El árbol foral se perpetúa como la familia éuscara, sucediéndole uno de sus hijos que, cuando el padre muere de anciano, está bastante crecido para proteger con su sombra la libertad que su padre protegía. Las juntas generales se inauguran materialmente bajo el árbol, y continúan en la iglesia juradera de Santa María la Antigua, colocada también casi materialmente a la sombra del roble foral. El árbol actual es robusto y hermoso, a pesar de que se le perjudicó mucho con la construcción, en 1839, del edificio destinado a archivo general del Señorío. El árbol que le ha de sustituir se plantó hace cuatro años. La poesía y la oratoria han saludado repetidas veces con entusiasmo al árbol de Guernica. El filósofo de Ginebra le envió sus bendiciones; Tallien le saludó en el seno de la Convención francesa, y ya Tirso de Molina había dicho a la faz de la dinastía austriaca:

El árbol de Guernica ha conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra a rendidos ni traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres electores,
tan sólo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.

Uno de los poetas más ilustrados y modestos de nuestro país, don Mariano de Eguía, que fue diputado general de Vizcaya, consagró al árbol de Guernica, este soneto:

Signo de libertad, inmortal roble
a cuya sombra, entre infanzones fieros,
reyes juraban populares fueros
a esta tierra apartada, franca y noble:

devorador el tiempo en noche innoble
esconde tus orígenes primeros:
él pasa, imperios descuajando enteros,
él pasa, tu raíz dejando inmoble.

Y mientras en América y Europa
cien Gobiernos varía tanto Estado
cual mudas, cada Abril, tu verde ropa,

Vizcaya aclama el código heredado
y elevas al zafir la espesa copa
de mil generaciones venerado.

El señor don José Miguel de Arrieta-Mascarua cantó en 1840, y por consiguiente siendo muy joven, el árbol de Guernica. He aquí algunas estrofas de su entusiasta canto:

Árbol que erguido y robusto
meces tu frente altanera
donde audaz, de la ancha esfera
surca el águila el confín;
árbol, que si al cielo tocas,
tanto tu raíz se esconde
que por mucho que se ahonde,
no se puede hallarla al fin.

Árbol, tu vista despierta
santos recuerdos de gloria,
tu nombre abarca una historia,
un mundo se encierra en ti.
Todo es grande en torno tuyo
y henchido de poesía:
a ser yo gentil, creería
que algún Dios moraba aquí.

No sé si en tus verdes hojas
es el suspirar del viento
quien produce un suave acento,
un dulcísimo rumor,
un eco que el pecho enciende
y que el corazón inflama
como el clarín de la fama
al héroe batallador;

O si es de estos nobles riscos
un bardo oculto en tu cima,
que a la virtud nos anima
al són de un himno marcial,
o la voz del ángel santo
que te guarda y atalaya,
y orando está por Vizcaya
la siempre noble y leal.

Plegue a Dios que nunca el rayo
hiera tu copa elevada,
que nunca de tu enramada
te despoje el huracán:
porque antiguo monumento
eres de grandes acciones
y del vasco los blasones
en ti cifrados están.

Por eso se ve tu imagen
de Vizcaya en el escudo,
que jamás empañar pudo
el más leve deshonor;
y en el invicto Laubúru,
enseña siempre acatada,
también tu imagen grabada
brilla con claro fulgor.

.....

¡Ah! Mientras que el sol alumbre
las cimas de estas montañas,
y se encierre en sus entrañas
el acero matador,
eterno será el renombre
del gran árbol de Guernica,
y su historia siempre rica
de virtudes y de honor.

Por último, un estimable poeta popular, don Alfonson García Tejero, acaba de dedicar un ardoroso canto al árbol de las libertades éuscaras en un libro que se titula El Trovador católico.

Los señores de Vizcaya prestaban juramento sentados en un banco de piedra tosca, colocado al pie del árbol. Allí se sentaron, entre otros poderosos monarcas, los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel.

100. Estos versos se compusieron de memoria junto a uno de los santuarios más célebres de nuestras montañas, el de Santa Lucía del Yermo, situado en el extremo meridional de Pagazari y Ganecogorta, entre los valles de Llodio y Oquendo. Tres son los templos que se agrupan en una especie de recodo que hace cerca de su cima aquella altísima montaña: el primero, subiendo por la parte de Llodio, es una ermita consagrada a Santa Polonia, San Antonio Abad y San Antonio de Padua; y como doscientos pasos más allá, se encuentran casi unidas la ermita de Santa Lucía y la parroquia de Santa María, que es una de las del valle de Llodio. Los templos actuales, de sillería y estilo ojival, son del siglo XVI; pero así la erección de la parroquia como la del santuario inmediato a ella, son antiquísimas, y se asegura que allí tuvieron los caballeros Templarios una de sus casas monásticas. En el pórtico de la ermita de Santa Polonia hay una piedra caliza que tiene una concavidad de la

figura del pie humano. La tradición asegura que San Antonio de Padua visitó aquella montaña y puso su santo pie en aquella piedra. Juan Íñiguez de Ibargüen dice en la Crónica general española y sumaria de la casa vizcaína, que la abuela materna de San Antonio era hija de la casería de Arbina, en la república de Pedernales, en este Señorío, y el santo vino desde Tolosa de Francia a visitar a sus parientes de Arbina, desde donde marchó a Padua, en cuya ciudad falleció en 1231, siendo canonizado once meses después por el Papa Gregorio IX. Es también tradición que San Antonio visitó otros santuarios de este país y pernoctó en la hospedería de Urquiola, donde, con tal motivo, poco después se le erigió templo. Pregúntase con frecuencia en el Yermo cómo San Antonio pudo dejar la señal de su pie en la dura roca a no ser que fuese obrando un milagro; pero esta dificultad se resuelve sabiendo que San Antonio era tenido por un gran santo antes que falleciese y la iglesia le declarase tal, y que el pueblo acostumbraba a señalar con una cruz, una inscripción y más comúnmente con la figura del pie humano, una de las piedras en que ponían el suyo las personas tenidas por santas. El día de Santa Lucía se celebra en el Yermo una romería concurridísima de gentes de todas las montañas vasco cantábricas. Es general la piadosa creencia de que tomando una buchada de agua de una caudalosa y fría fuente que pasa por debajo de la ermita de Santa Lucía, y derramándola en la piedra donde San Antonio puso el pie, no se padece dolor de muelas durante el año inmediato. Una de las mayores diversiones de la romería es la que proporcionan centenares de muchachas recorriendo, con la boca llena de agua, el espacio que media entre las dos ermitas, y centenares de mozos apostados en todo aquel trayecto esforzándose en hacerlas reír y por consiguiente arrojar el agua antes de llegar a la ermita de Santa Polonia, abogada de los que padecen de dolor de muelas. Como las muchachas de este país son tan propensas a reír como a cantar, hay muchas que pasan todo el día cogiendo buchadas de agua sin poder llegar una sola vez sin reír a la ermita de Santa Polonia.

El autor de este libro tiene uno en blanco donde suele escribir sus impresiones y observaciones al regresar de sus frecuentes correrías por estas montañas, y en aquel libro hay una página relativa a su visita a Santa Lucía del Yermo. Hela aquí, y perdone el lector el carácter un poco privado que tiene, considerando que no se escribió para ser impresa:

«Era a fines de Octubre de 1867; hacía un tiempo hermosísimo y daba yo la última mano al Libro de las montañas, de que debía ser editor mi amigo don Agustín Emperaille, librero de Bilbao. Al nombrar a un librero y editor, sobre todo si es de provincia, se presenta a nuestros ojos la imagen de un hombre viejo, avaro, de largo y raído levitón, gorro mugriento, gafas descomunales, genio avinagrado y literatura reducida a llamar obrita a toda obra literaria, aunque tenga el mérito del Quijote y el volumen de la colección del Tostado. El que va a ser editor de mi libro, es todo lo contrario de este tipo: es joven, fino y sencillo en vestido y trato, correcto y de buen gusto cuando habla y escribe, apasionado a todo lo hermoso y bueno, y así como yo sueño con las Encartaciones donde pasé mi infancia, él sueña con el valle de Oquendo, donde pasó la suya. Fuímonos juntos a recorrer las montañas y los valles comprendidos entre el Cadagua y el Nervión, y empezamos por Llodio, donde abandonamos el ferrocarril. Don Galo de Gorostiza, farmacéutico de Llodio, bonísimo amigo nuestro y persona tan estimable por su inteligencia como por su noble carácter, emprendió con nosotros la subida al Yermo, que necesita lo menos una hora y no es para gente de malos pulmones. El sol calentaba de firme, y cuando llegamos al término

de nuestra jornada, yo sentía un violento dolor de muelas que había empezado apenas salimos de Llodio.

.....

Cuando concluimos nuestra visita a los templos, quedeme embelesado contemplando las montañas de las Encartaciones que se descubren hacia el Poniente, y cuando salí de mi embelesamiento me encontré solo. Emperaile se había alejado de mí por un lado para contemplar a solas su querido valle de Oquendo, cuyas casas blanqueaban en la hondura de la derecha; y Gorostiza se había alejado por el lado opuesto para ver si en Llodio, que blanqueaba en la hondura de la izquierda, distinguía en el balcón de su casa a su esposa o sus hijos. El dolor de muelas me molestaba cada vez más; tomé una buchada de agua en la fuente de Santa Lucía y llegué con ella al pórtico de la ermita de Santa Polonia, porque no encontré en el camino quien me hiciera reír ni yo estaba para risas. Cuando arrojé el agua en el hueco de la piedra, noté, con alegría, que el dolor había desaparecido por completo, pero creí que pronto se renovaría. Senteme en el pórtico de Santa Polonia y compuse de memoria los siguientes versos (los que han servido de pretexto a esta larga nota.) Poco después llegaron a buscarme mis compañeros y volvimos a Llodio sin que las muelas me volvieran a doler, lo cual atribuyo a la frescura del agua, porque no creo que la santa se dignase favorecer con un milagro a persona tan pecadora como yo.»

101. La isla de Éizaro o Izaro, jurisdicción de la villa de Bermeo, tiene dos kilómetros escasos de longitud por poco más de medio de latitud. En 1422 fundaron en ella el obispo de Calahorra don Diego López de Zúñiga y el P. Fray Martín de Arteaga, un convento de regulares observantes de San Francisco. Los reyes de Castilla, señores de Vizcaya, tuvieron gran devoción a aquel convento, cuyos religiosos eran de costumbres muy austeras y piadosas. Visitáronle don Enrique IV en 5 de Marzo de 1457; don Fernando el Católico en 31 de Julio de 1476 y doña Isabel la Católica en 17 de Diciembre de 1483, con motivo de haber venido a jurar las libertades del Señorío so el árbol de Guernica. La magnánima doña Isabel la Católica mandó construir a su costa una cómoda escalera de sillería desde la base a la cúspide de la isla; don Felipe II y sus sucesores hicieron cuantiosas limosnas a aquel convento, y la reina doña Isabel, esposa de aquel monarca, encomendaba anualmente doscientas misas a los religiosos de Éizaro. En 1596 desembarcaron en la isla muchedumbre de herejes procedentes de la Rochela, y después de asesinar a los religiosos que pudieron haber a mano, mutilaron las imágenes y robaron e incendiaron el convento. En 1719, éste se trasladó a Forna, donde subsistió hasta nuestros tiempos. En Éizaro sólo quedó una ermita dedicada a Santa María Magdalena, de la que sólo restan ya las ruinas. La isla está completamente desierta, y sólo se ven en ella algunos rebaños de ovejas que en cierta estación del año pasan los pastores a pastar en aquella verde pradera.

Guernica está dos leguas de Éizaro, o sea casi al comenzar el hermoso valle que termina en Mundaca, frente de la isla.

102. Acorda es una aldeíta que está frente a la isla de Éizaro. La historia que el autor de este libro cree un plagio de la fábula de Hero y Leandro, se reduce a que un fraile de Éizaro

pasaba a nado al continente arrastrado por una pasión liviana y se ahogó en una de estas travesías.

104. Esta composición se dirige a la señorita doña María Diega Desmassieres y Sevillano López de Dicastillo y Sevillano, condesa de la Vega del Pozo e hija de la señora marquesa de Fuentes de Duero.

Ya que en esta composición se incluye el retrato de una doncella aldeana del Duranguesado, no estará de más añadir aquí el de un mancebo de la tierra Temprana, nombre que damos a la comarca de Munguía. Este retrato está tomado de los Cuentos campesinos, tercera edición: -«Ancho pantalón de pana azul, sujeto con ceñidor de estambre morado; chaleco de terciopelo listado; sobre el hombro, elástico de estambre de color de violeta; camisa de hilo muy blanca, con cuello ancho echado atrás a modo de esclavina; botones de plata sobredorada en el cuello de la camisa; boina encarnada o blanca con ancha borla de seda caída a la espalda; de cinco a seis pies de altura; rostro varonil y sonrosado; nariz un poco aguileña; musculatura de atleta; corazón de hierro para afrontar la adversidad propia y de cera para compadecer la adversidad ajena; frente altiva ante los soberbios y fuertes, y humilde ante la autoridad y los ancianos»

105. El árbol Malato, cuyo nombre es indudablemente corrupción de Malastu, que según Larramendi indica lozanía, estaba en Luyando, dos leguas más arriba de Arrigorriaga, donde ahora. existe, para conmemorarle, una cruz de piedra con inscripción en el pedestal. Antiguamente era Luyando, que hoy pertenece a Álava, límite del Señorío de Vizcaya. Del árbol Malato hace mención la ley 5, título 1.º del Fuero vigente de Vizcaya, señalándole como punto hasta donde han de ir los vizcaínos a servir sin sueldo a su Señor cuando éste les llamare.

106. El río que pasa por el valle de Oquendo y se junta en Zubiete con el de Gordejuela que a su vez afluye al Cadagua en Güeñes, tiene su origen en el condado de Ayala, que se extiende de cinco a seis leguas por bajo la Peña, desde cerca de Ortuña a Mena. Ayala, perteneciente a Álava, tiene su Consistorio y Archivo en Respaldiza, cuya iglesia fundó en 1076 el primer conde de Ayala don Vela, procedente, según unos, del linaje real de Aragón, y según otros del de Navarra. Este don Vela yace en la iglesia de la Respaldiza, en un sepulcro de forma prismal que antes estuvo, en el pórtico de la iglesia y luego se le trasladó al presbiterio. En el archivo de Ayala existe un Proemio al Índice, trabajo muy curioso, escrito a fines del siglo pasado por un caballero ayalés apellidado Armona, y a la sazón corregidor de Madrid. Según las noticias recopiladas en este Proemio, el cuerpo de don Vela permanecía incorrupto en el siglo XVII, y el pueblo, que tenía y aún tiene por santo al conde, atribuía a la intercesión de éste muchos milagros en las calamidades públicas. El autor de este libro, que visitó a Ayala en 1867 acompañado de los señores don Francisco de Urquijo e Irabién, caballero profeso de Alcántara, padre de provincia y vecino de aquel valle; don Florencio Janer, a la sazón gobernador civil de Álava, y don Engenio de Garagarza, director de la Escuela de Agricultura de la misma provincia, deseaba como sus ilustrados compañeros, abrir el histórico sepulcro de don Vela; pero hubo de dejarlo para mejor ocasión, porque a las dificultades que ofrece el mover la enorme piedra que le cubre, se une la de haberle adherido recientemente a la pared, recibéndole con cal, para que sirva de asiento. La iglesia tiene una portada lateral bizantina muy bien conservada, pero cubierta

con un cancel que nunca debió colocarse allí y sí por la parte interior. Según les dijo el señor cura, la portada principal es también bizantina y de más valor que la lateral; pero al condenar aquella puerta por innecesaria, se revocó completamente toda la portada, de modo que ni exterior ni interiormente se descubre nada de ella. Contristados por estas profanaciones artístico-históricas, se dirigieron a Quejana para visitar el palacio de los condes y saludar el sepulcro del gran Canciller de Castilla o ilustre cronista y poeta. Pero López de Ayala, cuyo poema El rimado de palacio había anotado discretamente el señor Janer al coleccionar el tomo XVII de la Biblioteca de Autores Españoles, publicada por Rivadeneyra, y... allí, como se dice vulgarmente, comenzó Cristo a padecer. El autor de este libro renuncia a decir lo que allí vio por no hacer partícipes de su indignación y su pena a sus lectores. Por fin, los visitantes se trasladaron a la cercana Menagaray, y allí encontró compensación su disgusto viendo el religioso amor con que el noble, ilustrado, sencillo y bondadoso don Francisco de Urquijo e Irabién conserva los recuerdos del sabio escritor y estadista don Eugenio de Llaguno y Amirola, nacido en 1724 en la casa solar en que hoy vivo el señor Urquijo rodeado del amor de su familia, vecinos y servidores.

En Oquendo hay una caverna llamada Arecharro de la cual sale un arroyo intermitente que es creencia general procede del mar, situado a más de tres leguas de distancia. La parroquia principal de este valle tiene la advocación de Santa María de Unzá. Oquendo ha sido patria de algunos hombres ilustres, entre ellos don Martín de Gorostiola, almirante de Indias.

107. La fuente a que se refieren estos versos, se construyó hace dos años en el lugar de Mercadillo, del concejo de Sopuerta, a expensas del excelentísimo señor don Cándido Alejandro, de Palacio, hijo amantísimo de este país, que reside parte del año en aquel concejo, donde tiene su casa solariega. El señor Palacio gastó en esta obra de utilidad pública cerca de cuatro mil duros, después de haber dado al mismo pueblo otras pruebas no menores que ésta de su liberalidad. Enumeremos algunos otros de los infinitos beneficios que en nuestro tiempo ha recibido Sopuerta de la generosidad de sus hijos. Tiene una escuela de niñas fundada y sostenida por don Francisco Luciano de Murrieta; tiene otra escuela de niñas y un hospital, cuya fundación pertenece a don Domingo Eulogio de la Torre, padre que fue del Señorío; tiene otra escuela fundada y dotada por don Mariano de Sanjinés, tiene otra hermosa fuente costada por don Francisco de las Herrerías, quien gastó en ella cerca de dos mil duros; don Emeterio de Llano ha empleado recientemente más de otros dos mil duros en restaurar la iglesia matriz, y se asegura que va a construir una hermosa fuente en el barrio de Carral; don Joaquín de Palacio ha gastado sumas respetables en la restauración de la iglesia de Boluga; y, por último, los citados don Cándido Alejandro de Palacio y don Francisco de las Herrerías, han ofrecido al señor obispo de la diócesis vascongada, para cuando se concluya el arreglo parroquial, costear el primero una casa cural con su huerta en Mercadillo, y el segundo dar dos mil duros para mejorar la parroquia del mismo barrio. Ejemplos de liberalidad y amor a la tierra natal, semejantes a éstos, son felizmente muy comunes en este país. Citaremos sólo uno: el señor don Ladislao de Urquijo, padre de provincia de Álava y natural de Murga, en Ayala, emplea anualmente de ocho a diez mil duros sólo en pensiones a huérfanos, ancianos y enfermos. El señor Urquijo, pobre y huérfano, asistió a la escuela en su niñez en el valle de Llodio. Entre los beneficios que derrama en aquel valle, hay uno en que no se puede pensar sin dulce y profunda emoción. Más de sesenta niños de los que allí asisten a la escuela, bajan

diariamente de caseríos lejanos. El señor Urquijo, con una provisión y una ternura que pudiéramos llamar maternas, ha dispuesto que diariamente se les suministre una abundante, sana y apetitosa comida que reemplace, a mediodía, en sitio abrigado y cómodo, al pedazo de pan de maíz que traían de su casa y constituía su único alimento hasta volver al anochecer a ella.

La antigua escuela de Sopena, en cuyo solar el señor Palacio ha construido la fuente, estuvo regentada a fines del siglo pasado por un maestro tan cruel que casi todos sus discípulos quedaban para siempre señalados de su mano.

108. Las obras que hasta ahora ha publicado el autor de este libro, son, sin incluir entre ellas dos novelas muy malas, de las mal llamadas históricas: Fábulas de la educación (con la colaboración de don Carlos de Pravia, que ha fallecido el 12 de Febrero del año 1868 en Palma de Mallorca, siendo gobernador civil de las islas Baleares); El libro de los cantares, Cuentos de color de rosa, Cuentos campesinos, Cuentos populares, Cuentos de vivos y muertos, Cuentos de varios colores, Capítulos de un libro y La paloma y los halcones. Entre los trabajos que prepara para darlos a luz, se cuenta un libro que llevará el título de Memorias histórico-anecdóticas de las Provincias Vascongadas. El libro de los recuerdos, que no tiene aún concluido, está escrito en verso y se divide en tres partes: la primera, recuerdos del hogar, de la infancia, de personas ilustres y de personas amadas; la segunda, recuerdos históricos de las provincias cantábricas, y la tercera, recuerdos del resto de España.

La especie de pirata a quien se alude aquí, es un editor de Madrid con quien el autor tuvo que sostener un largo pleito para conservar la propiedad del Libro de los cantares, que el editor le disputaba sin razón alguna.

Don Alonso de Ercilla, aunque nacido en Madrid, procedía de la villa de Bermeo, de donde era nativo su padre y donde se conserva aún la casa solariega de esta ilustre familia. Ercilla recordó esto en su famoso poema La Araucana, diciendo que estaban sobre el puerto de Bermeo.

los anchos muros del solar de Ercilla,
solar antes fundado que la villa.

Los historiadores romanos llamaron locura cantábrica al heroísmo de nuestros progenitores los cántabros, que entonaban el cántico de la libertad y la patria al morir clavados en la cruz o envenenados por sus propias manos con el jugo del tejo, antes que rendir homenaje a sus enemigos.

No sin razón llama el autor casta a la lengua éuscara: esta lengua no tiene voces propias para blasfemar ni expresar lo torpe u obsceno.

Fin del Libro de las Montañas

Arte de hacer versos

Lo que es y para lo que es este librito

Apenas hay quien no guste de versos cantados o leídos, o de ambos modos, y apenas hay quien no se haya hecho esta pregunta: «¿Acertaría yo a componer versos?» Y no haya añadido: «Me alegraría mucho de saber componerlos, porque me gustan mucho, pero como no sé las reglas, no los puedo componer.» Esta pregunta y este razonamiento, que se han hecho casi todos, sin excluir a las gentes que apenas saben leer, y hasta sin excluir a las mujeres, son más generales aún en la muchedumbre de niños y adolescentes que frecuentan desde las escuelas de primera enseñanza hasta las Universidades. Más aún: pocos son los estudiantes, particularmente de segunda enseñanza, que no se hayan ensayado en componer verso, aunque no se hayan atrevido a confiar a nadie el resultado de su ensayo.

La cuestión de reglas preocupa mucho a los que desean componer versos. Un «pero como me faltan las reglas...» es lo que les detiene y embaraza en el ensayo. No pocos de ellos piensan en proporcionarse estas reglas, pero se encuentran, por primera dificultad, con que un libro que se las proporcione cuesta lo menos dos o tres pesetas y cuando se deciden a comprarle o alguien se le proporciona, se encuentran con otra dificultad mayor, que es la de que no entienden las reglas que el libro les da. En efecto, en estos libros, en estos Tratados de Poética y Retórica hay cosas muy buenas y muy útiles, pero es sólo para los que las entienden, a cuyo número no pertenecen las gentes a quienes me refiero, entre cuyas gentes hasta comprendo a la juventud campesina y artesana que es aficionada a los versos para cantarlos y que desea componerlos, porque los que encuentran compuestos no expresan lo que ella quiere que expresen.

Estas gentes que desean saber componer versos y no los componen porque les faltan las reglas y si los componen resultan muy malos, no quieren ni necesitan esas elevadas y sabias y revesadas teorías que constituyen los Tratados de Poética y Retórica, donde al arte de componer el verso castellano, esencialmente popular y grato al oído y al gusto de nuestro pueblo, se da lugar muy mínimo y se enseña en términos incomprensibles para la mayor parte de los que quieren aprender. Lo que necesitan y quieren las gentes a que me refiero, son reglas sencillas, claras, prácticas, a macha martillo, que llamen pan al pan y vino al vino, y por consecuencia, las entienda y pueda ponerlas en práctica todo el que sepa leer y tenga sentido común.

Yo bien sé que al dar estas reglas, por mucho que me esfuerce en llegar hasta donde deseo, he de quedar muy atrás, porque no es lo mismo tomar materialmente un instrumento músico y enseñar a tañerle, que enseñar otra música compuesta de conceptos y de palabras, y por tanto, ajena a todo procedimiento material; pero aun así, espero alcanzar, si no todo lo que me propongo, al menos gran parte de ello.

Acaso se me preguntará: -«¿Y cómo tú, que aunque no tengas pretensiones académicas, las tienes y estás autorizado a tenerlas de escritor concienzudo, formal y no dado a la

garrulería, por qué has escrito más de veinte libros muy leídos, y entre ellos algunos en verso, cuyas ediciones son ya numerosas, descienes a poner tu nombre y apellido al frente de un libreo cuyo título desdice de la pluma de un escritor serio y formal?»

Me anticipo a contestar a esta pregunta, no tanto porque en la contestación ha de ir el desagravio de mi amor propio (que le tengo, como toda la persona decente), como porque en ella ha de ir también la prueba de que este librito, aunque en apariencia sea trabajo baladí y falto de seria trascendencia en realidad, es todo lo contrario.

En Durango conocí yo a un maestro de instrucción primaria, llamado don Miguel Liborio de Olano, que, siendo ya muy anciano y muy benemérito, le jubilé la villa con toda su asignación, colocando su retrato en Sala Consistorial. Un día, paseando con él por la plaza, preguntéle si se consideraba feliz en la villa, y me contestó, lleno de dulce emoción, indicándome con la mano la muchedumbre de gente que bullía en la plaza y las calles:

-¿No me he de considerar feliz en un pueblo donde no puedo dirigir la vista a ninguna parte sin que vea hombres a quienes he enseñado a serlo?

Tengo completa seguridad de que este librito ha de enseñar a componer versos a multitud de jóvenes que, por falta de reglas a su alcance y bastante eficaces, no hubieran llegado nunca a componerlos, y la tengo de que de entre ellos han de salir muchos que lleguen a adquirir fama de verdaderos poetas, no precisamente porque este librito les haya proporcionado todas las condiciones necesarias para serlo, sino porque les proporcionó las primeras, que son las reglas elementales para componer versos y la afición a componerlos, que es consecuencia de haberlos compuesto. Y entonces, al que me pregunte si me considero feliz en la república literaria española, le podré contestar, lleno de dulce emoción parodiando al maestro de Durango:

-¿No me he de considerar feliz en una república literaria donde no puedo dirigir la vista a ninguna parte sin que vea poetas a quienes he enseñado a serlo?

Esto es y para esto es este librito.

Primera parte

Teoría del arte de hacer versos

- I -

Lo que es poesía.

La generalidad de las gentes está en la creencia de que poesía y versos son una misma cosa, como que para ellas lo mismo es decir: «Fulano ha leído unos versos», que decir: «Fulano ha leído una poesía».

El Diccionario oficial de la lengua castellana, de que me voy a valer con frecuencia para dar definiciones autorizadas, ha contribuido a vulgarizar esta opinión definiendo en primer lugarla poesía por «arte de hacer composiciones en verso», si bien luego trae estas otras definiciones: «La misma composición hecha en verso con invención y entusiasmo, en la que se imita a la naturaleza.» - «El fuego y viveza de las imágenes de la poesía; así se dice: «Esta obra, aunque tiene versos, carece de poesía».- «Cualquiera obra o parte de ella que abunda en figuras, imágenes y ficciones. En este sentido se aplica también este nombre a la prosa escrita en estilo poético, como es el de algunas novelas».

Me parecen no poco confusas, contradictorias y faltas de claridad y precisión y hasta de limpieza sintáctica estas definiciones, que no cabe analizar con la detención y aun con la severidad que merecen en un Tratadito de Poética popular como éste.

Casi todos los que hasta aquí han intentado definir la poesía, se han contentado con decir que es «una imitación de la naturaleza», lo cual es una vaguedad que equivale a no decir nada. Apenas me atrevo a ensayar una definición concreta y terminante, porque comprendo las dificultades que ofrece. Sin embargo, me parece que, a falta de otra mejor, puede pasar la siguiente: «Poesía son los afectos más acendrados y bellos, inspirados por la naturaleza o el arte y expresados en verso o prosa».

Como no tengo completa confianza en la eficacia de esta definición para hacer comprender lo que es poesía, voy a valerme de ejemplos prácticos, que creo han de dar por completo el resultado a que aspiro.

Es una hermosa tarde de verano o de otoño; el sol está próximo a ocultarse tras los montes o los mares lejanos y sus últimos resplandores iluminan melancólicamente el horizonte que se dilata a nuestra vista. Cantares de campesinos que dejan sus labores agrarias y tornan alegres a sus hogares: balidos y esquilas de ganados que tornan a sus establos, y rumores de mansos arroyos y de bulliciosos torrentes que la brisa de la tarde trae a intervalos hasta nosotros, y el sonido de algún rústico y dulce albugue que un pastor tañe descendiendo de la montaña tras de su ganado, todos estos y otros sonidos y rumores llegan a nuestro oído de las campiñas y los bosques y las aldeas lejanas. Algunos momentos después el lento y solemne toque de oración, más o menos lejano, viene a mezclarse con los cantos y los rumores de la llanura y las montañas. Ante aquel espectáculo y aquellos cantos y aquellos rumores y aquel toque de campanas, detenemos como por instinto nuestro paso en la cumbre de la colina que acabamos de ganar, y contemplamos y escuchamos y meditamos y una emoción inexplicable se apodera de nosotros, y, sin saber porqué, pensamos en los seres queridos y las lágrimas asoman a nuestros ojos.

Pues todo esto que entonces sentimos es poesía.

Tras el sueño invernal de la naturaleza; tras la desnudez de los árboles; tras la aridez del suelo, y tras la obscuridad del cielo, llega la primavera, y los árboles empiezan a vestirse de

hojas y flores, y el césped reverdece, y el cielo se viste de azul, y el sol brilla y calienta, y los pájaros cantan alegres, y deliciosos efluvios de las plantas y las flores embalsaman el ambiente que respiramos. Al contemplar y sentir esta resurrección experimentamos una alegría y un bienestar inexplicables y nuestro corazón siente como una ansia de amar que tampoco sabemos explicarnos.

Pues lo que en esta ocasión sentimos es también poesía.

Oímos una música alegre o triste que parece llevar nuestro corazón y nuestra inteligencia a un mundo desconocido, donde creemos escuchar voces, rumores y cánticos que nos hacen sentir una mezcla indefinible de dolor y de gozo, de ternura y de exaltación, que humedece nuestros ojos y multiplica hasta lo infinito nuestra aptitud para amar y sentir.

Pues del mismo modo, esto que sentimos y esto que experimentamos en tal ocasión, es poesía.

Llámele el Diccionario oficial entusiasmo o fuego, yo creo que la poesía se debe llamar sencillamente sentimiento, más o menos exaltado y profundo, siempre que sea puro y bello.

Por más que el Diccionario diciendo en una de sus definiciones que también se da el nombre de poesía a la prosa escrita en estilo que abunda, como el de algunas novelas, en figuras, imágenes y ficciones, da a entender que sólo por excepción cabe la poesía en la prosa, es de inferir de los ejemplos de poesía que he presentado, que la poesía cabe, por regla general, en el verso y en la prosa.

La belleza de forma es indispensable en la poesía. Es verdad que ésta tiene su esencia en el fondo, pero, si la forma no armonizase con él, la esencia quedaría desvirtuada y oscurecida, como quedaría la hermosura de una mujer, por grande que esta hermosura fuese, si la mujer vistiese de suciedad y harapos.

Lo que hay de cierto en esto es, que el verso es el traje que más agracia a la poesía, con tal que este traje esté bien hecho.

La poesía está más en el fondo que en la forma: si así no fuera, ninguna habría, por ejemplo, en la composición titulada Las Madres, que irá en el Apéndice de este Tratadito, y es por extremo vulgar en la forma.

Poesía son, pues, los efectos más acendrados y bellos inspirados por la naturaleza o por el arte y expresados en verso o prosa; y los principales géneros en que la poesía se divide son éstos: poesía lírica, poesía dramática, poesía satírica, poesía didáctica, poesía heroica y poesía bucólica.

Lo que es verso.

Ya hemos visto que el Diccionario, en una de sus definiciones de la poesía, da a entender que puede haber una obra que tenga versos y no tenga poesía. En efecto, versos y poesía no son una misma cosa: como la poesía esencialmente está en el fondo y no en la forma, puede haber una obra en verso que carezca de poesía y puede haberla en prosa que no carezca de ella.

¿Qué viene a ser el verso? El Diccionario le define perfectamente diciendo «que es una combinación de palabras sujetas a ciertas reglas en su medida y cadencia.» Por consiguiente el verso, que es puramente una operación mecánica, nada tiene que ver con la poesía, que es una operación puramente espiritual; o mejor dicho, sólo tiene que ver con la poesía lo que el vestido con la hermosura de la mujer.

Entre cada cien que componen versos hay lo menos el noventa y cinco que nada tienen de poetas; es decir, que al expresar sus ideas por medio de la combinación de que habla el Diccionario, no han sentido emoción alguna, y, por tanto no han hecho más que una operación mecánica.

Hay una regla para apreciar el valor de lo que se escribe en verso o prosa; lo que no se ha escrito llorando o riendo no puede hacer llorar ni reír.

La poesía no es jugar con la palabra como lo es el verso; la poesía es jugar, en primer lugar, con el corazón y en segundo, con el ingenio.

Quedamos, pues, en que el verso es, como dice el Diccionario, una combinación de palabras que, como yo digo, esencialmente nada tiene que ver con la poesía.

Si este Tratadito se llama Arte de hacer versos y no Arte de hacer poesía, es porque la poesía no se puede reducir a arte: la poesía se siente y el verso se hace.

- III -

Lo que es necesario para ser poeta.

El Diccionario dice que poeta es «el que imita a la naturaleza en verso con invención y entusiasmo.» Ya no estoy con esta definición tan conforme como con la del verso. En primer lugar, esto de imitar a la naturaleza, con que tanto han machacado los definidores de la poesía, me parece una vaguedad inaceptable; y en segundo, esto otro de que la imitación ha de ser en verso me parece más inaceptable aún. ¡Imitar a la naturaleza! Eso podrá ser cuando la poesía es descriptiva de ella. ¡Imitarla en verso! ¿Y por qué no en verso o prosa? Con lo que sí estoy más conforme es con lo de la invención, y, sobre todo, con lo del entusiasmo; entendiendo por invención el ingenio que reclama la forma, y por entusiasmo la emoción que reclama el fondo.

Para ser poeta se necesita, en primer lugar e indispensablemente, serlo por naturaleza, porque con razón se ha dicho que el poeta nace y el sabio se hace. El que no haya nacido poeta, el que no tenga gran aptitud y delicadeza para sentir, compondrá versos muy sonoros, pero estos versos no harán llorar ni reír a nadie, y aun para componerlos así llevará gran desventaja a los verdaderos poetas.

He dicho que la poesía, propiamente dicha, no se puede reducir a arte, pero no se debe tomar esta afirmación en el sentido más lato y absoluto, porque cabe algún arte en la práctica de la poesía, y no me refiero al uso del Diccionario de rimas o consonantes, que me parece recurso inútil aun para los meros versificadores, ni tampoco a ciertos excitantes del sistema nervioso y la imaginación, tales como el café, cuya virtud se ha preconizado tanto en este concepto. Me refiero a otro recurso más noble y más eficaz, que consiste en templar el alma, en excitar la sensibilidad por medio del pensamiento antes de tomar la pluma para dar forma en verso o prosa a la poesía. Pongamos un ejemplo de esta operación: yo me propongo dedicar unos versos a una persona querida; si antes de componerlos pienso intensa y detenidamente en aquella persona, en su hermosura, en sus prendas morales, en la gratitud que le debo, en lo feliz que yo sería teniéndola a mi lado, en lo dolorosa que debe serme su ausencia, la emoción se irá apoderando de mí, quizá las lágrimas asomarán a mis ojos, quizá mi corazón multiplicará sus amorosos latidos, y poniéndome entonces a dar forma, en verso o prosa, a mis sentimientos y mis ideas, encontraré esta forma con muchísima más facilidad; y el sentimiento, la emoción, la belleza, palpitarán en lo que yo escriba.

Escribir versos o prosa en frío tiene una gran desventaja sobre escribir versos o prosa en caliente. Cuando el escrito requiere emoción, nadie debe escribir en verso ni en prosa sin templar previamente el alma para ello por medio de esta operación mental.

Para ser poeta se necesita, ante todo, sensibilidad. haber nacido siéndolo, en una palabra, serlo; pero, aunque ésta sea necesidad secundaria, se necesita también poseer, haber adquirido aptitud para la belleza de forma, sin la cual desmerece tanto la belleza de fondo, que hasta suele quedar completamente anulada.

Es verdad que el que posee el sentimiento innato de la poesía tiene muchísimo adelantado para poseer la belleza de forma con que acierta como por instinto. Hay en mi aldea una sencilla y bonísima señora, cuyo corazón es una especie de arpa eolia que no necesita el arte para vibrar dulcísimamente. Durante la última guerra civil me hallaba yo en Madrid con mi familia, y ofreciéndosele ocasión de enviar a mi hija algún sencillo recuerdo, le envió un saquito de hermosas avellanas, que sabía le gustaban mucho, y la que nunca se había imaginado capaz de hacer un verso, rotuló el saquito de este modo:
Son estas avellanas
del avellano que plantó tu abuelo.

Lo que se necesita para escribir bien en verso o prosa.

Para escribir bien en verso o prosa lo primero, naturalmente, que se necesita, es talento; pero el talento no basta para ello, que se necesita también arte, con cuyo nombre designo la instrucción y el buen gusto. Sin este arte se puede tener mucho talento natural y no saber escribir en verso ni en prosa.

Hay muchos hombres de talento, muy instruídos y de mucho gusto y elocuencia, así escribiendo como hablando, y, sin embargo, estos hombres, o no saben componer versos, o si los componen, los componen muy mal. Esto es una gran prueba de que el poeta nace y no se hace. Aun el simple versificador necesita aptitud natural para serlo; porque lo que se llama oído, o sea la percepción de si la medida del verso es buena o mala, es una condición natural que difícilmente se suple con la operación mecánica de contar las sílabas de cada verso.

La cuestión de lo que, no ocurriéndome otro nombre más expresivo, llamaré serenidad, es también importante en punto a escribir como en punto a hablar. Es cosa averiguada que hablamos con mucha más facilidad cuando no nos oye nadie o nos oyen sólo personas de confianza, que cuando nos oyen personas en quienes no la tenemos. Cuéntase que Jovellanos decía: «¡Es lástima que este pícaro de Vargas Ponce escriba tan mal cuando se dirige al público, como bien cuando se dirige a sus amigos.» Siendo yo muchacho solía escribir cartas para su padre a una muchacha alcarreña muy rústica. Me preparaba a ello preguntándole qué era lo que quería decir a su padre y me lo decía todo en estilo fácil y relativamente correcto; pero cuando pretendí que me lo fuera diciendo conforme yo escribía, lo que era de suponer le fuese más fácil, porque así tenía más tiempo para pensar y hablar, me encontré con que le era imposible dictarme período alguno. Preguntéle la causa de esto, que para mí era fenómeno, y sólo acertó a explicármelo diciéndome que era el miedo de dictar mal.

Se necesita, pues, serenidad lo mismo para escribir que para hablar bien, porque al fin escribir y hablar son una misma cosa, sin más diferencia que la del instrumento con que se hace.

Concluyamos este importante punto de lo que se necesita para saber escribir bien en verso o prosa, repitiendo que lo que se necesita para esto es: talento, instrucción y buen gusto.

Aunque el talento sea condición natural, esta condición se desarrolla y perfecciona con la instrucción, y en cuanto al buen gusto, se adquiere con la lectura de buenos libros.

- V -

Lo que es poesía lírica.

El Diccionario oficial de la lengua castellana, sólo de soslayo, dice lo que es poesía lírica, pues lo calla en el artículo Poesía, y en el artículo Lírico dice: «lo que pertenece a la lira o a la poesía propia para el canto.» En un principio se llamó poesía lírica a la puramente destinada a cantarse al són de la lira: pero hoy, bajo el nombre de poesía lírica, comprendemos toda aquella que no admite una clasificación especial, como la de épica, satírica, didáctica, etc. Todo ese cúmulo de versos, más o menos poéticos, que corren en colecciones o sueltos, y particularmente aquellas composiciones subjetivas, como se ha dado en decir ahora, en que el poeta o versificador expresa directamente sus afectos o ideas, pertenecen a la poesía lírica.

Si atendiéramos sólo a la condición de cantable para calificar de lírica a la poesía, necesitaríamos comprender en esta calificación a la de todos géneros, porque no hay ninguno que no sea más o menos cantable.

Cantable lo es hasta la prosa castellana, como lo prueba, por ejemplo, la Salve, que se canta con frecuencia y sin dejar de ser deleitable su canto. Conviniendo, pues, en que el nombre de poesía lírica, tal como hoy se usa, es poco conforme con su etimología, convengamos también, puesto que no hay otro remedio, en que poesía lírica es toda aquella cantada o sentida en que el poeta expresa directamente sus afectos e ideas.

- VI -

Lo que es poesía dramática.

También sólo de soslayo o indirectamente, nos dice el Diccionario oficial lo que es poesía dramática, pues lo calla en el artículo Poesía y dice en el artículo Drama: «Composición poética en que se representa una acción por las personas que el poeta introduce, sin que éste hable o aparezca. Es nombre común a la comedia, la tragedia y a cualquiera otra fábula escénica, y modernamente se distingue también con el nombre de drama el que participa del género cómico y el trágico.»

En esta definición conviene también el Diccionario en que cabe en la prosa la poesía, puesto que llama al drama composición poética, y el drama está escrito a veces en prosa lisa y llana, y no en el estilo poético de ciertas novelas.

Por poesía dramática debemos entender todas las composiciones literarias cuya forma dialogada las haga representables.

Los principales géneros de composición que la poesía dramática comprende son los siguientes, cuya definición, tomada del Diccionario oficial de la lengua castellana, pongo a continuación de cada uno entre comillas, sin perjuicio de hacer luego las observaciones propias que me ocurren acerca de esta definición:

La tragedia, «obra dramática en que se representa un suceso de personas ilustres, y que tiene un fin por lo común desgraciado, con el objeto de rectificar o desarraigar las pasiones violentas por medio del terror y de la compasión».

El drama, composición teatral «que participa del género cómico y el trágico».

La comedia, «poema dramático en el cual se representa alguna acción familiar que se supone pasar entre personas privadas, y se dirige a la corrección de las costumbres». Después de dar el Diccionario esta definición de la comedia en general, define en los siguientes términos los diferentes géneros en que se subdivide la comedia: -Comedia de capa y espada, «aquella cuya acción pasa entre personas que no exceden de la esfera de nobles y caballeros.» -Comedia de figurón, «aquella cuyo principal objeto es representar algún vicio ridículo y extravagante.» -Comedia heroica, «aquella cuya acción se supone pasar entre príncipes y otros personajes.» -El Diccionario se ha olvidado de la comedia de magia, que es una composición teatral, de uno o más actos o cuadros, en que, por medios mecánicos o de magia natural, se aparentan sucesos maravillosos.

La ópera, «composición dramática, puesta en música».

La zarzuela, «composición dramática, parte de ella cantada».

El sainete, «composición dramática, breve y jocosa, en que se reprenden los vicios y se satirizan las malas costumbres del pueblo; la cual se representa comúnmente después de concluida la comedia».

El entremés, «composición dramática, breve, jocosa y burlesca, que solía representarse en los intermedios de la comedia».

El monólogo o unipersonal, «drama en que representa un solo actor».

La tonadilla, «composición métrica, breve y sobre asunto familiar, la cual suele cantarse en los intermedios de la comedia».

Tales son los diversos géneros de composición que comprende la poesía teatral o dramática. Algunas de las definiciones que he tomado del Diccionario, no me satisfacen por completo. En este caso se halla la de la comedia de capa y espada, que dice ser aquella cuyos personajes no exceden de la esfera de nobles y caballeros, y que yo definiría «aquella cuya acción se supone en tiempos en que el uso de la capa y la espada era habitual o continuo en los caballeros, y en que se mezcla lo cómico con lo grave.»

Para ser poeta dramático se necesitan las condiciones naturales y artísticas que he atribuido como indispensables al poeta en general, y además otras especiales, cuales son, la de conocer los efectos de la representación escénica y la de poseer facilidad natural o adquirida para expresar las ideas y efectos en la forma dialogada.

Poetas hay de mucha inspiración y talento que, por carecer de aquellas condiciones, no aciertan a producir efecto en el teatro, y los hay también que, poseyéndolas, le producen con inspiración y talento medianos.

- VII -

Lo que es poesía satírica.

Poesía satírica es aquella que tiene por fin principal el de corregir deleitando, cuyo fin debe ser, más o menos principal, el de toda poesía y aun el de toda amena literatura. Generalmente se vale de la forma jocosa y a veces de la ironía y el sarcasmo. Las sátiras más notables de la poesía castellana están compuestas en tercetos endecasílabos, cuyo mecanismo explicaré en el lugar correspondiente. Sin embargo de esto, todos los metros y todos los tonos y formas de la poesía se prestan a la satírica. Los sainetes de don Ramón de la Cruz, que son la expresión más vulgar y humilde de la poesía, son sátiras eficacísimas para condenar y corregir las ridiculeces y los vicios sociales; y las comedias de Bretón de los Herreros, de tono más levantado y culto, se hallan en el mismo caso.

La composición llamada epigrama es una de las más empleadas y eficaces en la poesía satírica.

En lo que llamamos Parnaso castellano, mejor dicho que Parnaso español, pues nos referimos al cuerpo general de poesía perteneciente a la lengua castellana, y por Parnaso español se debe entender el cuerpo general de poesía perteneciente a todas las lenguas y dialectos de España, ocupa el epigrama un lugar muy distinguido y digno de ocuparle por lo bien que corresponde al fin de la poesía satírica de corregir deleitando. La brevedad y agudeza del epigrama que, el Diccionario define por «composición poética, breve y aguda, hecha en alabanza, burla o vituperio de alguna persona o cosa», responde admirablemente al fin de deleitar y corregir, aunque en nuestro tiempo ha traspasado y traspasa lamentablemente los límites de la honestidad, gustando más de pedir gracia al equívoco grosero que al concepto agudo o ingenioso.

Quevedo, en el siglo XVII, Moratín (don Leandro), fines del XVIII y principios del XIX, y Bretón de los Herreros y Martínez Villergas en nuestro tiempo, han dejado en el Parnaso castellano inmortales ejemplares de poesía satírica.

El Diccionario define la sátira por «obra escrita regularmente en verso, en que se motejan y censuran las costumbres y operaciones del público o de cualquier particular, y advierte que también se entiende por sátira «cualquier dicho agudo, picante y mordaz.»

- VIII -

Lo que es poesía didáctica.

Didáctico o didascálico es, según el Diccionario oficial, «lo que es a propósito para la enseñanza y lo que conduce y se refiere a ella.» Toda la poesía enseña, o al menos debe enseñar, y en este concepto, con arreglo a la acepción que el Diccionario da al adjetivo

didáctico, toda ella puede ser calificada de didáctica, pero se da por excelencia este nombre sólo a la que tiene por principal fin la enseñanza de determinada materia, como por ejemplo, la música, a que dedicó nuestro Iriarte un poema, y la poesía, a que dedicó el francés Boileau otro, pues su Arte poética no es más que un poema didáctico.

Ciertamente las composiciones didácticas en verso no se prestan mucho a lo que propiamente debemos entender por poesía, pero tampoco están completamente reñidas con ella. En la enseñanza de todo arte o toda ciencia cabe poesía, cabe belleza moral, cabe emoción y mucho más cuando el que enseña se vale de la expresión métrica que, aun falta de lo que constituye la poesía, que es el sentimiento, realza mucho el concepto.

Un maestro de escuela ha hecho arrasar mis ojos en lágrimas de ternura, dando a sus discípulos en mi presencia lecciones de Agrimensura que de suyo parece árida, y nada susceptible de producir el sentimiento, la emoción que constituye la poesía. «Figuraos, decía a sus discípulos, que estáis ausentes de la casa paterna y día y noche halláis vuestra mayor complacencia y vuestro mayor consuelo en pensar en vuestro padres, en vuestros hermanos y en las caricias que de ellos habéis recibido y recibiríais si estuviérais a su lado; figuraos que de este pensamiento pasáis al del huerto donde jugabais y cogíais flores y fruta y al de la alcoba donde dormíais, y recibíais un beso de vuestra madre al dormiros y otro al despertaros; por último, figuraos que, como consecuencia de pensar en esto, os entra el deseo de saber aproximadamente cuál es el espacio que ocupan el huerto y la alcoba de que conserváis tan dulces recuerdos. ¿Cómo os compondríais para satisfacer en la ausencia este deseo? Yo os voy a decir cómo podríais satisfacerle, con tal que me deis un punto de apoyo, mucho más fácil de dar que el que necesitaba la palanca de Arquímedes para mover el mundo.»

Y en efecto, poesía capaz de ser sentida por todo el que no tiene el corazón ni el entendimiento refractarios a ella; había en aquel modo de amenizar una materia de suyo árida, con la evocación y la imagen de lo que más fácilmente conmueve los buenos corazones.

La poesía didáctica es, pues, verdadera poesía, y no simple versificación, cuando es verdadero poeta el que la practica. Este Tratadito popular de Poética pertenece al orden didáctico por su objeto; y acaso, acaso, tenga con la poesía alguna más relación que la puramente preceptiva.

- IX -

Lo que es poesía heroica.

Poesía heroica o épica es, según el Diccionario que cito tantas veces desconfiando de mi individual autoridad, «el metro que en cada lengua se tiene por más conveniente para escribir poemas épicos, como en el idioma latino el hexámetro, en el castellano el endecasílabo, etc.»

Yo creo defectuosa o incompleta esta definición, por referirse solamente a la forma de la poesía heroica, debiendo referirse más bien al fondo. El fondo no nos le explica el mismo Diccionario, o al menos yo no he dado con él; pero, en mi concepto, la poesía heroica o épica se debe definir por «aquella en que se cantan y exaltan acciones y virtudes heroicas, en tono cuya elevación corresponda a la de estas acciones o virtudes.»

La octava real, de cuyo mecanismo me ocuparé en el lugar correspondiente, es el metro por lo general empleado para este género de poesía en las lenguas modernas. Este metro adolece de alguna monotonía, pero es enérgico y majestuoso.

El poema épico más notable que cuenta la lengua castellana es La Araucana, de don Alonso de Ercilla, natural de Bermeo, en Vizcaya. En este poema se narra y canta con verdadero estilo poético la conquista de Arauco por las armas españolas. Acaso la epopeya de más mérito que se conoce y que debe ser citada aquí, no sólo por su merecida celebridad, sino también por pertenecer a un poeta y a una lengua de la península ibérica, es la portuguesa de Luis de Camoens, titulada Os Lusíadas.

El padre, digámoslo así, de la poesía heroica o épica castellana es el Poema del Cid, que se compuso acaso cuando aún vivía el héroe principal de él, o sea en la última mitad del siglo XI, en que la lengua castellana estaba en sus primeros albores, como lo demuestra el citado poema. También debo citar aquí, por pertenecer a una de las lenguas peninsulares, por su antigüedad y sobre todo por su admirable estructura, el canto épico en lengua éuscara Altabiscarco-cantua o Canto de Altabiscar, en que se narra y canta la derrota de Carlomagno en Roncesvalles por los vascos. De este famoso canto se han hecho versiones más o menos fieles y bellas en todas las lenguas literarias de Europa, y yo he hecho en verso castellano una que, aunque no tenga otro mérito, tiene el de la fidelidad.

- X -

Lo que es la poesía bucólica.

El Diccionario define la poesía bucólica por «composición poética o diálogo pastoril, en que se introducen a hablar pastores o gentes del campo».

Este género de poesía, que ha estado muy de moda en nuestro Parnaso, o mejor dicho, en todos los Parnasos de Europa, desde la Edad Media, en que fueron los poetas italianos los que la generalizaron, hasta nuestros días, en que todavía se descuelga alguno que otro hablando de Dorilas y Nemorosos, me parece la más ñoña y empalagosa de todas las poesías. Enhorabuena que se canten la hermosura de los campos y los sencillos afectos de las gentes que en ellos viven; pero idealizar la hermosura física e intelectual que en la vida campesina cabe, personalizándola en pastores y pastoras, que precisamente son, entre todos los habitantes de los campos, los más groseros e incultos, porque son los que más

habitualmente viven en la soledad y en menos contacto con los racionales, es el colmo de la insensatez estética.

Comprenderíase que se personalizase aquella hermosura en la gente labradora, que por sus ocupaciones habituales y su sistema de vida social participa de la sencillez rural y de la cultura urbana; pero no se comprende que se haya personalizado en pastores y pastoras, que precisamente son los que más se prestan a la personificación de la grosería física e intelectual.

Si al fin la poesía bucólica (que tampoco comprendo por qué recibió este nombre; pues el mismo Diccionario dice que bucólica se entiende también en lenguaje familiar por comida, sin duda por la relación que ésta tiene con la boca, cuyo nombre castellano procede del latino bucca); si al fin la poesía bucólica se hubiese limitado a atribuir a los pastores y pastoras lo único que racionalmente puede atribuírseles, que es la facultad, más por instinto que por razón, de lavarse en el arroyo, de adornarse con tal cual flor silvestre y de apasionarse los de un sexo por los de otro, podría pasar la poesía bucólica como excepción, pero elevarla a género en que se han ocupado por espacio de siglos casi todos los poetas, y personificar en los pastores y pastoras el discretismo, la filosofía y los afectos más delicados del alma, como se ha hecho casi constantemente, es una aberración del entendimiento humano.

La poesía que llamaré urbana, o sea aquella que se inspira en el arte, en los afectos, en la sociabilidad de la vida culta, es importantísima; pero no lo es menos la poesía que llamaré campestre, con más propiedad que si la llamase bucólica.

La naturaleza, las costumbres, los afectos en que esta poesía se inspira, superan en riqueza poética a las fuentes de inspiración que la vida urbana ofrece al poeta.

El romanticismo, que aunque iniciado en la poesía castellana en el siglo de oro de nuestra literatura, o sea en el XVI, tuvo su verdadero advenimiento en el período de 1820 a 1850; vino acompañado de grandes, de monstruosas exageraciones estéticas, como vienen todas las revoluciones radicales; pero aun así, produjo un gran bien a la poesía porque la colocó en el buen medio en que, con razón, se dice estar la virtud, o sea entre las exageraciones del espiritualismo caballeresco-religioso del siglo XV, y el ñoñismo bucólico de todos los siglos literarios.

En el momento en que se escribe esta poética popular, la poesía castellana adolece de exagerado filosofismo; pero aun así ha alcanzado un gran triunfo con haber renunciado a las ñoñerías de las Cloris, Dorilas, Amintas y Galateas, y de los Nemerosos, Melibeos, Licios y Anfrisos.

Bien está que haya desaparecido, para no volver nunca, la poesía pastoril. Sustitúyala la poesía campestre, que es poesía verdadera y no falsa, como lo era la que murió a manos del romanticismo.

- XI -

Lo que es la poesía seria y lo que es la poesía festiva.

Según el Diccionario, serio es, en la acepción más aplicable a la poesía, «lo real, verdadero y sincero, sin engaño o burla, doblez o disimulo»; y por festivo se entiende «lo chistoso, agudo, alegre, regocijado y gozoso».

Con decir que la poesía seria es la que produce en el alma afectos tiernos, graves y permanentes, y la poesía festiva la que los produce alegres, placenteros y fugitivos, o sea, que una hace llorar de ternura y otra hace reír y llorar de alegría, pudiera reducirse a los precedentes renglones este capitulito; pero si bien la poesía seria no exige mayor explicación, porque al hablar de la poesía en general está suficientemente explicada, la poesía festiva o jocosa o cómica, requiere que se diga de ella algo más de lo poco que se ha dicho.

Hay quien cree que la emoción, el sentimiento, la inspiración, lo que el Diccionario llama entusiasmo, fuego, viveza, no entra para nada en la poesía festiva, que sólo procede de una operación mecánica del entendimiento. Es completamente errónea semejante creencia.

En alguna otra ocasión he disculpado mi propensión a juzgar de los afectos ajenos por los propios, empleando este raciocinio: «Cuando quiero o necesito estudiar a los hombres, busco uno que me sirva para ello, y como yo soy el que encuentro más a mano, echo mano de mí mismo y en mí estudio a los demás.» De mí puedo decir que siempre que he escrito algo, en verso o prosa, capaz de hacer reír, lo he escrito, en caliente, es decir, hallándose excitado mi sistema nervioso, sintiendo eso que el Diccionario llama entusiasmo, fuego, viveza, quizá riendo y llorando de alegría. Si escribiendo en frío no se hace llorar, tampoco escribiendo del mismo modo se hace reír.

Bretón de los Herreros, que es acaso el poeta español que más ha hecho reír y llorar de alegría, escribía siempre riendo y llorando.

- XII -

Para lo que sirve la poesía.

La poesía lleva de tal modo en sí misma el encarecimiento de su utilidad, que debo reducir su elogio a la expresión más sencilla.

Un desalmado que tiene sobre su conciencia robos y homicidios, que ha perpetrado sin compasión ni misericordia; un hombre vulgar y miserable, que pega a su débil y enfermiza mujer y a sus tiernos e inocentes hijos, sin comprender ni sentir lo que debe a la debilidad, a

la hermosura, a la consanguinidad; una mujer, que hasta carece del instinto maternal y amoroso que en las hembras irracionales no falta, pues éstas se sienten atraídas hacia sus hijos y hacia los padres de sus hijos, y ella no siente atracción alguna hacia los primeros y corresponde al amor y la protección del segundo con el desvío y la falsía; un hombre o una mujer que no creen en Dios ni en la virtud, ni en el talento, porque no es capaz de comprender ni sentir la belleza de la religión, ni de la virtud, ni de la inteligencia; todos estos bichos, como con razón les llama nuestro contemporáneo Ruiz Aguilera, al emplear sistema análogo al mío, para encarecer la importancia de la poesía, todos estos bichos oyen que se está representando una comedia nueva muy buena y van a verla, esperando que con ella se han de divertir mucho.

La comedia es, en efecto, buena, porque es obra de la verdadera poesía, que es la hermosura moral y artística, y no de la vulgaridad, que es la fealdad moral y material. En ella se glorifica todo lo hermoso y bueno y se condena todo lo deforme, grosero y malo. Aquella glorificación y aquella condenación pasan del entendimiento y el corazón del poeta al entendimiento y al corazón de todos los espectadores; todos éstos lloran de amor a lo hermoso y bueno o de horror a lo feo y malo; y como los bichos que individualmente he bosquejado, forman parte de los espectadores, y todos los espectadores lloran, aquellos bichos, que nunca habían llorado, lloran también.

Estos milagros hace con unos renglones desiguales o iguales un hombre que se llama poeta, y para esto sirve la poesía, que por esto tiene derecho a ser bendita entre las ciencias y las artes más dignas de bendición.

Segunda parte

Prácticas del arte de hacer versos.

- I -

De las combinaciones poéticas.

La nomenclatura del arte poética es larguísima y está plagada de nombres griegos y latinos, que corresponden, ya a la diversidad de asuntos o artificios poéticos, como espondeos, sáficos, propéuticos, epicedios, hexámetros, etc., o ya a los diversos accidentes gramaticales o retóricos, como sinéresis, sinécdoque, apócope, perífrasis y otros. Es casi inútil decir que me he propuesto, en cuanto me sea posible, descartar de esta poética popular y esencialmente práctica, toda esta nomenclatura que verdaderamente estaría en griego, y por tanto, sería inútil para la generalidad de los que han de adquirir nociones de versificación en este librito, como también toda combinación poética que no pertenezca genuinamente a la poesía castellana.

Por ejemplo, el hexámetro y el sáfico serán muy bellos y agradables para los que estén acostumbrados a los clásicos griegos y latinos y sus imitadores, pero son poco menos que

insoportables para los que no tienen esta costumbre. A nosotros los españoles denos el romance, la redondilla, la cuarteta, la quintilla y la octavilla, octosílabas y endecasílabas, la seguidilla o la letrilla de cinco o de siete sílabas y aun las diferentes combinaciones de versos de diez, once, doce y catorce sílabas a que estamos acostumbrados, y poco nos importará que no nos den esas combinaciones de espondeos, dáctilos y coreos de que nos habla el Diccionario.

- II -

De la rima.

Por rima entiende el Diccionario «lo mismo que consonante», que, según el mismo Diccionario, es, en esta acepción, «la palabra cuyas letras desde la vocal en que carga el acento hasta el fin son las mismas que las de otra voz.»

Si atendiéramos al orden de importancia, antes debiéramos haber nombrado y definido la medida o cadencia, que en la poesía es más importante que la rima o consonante; porque, sin medida no puede haber versos y sin rima puede haberlos, como lo prueban, por ejemplo, los endecasílabos sueltos que carecen de rima, y no obstante, son majestuosos y agradables en sumo grado.

La rima es en la poesía castellana perfecta o imperfecta, o lo que es lo mismo: consonante o asonante. La rima perfecta consiste en que los versos que se corresponden entre sí o consueñan acaben con palabras en las cuales la vocal acentuada y todas las que la siguen sean idénticamente las mismas. Ejemplo de ello esta sextilla mía:

Cuando yo era niño, iba
ese riachuelo arriba
y siempre sentía allí
ansia de exhalar un canto,
que ya estaba el germen santo
de la poesía en mí.

Aquí se ve que las vocales acentuadas son en: iba, arriba y allí, la i de cada una de estas palabras; en canto y santo, la a; y en mí, la i.

Tratando de esto mismo, hace notar Hermosilla que, por ejemplo, son verdaderos consonantes gem-ido y escarnec-ido; y no lo son lánguido y despido, que sólo son asonantes o rima imperfecta, y esto consiste en que, en los primeros, la vocal i está acentuada, y en los segundos no lo está, y sí sólo la e.

En cuanto a la combinación de los consonantes, es la que se ha reconocido como más armónica y agradable; y no digo más de ella, porque he de tratar este asunto cuando me

haga cargo de cada género de composición; pero lo que debo recomendar con el mayor encarecimiento es que se evite en una misma estrofa el empleo de consonantes que asuenen entre sí, y aunque asuenen con los de la estrofa precedente o siguiente. Este es un defecto insoportable para nuestro oído, y por eso se ha censurado, con razón, aquella redondilla de Baltasar de Alcázar, que dice:

Porque allí llevo sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y vóime contento.

Esta redondilla, que por lo demás es admirable, por la viveza y concisión con que expresa diversas acciones, tiene el gran defecto de la asonancia entre los consonantes sediento, contento, nuevo y bebo.

La asonancia es un defecto, aunque no tan grave como éste, cuando es asonante con la palabra final alguna de las que la preceden en el mismo verso. Ejemplo de ello el llevo que en el primero de la redondilla de Alcázar precede a sediento.

El Diccionario define el asonante o rima incompleta, diciendo: «La voz que termina en las mismas vocales que otra voz, contando desde la sílaba en que carga el acento. Así, caballo y sapo son asonantes. Cuando los versos terminan en vocal aguda, basta la identidad de dicha vocal. Así, favor y col son asonantes. En las voces esdrújulas sólo hay precisión de que sean iguales la vocal acentuada y la última, aunque las penúltimas sean diferentes. Así, son asonantes báratro y sátiro.» El mismo Diccionario dice que asonantar es «mezclar en los versos o en la prosa palabras que formen asonante, lo cual se tiene por un defecto.»

El asonante se emplea en la poesía castellana alternando con versos sueltos, lo mismo en las composiciones de arte menor que en las de arte mayor, con cuyos nombres se suelen designar respectivamente las de ocho sílabas o menos y las de mayor número de sílabas.

He aquí tres ejemplos de consonancias tomados de mi Libro de las Montañas I

Esa poesía es santa

que es la santa memoria
del hogar y de la iglesia
de nuestra infancia dichosa.

II

La historia de la mujer
que me parece mejor
es la que en resumen dice:
«Amó, rezó y trabajó.»

III

Tantas lágrimas bebes,
mar de Cantabria,
que parecen tus olas
olas de lágrimas.

Estos tres ejemplos, que por cierto no están exentos de defectos de arte, lo son del asonante grave, del asonante agudo y del asonante esdrújulo. En el primero se ve que en los asonantes memoria y dichosa las vocales son las mismas contando desde la sílaba en que carga el acento; en el segundo se ve que en los asonantes mejor y trabajó, la última vocal aguda es idéntica; y en el tercero se ve que en los asonantes Cantabria y lágrimas son igual la vocal acentuada y la última, todo conforme con lo que el Diccionario prescribe para las tres clases de consonante.

No debo pasar más adelante sin aconsejar con la mayor insistencia que no se haga uso de letra mayúscula al principio de los versos más que cuando tal letra corresponda por preceder punto final o comenzar la composición. El comenzar los versos constantemente con mayúscula no tiene razón alguna, más que una arraigada costumbre que sólo sirve para dificultar la lectura.

- III -

De la medida o cadencia.

La medida o cadencia es importantísima en la versificación, como que, sin ella, la composición ni es verso ni es prosa, sino una mezcla híbrida de ambas cosas.

El Diccionario entiende por medida, cuando de versos se trata, «la cantidad de sílabas de que se componen los versos»

Lo que llamamos oído es el principal requisito para componer versos cadenciosos y para juzgar si lo son los compuestos. El que tiene oído sabe si un verso tiene o no la medida que debe tener, aunque ignore el modo de averiguar mecánicamente esta medida.

Para medir los versos castellanos, prescindiendo del oído, es preciso, en primer lugar, ver si constan de las sílabas debidas, y en segundo, ver después si tienen bien colocados los acentos.

Se cuenta el número de sílabas por el de vocales (que son a, e, i, o, u; pues las demás del alfabeto se llaman consonantes), considerando como una sola sílaba los diptongos y triptongos (diptongo es la palabra de dos sílabas, y triptongo la de tres.) Si el verso termina en voz llana o grave, como bello, se cuentan todas las sílabas, o sea: ocho en el octosílabo, once en el endecasílabo, etc.; si en voz aguda, como coral, una sílaba más; y si en voz esdrújula, como lágrimas, una sílaba menos. Ejemplo

1.º-La-lu-na se le van-ta (llana).

2.º-tras-las-le ja nas cús-pi des (esdrújula).

3.º-y-cual con-cien-cia-san-ta (llana con sinalefas).

- 4.º-se-re naes tá lat-mós fera, (esdrújula íd.).
5.º-se-re-noel-mar in-dó mi-to,(íd. íd.).
6.º-se-re-noel cie loa-zul (aguda con íd.).

Antes de analizar este ejemplo advertiré que sinalefa es, según el Diccionario, «una figura por la cual se forma una sola sílaba de la vocal en que acaba una dicción y de la que da principio a la siguiente».

Vemos en el propuesto ejemplo, que el primer verso, sin ninguna sinalefa y terminado en palabra llana o grave, tiene siete sílabas; que el segundo, también sin sinalefa alguna y terminado en palabra esdrújula, tiene ocho sílabas; que el tercero, para tener siete, ha necesitado hacer trisílaba la palabra conciencia, que, en rigor, debiera ser quintisílaba, en esta forma: con-ci-en ci-a; que el cuarto, para tener las ocho sílabas que corresponden al esdrújulo, ha hecho las sinalefas naes y tat; que el quinto, también esdrújulo, ha hecho la sinalefa noel, y que el sexto, para tener las seis sílabas correspondientes al agudo que, ha tenido que hacer las sinalefas noel y loa.

También a veces se emplean en los versos para darles la cadencia o medida, las figuras llamadas diéresis y sinéresis, que son, según el Diccionario: la primera, «una figura poética, por la cual una sílaba se desata y se hace dos en el verso», y la segunda «una figura por la cual se contraen dos sílabas formando una sola.»

Como ejemplo de ambas figuras puede servirnos la palabra conciencia, empleada en el verso 3.º, y en que se ha cometido sinéresis, formando una sílaba con las dos de ci-en, y se hubiera cometido diéresis en el mismo verso, si se hubieran formado dos con la terminación cia de aquella palabra.

La acentuación influye mucho en la buena o mala cadencia de la poesía. Dar reglas fijas para su colocación es un imposible, porque esta colocación depende de la naturaleza de las palabras. Terradillos dice que pueden reducirse a éstas: todo verso de sílabas pares pide en las impares el acento, y todo verso de sílabas impares le pide en los pares. La mejor regla para la acentuación de los versos está, como ya he dicho, en lo que llamamos oído.

En los versos destinados a ponerse en música, la acentuación es esencialísima. Los demás admiten mucha mayor libertad, pero cuanto más se observen en ellos las leyes de la medida y la acentuación, más fluídos y sonoros serán, y, por consecuencia, más duros e inarmónicos cuanto más se desvíen de aquellas leyes.

Un verso deja de serlo sólo con la dislocación de una palabra y aun de un acento. Prueba de ello: Juan Sebastián de Elcano fue el primero que dio la vuelta al universo entero.

Este dístico mío, es fluido y sonoro, a pesar de que tiene el defecto de ser asonantes las dos últimas palabras del segundo verso. Pues disloquemos el fue del primero anteponiéndole al Juan, y el verso, sin dejar de tener las mismas palabras, el mismo sentido y aun las mismas sílabas, dejará de ser verso, porque no lo es.

Fue Juan Sebastián de Elcano el primero.

El acento es esencialísimo en el verso castellano, porque no todo conjunto determinado de sílabas constituye verso. Se entiende por acento el mayor o menor tiempo que se emplea al pronunciar las sílabas predominantes, lo que determina cierto compás al recitar el verso. Esta definición basta por sí sola para encarecer la importancia que el acento tiene en la versificación castellana.

- IV -

De la versificación en romance.

El Diccionario define el verso en romance de este modo: «Composición propia y exclusiva de la poesía castellana en que se repite el mismo asonante en todos los versos pares. El que consta de versos de ocho sílabas se llama meramente romance: romance corto el que los tiene de seis: y romance real, heroico o endecasílabo el que consta de versos de este último género.»

Me parece que el Diccionario hubiera hecho bien en contentarse con la primera parte de esta definición, o cuando más añadir que el romance se usa en verso de toda medida.

Es esta clase de verso tan importante y tan usual en nuestra poesía, y sobre todo en nuestra poesía popular, que en este Tratadito reclama el primer lugar y el mayor esfuerzo en dar reglas prácticas y eficaces para su composición.

Es comunísima la creencia de que la versificación en romance es la más fácil de todas las del verso castellano, y esta creencia se funda en la poca dificultad que ofrece el encuentro del asonante. En efecto, es muy fácil versificar en romance malo, pero versificar en romance bueno, que es como únicamente se debe versificar en esta clase de composición métrica, es muy difícil. El romance malo, es decir, de versos flojos, de asonantes repetidos y compuestos de tiempos de verbo, de versos cacofónicos, de conceptos triviales, de palabras vulgares o bajas y de sintaxis forzada, ni es verso ni es prosa, sino una mezcla de ambos, verdaderamente insufrible para todo el que tenga oído y gusto un poco delicados. El romance necesita más que ninguna otra clase de verso castellano, fluidez, sencillez de sintaxis, lo que Moratín llamaba «difícil facilidad.»

La versificación en romance se puede usar desde el verso de cuatro sílabas, que es éste:
Al-de-a-na

de-mi vi-da,
de-mis pe-nas
no-te-rí-as:

hasta el alejandrino, o de catorce, que son los de esta estrofa compuesta por mí:
Cuando tras de los montes excelsos y lejanos,
amarillento y tibio va declinando el sol.
afluyen a mis ojos lágrimas misteriosas
pensando en los ausentes objetos de mi amor

Puede emplearse también el asonante en los versos de menos de cuatro sílabas, pero mi opinión es que en estos versos no se deben hacer ni aun aconsonantados porque carecen de armonía y gracia.

El verso más adecuado para el romance es el de ocho sílabas, que es el empleado en nuestro rico Romancero y en la generalidad de nuestros cantares populares. Del romance octosílabo es, pues, del que voy a ocuparme con excepcional extensión.

Pongamos algún ejemplo de él:
en mis nativa montañas
3.º donde manzanas y guindas
coja desde la ventana,
donde oiga cantar los pájaros
al despuntar la alborada!
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
9.º alguien dirá: «En esa fosa
un hombre honrado descansa»;
y esta es mi única codicia,
esta mi única esperanza,
que siempre he vivido libre
de vanidades humanas.
Así canté hace quince años
enfermo de honda nostalgia
junto al pobre Manzanares,
18.º cuya pobreza me extraña,
porque a su corriente afluyen
muchos arroyos de lágrimas,
y hoy canto: «¡Bendito sea
aquel, cuya mano santa
a los soberbios humilla
y a los humildes ensalza!»

¡Dios me dé una pobre choza

En estos versos, que son míos, hay lo menos tres defectos de distinto orden que señalo con letra bastardilla, y voy a razonar para que se procure no incurrir en ellos.

Si la forma es muy importante en los versos, los conceptos no lo son menos. Es necesario que la razón y la lógica campeen en todo concepto; porque si faltan, por muy bien expresado que el concepto esté, hará mal efecto. La estación de las manzanas y las guindas, no es la misma, porque, por término medio, las guindas sazonan en Junio, y las manzanas en Septiembre. En el verso tercero de los precedentes, parece darse a entender que sazonan a un mismo tiempo al decir que se pueden coger mediante un mismo acto o acción. Esto es un defecto agravado con la circunstancia de nombrar a las manzanas y las guindas por orden inverso a aquel en que maduran.

En el verso noveno hay otro defecto, y es la circunstancia de terminar con vocal la palabra dirá, y empezar con vocal la siguiente En, porque haciéndose pausa al terminar la primera es casi imposible la sinalefa, y sin ella resulta el verso con una sílaba más.

El defecto que señalo en el verso 18.º es de género muy distinto, pero no por eso es menos digno de evitarse. Consiste en el uso de la frase me extraña, que es demasiado familiar o vulgar, y por tanto, desdice del tono relativamente elevado que requiere la poesía seria, y mucho más el romance. La sencillez no consiste en la bajeza o vulgaridad: consiste en la limpieza, discreción y fluidez de concepto y expresión.

El romance, en general, necesita muchas y diversas condiciones para ser bueno. Lo indispensable es que sean asonantados todos los versos pares, y libres todos los impares, y que este asonante no cambie por otro u otros en toda la composición, o al menos mientras no haya un cambio notable de asunto o capítulo. En nuestro Romancero antiguo y en las leyendas o composiciones poéticas en romance, hay estos cambios de asonante; pero es sólo cuando hay cambio de asunto o capítulo en que se considera como un nuevo romance el nuevo asonante.

La mezcla de consonantes con los asonantes tampoco es permitida en el romance, aunque los malos versificadores suelen hacer uso de ella. Este romance en asonante agudo es bueno (aunque me esté mal el decirlo):

riberica del Butrón

a ver la mar, que me gusta,
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intención
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor:
-«¿No sabes quién allí vive?
Y dando un suspiro yo digo:
«Ya no vive allí,
que vive en mi corazón.»-

Caminando, caminando

Pero este romance tendría los defectos que luego señalaré si al componerle yo así le hubiera compuesto de este otro modo: Caminando con presura

riberica del Besós
a ver la mar, que me gusta,
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intención,
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor:
-«¿No sabes quién vive allí?
y alzando la vista a Dios,
digo: -«Ya no vive allí,
que vive en mi corazón.»

Compuesto de este modo el romance tendría los siguientes defectos: 1.º, el de ser asonante el presura del primer verso con el gusta del tercero, en lugar de ser libre; 2.º, el de ser consonante el Besós del segundo verso con el Dios del cuarto; 3.º, el ser consonante y además repetición del allí del noveno verso el allí del undécimo o penúltimo, y 4.º, el repetirse en el décimo verso el asonante Dios, que ya se ha usado en el cuarto, porque aunque es lícito repetir el asonante ha de ser a distancia relativamente larga y no tan cerca como aquí está repetido.

Lo que se considera también gran defecto en el romance es el uso de asonantes verbales que dan gran flojedad y monotonía al verso.

Por este defecto sería inaguantable a toda persona de buen oído el siguiente trozo de romance.

Iba yo Cadagua arriba
al despuntar la alborada
oyendo a los pajarillos
que en los cerezos cantaban,
cuando encontró a una doncella
que de la fuente tornaba.

Los asonantes cantaban y tornaba podrían pasar en las coplas de ciego, pero no en manera alguna en composición de más pretensión; el romance requiere asonantes compuestos de nombres sustantivos o cuando menos de adjetivos y adverbios.

Lo que se llama licencias poéticas, que son, según el Diccionario, «la libertad que se toman los poetas para usar algunas frases, figuras o voces que no están comúnmente admitidas», no se debe usar en ningún género de composición en verso, y mucho menos en el romance, que debe ser liso y llano en su sintaxis, de modo que parezca haberse

compuesto sin artificio ni esfuerzo alguno. La difícil facilidad de que hablaba Moratín es indispensable en el romance.

En nuestros poetas antiguos, y aun en los modernos, son muy frecuentes las licencias poéticas, tales como do por donde, pece por pez, felice por feliz, entonces por entonces, espíritu por espíritu, ¡ay me! por ¡ay de mí!, cantilena por cantinela, des que por desde que y otras que consisten en valerse de voces y frases anticuadas como maguer y asaz y aun de gentes rústicas como enantes por antes, vide por vi: pero repito y debo repetir que de estas licencias no conviene usar en ninguna clase de verso y mucho menos en el romance. Horacio concedió licencias a los pintores y poetas, pero no creo yo que fuesen de este género, y sobre todo Horacio era latino y nosotros somos castellanos.

En la poesía castellana tiene tal importancia la composición poética llamada romance que me duele no pasar más adelante en el capítulo dedicado especialmente a ella; pero pongo término a este capítulo teniendo en cuenta que al hablar de otras composiciones, y muy particularmente de los cantares populares en general y de las seguidillas en particular tendré ocasión de completar los preceptos prácticos acerca del romance.

- V -

De los cantares populares.

Por cantar, en el sentido más congruente, con el sentido en que voy a emplear aquí este nombre, entiende el Diccionario «copla puesta en tono para cantarse;» lo que es definición pobrísima del cantar popular, que puede definirse diciendo: «estrofa de pocos versos, y generalmente de cuatro, que las gentes del pueblo español cantan con acompañamiento de música o sin él, algunas veces improvisándolas y las más acudiendo a las que saben de memoria.»

Los cantares populares son ramo importantísimo de la poesía española y su número es infinito. La mayor parte de ellos carecen de sentimiento y arte, pero hay muchísimos que son preciosos como reflejo del ingenio, del espíritu y del sentimiento populares.

Hacia mediados de este siglo compuse y di a luz con el título de Libro de los Cantares un libro del que se han hecho ya muchas ediciones en España y en el extranjero. En el prólogo de este libro, que es la glosa o paráfrasis de medio centenar de cantares populares, dije entre otras cosas:

«El pueblo es un gran poeta porque posee en alto grado el sentimiento, que, en mi concepto, es el alma de la poesía. Su expresión es comúnmente desaliñada, pero, en cambio, siente mucho y apenas hay género de poesía que no le sea familiar. Por la mañana le veréis en una procesión elevando piadosos himnos a la Madre del Amor Hermoso, dulcísimo nombre que el instinto poético del pueblo cristiano ha dado a la Madre de Jesús; por la tarde le hallaréis en las riberas del Manzanares entonando seguidillas llenas de

picaresca sal, y por la noche le oiréis cantar su amor bajo la ventana de su novia, suavizando con sus lágrimas las cuerdas de su guitarra; unas veces respeta la gramática y otras la destroza; tan pronto se remonta a las nubes como se arrastra por el suelo; ora es púdico como una virgen, y luego es obsceno como una ramera; pero casi siempre es original y poeta, en todo halla poesía, todo es objeto de sus cantares. El pueblo va narrando en verso la historia de su corazón en presencia de los sucesos, como narraba Ercilla, el poeta nativo de mis queridas montañas, la conquista de Arauco. En las coplas populares veo yo algo más que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrías y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazón.»

La importancia que realmente tiene la poesía popular y la circunstancia de encaminarse principalmente este librito a proporcionar reglas para su cultivo me mueven a seguir extractando el Prólogo del Libro de los Cantares, en cuanto pueda contribuir a perfeccionar la idea de lo que son los cantares populares.

«Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajaritos y bajábamos a misa primera cantando y saltando por las sombrías arboledas y los ancianos bajaban luego a misa mayor. Mientras iban a ésta nuestros padres y nuestros abuelos, sentábame yo bajo unos cerezos que había frente a la casa paterna, porque desde allí se descubre todo el valle que finaliza en el mar, y poco después iban a buscarme cuatro o cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendían sobre su frente, o como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacían componerles coplas para cantar a sus novios por la tarde al són de la pandereta bajo los nogales donde bailábamos los jóvenes y conversaban los ancianos regocijándose con nuestro regocijo.»

«Recuerdo que un día, una de aquellas muchachas estaba muy triste porque su novio iba a ausentarse por largo tiempo, y deseaba un cantar que expresase su tristeza y que, a instancia suya, compuse. Pocos días después, aquella misma muchacha ya no necesitaba mi ayuda para cantar sus tristezas. Conforme se habían aumentado éstas, se había aumentado su aptitud para cantarlas, porque la poesía es hija del sentimiento. Sus cantares, lo mismo que el que yo le compuse, no tardaron en hacerse populares en el valle.»

«Una mañana vi sentada bajo los árboles que dan sombra a la iglesia de mi aldea una joven forastera, de tan peregrina hermosura, que jamás se apartará de mi memoria su recuerdo. No comprendí entonces el sentimiento que me inspiró, pero, concluida la misa, seguí con la vista a aquella joven hasta que la vi desaparecer allá a lo lejos, en el laberinto de una arboleda, y volví a casa poseído de una tristeza que en muchos días no me fue dado vencer. Durante aquellos días, sentado en la cumbre de una colina, desde donde se descubría el camino que tomó la hermosa forastera, compuse muchos cantares que expresaban algo de lo que mi corazón sentía. Diez años más tarde, pasando por un pueblo de Castilla, oí con profunda emoción uno de aquellos cantares a una joven que estaba tendiendo ropa a la orilla de un arroyo.»

«Una tarde, cuando doraba la cumbre de las montañas «el sol de los muertos», que así llaman en mi país a los últimos resplandores que el sol despide al tocar en el ocaso, me hallaba yo conversando en una casa rica de mi aldea con una niña de quince años, dulce y

delicada como una sensitiva. La niña cosía al lado de un balcón. Una voz melancólica, en la que reconocí la de uno de mis compañeros que me había confiado su amor a la niña y la oposición que en los padres de ésta encontraba, a causa de ser ambos casi niños, cantó en el castañar inmediato:

Ojos de color de cielo,
azules como los míos,
no perdáis las esperanzas
que yo no las he perdido.

La niña se estremeció al oír este cantar y me pareció que asomaban dos lágrimas en sus ojos azules. Entonces, respetando su emoción, me despedí de ella y al pasar bajo sus balcones la oí cantar con acento tembloroso y conmovido:

No pierdo
las esperanzas
ni tú las pierdas, amor,
que tú solito, solito,
reinas en mi cora zón.»

«Una noche de Noviembre me alejaba yo de mi aldea ¡tal vez, Dios mío, para nunca más volver! ¡Caminaba, caminaba, por el valle arriba con los ojos arrasados en lágrimas! Comenzaban a cantar los gallos, ladraban los perros, lloraban los cárbos en la montaña, gemía el viento en las copas de los nogales y mugía furioso el río despeñándose por el valle abajo; pero dormían apaciblemente todos los moradores de la aldea, excepto mis padres y hermanos que asomados a la ventana, seguían llorando el ruido de mis pisadas, próximo a desvanecerse entre los rumores del valle. Iba a dejar atrás la última casa de la aldea cuando se asomó a una de sus ventanas una de aquellas muchachas que tantas veces habían ido a buscarme bajo los cerezos para que les compusiese cantares y se despidió de mí sollozando. Al traspasar una colina, próximo a perder de vista al valle, oí un cantar lejano y me detuve. Aquella misma muchacha me enviaba su último adiós con un cantar bello como el sentimiento que le inspiraba.»

«Más tarde, cuando pude darme razón de ciertas cosas que entonces no había comprendido y cuando quise examinar la poesía desde el punto de vista del arte, evoqué todos estos recuerdos y...«he aquí, me dije, la historia de los cantares populares.»

«Muchas veces, soñando con mi país nativo -que es mi sueño perpetuo- me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que nació. Cuando eso suceda, me digo, habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un día de fiesta aquel en que yo torne a mi valle nativo, y al traspasar la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas a misa mayor. ¡Qué dulcemente resonarán en mi oído aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazón palpitante, la respiración difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mía, el agua santa del bautismo; allí estarán los nogales y los castaños a cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde; allí estará la sebe donde mis compañeros y

yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y el nogal; allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos a pedradas a la ida y a la vuelta de la escuela: allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos y mi padre y mis hermanos y yo; allí estará todo lo que no sentía ni respiraba cuando yo lo dejé, pero ¡donde estarán, Dios mío, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años ha!»

«Seguiré, seguiré por el valle abajo! Conoceré el valle; pero no conoceré a sus moradores. ¡Ved si habrá entre los dolores un dolor más grande que el mío! Las gentes, reunidas en el pórtico de la iglesia, esperando el momento de entrar a misa, se asomarán al pretil que da sobre la calzada, y otras se asomarán a las ventanas; todas para ver pasar al forastero. Y ni ellos me conocerán ni yo los conoceré a ellos, que ya aquellos niños y aquellos mancebos y aquellos ancianos no serán los niños, ni los mancebos, ni los ancianos que yo dejó en mi valle nativo; pues, cuando menos, se han transformado.»

«Seguiré, seguirá tristemente por el valle abajo.» ¡Todo lo que sentía, exclamará, se ha transformado o ha muerto! ¿Qué es lo que conserva aquí vivos y puros los sentimientos que yo les di? Y entonces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos más hondos de mi alma, y al oírlos mi corazón querrá saltar del pecho, y caeré de rodillas, y si la emoción y los sollozos no embargan mi voz, exclamaré: ¡Hermosa y tres veces hermosa, santa y tres veces santa, bendita y tres veces bendita la poesía que inmortaliza el sentimiento humano!»

Más apto para el sentimiento que para el precepto, he creído que no debía dejar de incluir en este librito los precedentes párrafos, en que sentimiento y precepto se prestan mutua ayuda para la enseñanza práctica de lo que es la poesía propiamente popular. Ahora voy a descender a esfera más conforme con el título de este Tratadito.

Los cantares populares en lengua castellana rara vez salen del octosílabo en cuatro versos o pies, y de la seguidilla, en que alterna el verso de siete sílabas con el de cinco. Ocupémonos, ante todo, de los primeros, o sea de los cantares de ocho sílabas.

En estos cantares, generalmente se emplea el asonante; pues aunque en muchos de ellos se encuentra el consonante, esto debe considerarse como excepción defectuosa; es decir, como licencia que se ha tomado el que los ha compuesto, empleando el consonante, en lugar del asonante, por ignorancia o necesidad.

En estos últimos tiempos se han dedicado algunos verdaderos poetas, y también muchos meros versificadores, a componer cantares, imitando la forma y el fondo de los de pueblo, y, en verdad, que si los segundos han compuesto muchos malos, porque carecen de lo bueno de la poesía artística y la popular, y tiene lo malo de una y otra, los primeros, entre ellos D. Augusto Ferrán, D. Ventura Ruiz Aguilera y D. Eduardo Bustillo, los han compuesto bellísimos.

Muchos de los cantares populares octosílabos, así de terminación aguda como grave, tienen asonante los cuatro versos, en esta forma: Salga el sol si ha de salir

y si no que nunca salga
que para alumbrarme a mí,
a luz de tus ojos basta.

Un soldado me dio un ramo
yo lo recibí con pena
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena.

Así esta doble asonancia que se nota en el primero de estos cantares como la asonancia y la consonancia que se nota en el segundo, son defectuosas. Los cantares populares deben tener libres los versos impares asonantados y no aconsonantados los pares. Sobre todo la mezcla de consonantes y asonantes disuena mucho y se debe evitar. Los verdaderos poetas que en estos últimos tiempos se han dado a imitar los cantares populares, han cuidado de no incurrir en estos defectos, lo que prueba que en este punto pensaban como yo. Enhorabuena que el cantar sea aconsonantado como el segundo que acabo de citar y no asonantado como el primero; pero en manera alguna debe dejar de tener libres los versos impares, ya sean éstos graves o ya sean agudos.

Citaré más ejemplos para hacer más palpable la razón en que fundo este precepto.
Camino del camposanto
nos solemos encontrar
los que penamos aún
y los que no penan ya.

Este cantar mío suena bien, estando, como está, ajustado al susodicho precepto; pero sonará muy mal si sustituimos la palabra aún, con que termina el tercer verso, con otra que asonante con el primero.

Para que sea admisible el consonante en los cantares octosílabos es necesario que este consonante nada tenga de violento o forzado, o en otros términos, que sea natural y como caído por su propio peso, como sucede con el del cuarto verso del segundo cantar que he citado, en el que la palabra buena completa perfectamente la frase; y como sucede en este otro cantar popular traducido por mí de la lengua vascongada: Una
heredad en un bosque
y una casa en la heredad
y en la casa pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!

Aquí el consonante felicidad viene naturalmente, y como reclamado por el concepto que se va desarrollando en lo restante del cantar.

En los cantares populares, como en el romance, la mezcla de agudos y graves que se observa en el cantar precedente es un defecto, pues en verdad disuena algo esta mezcla; pero está muy admitida y no se debe hacer gran esfuerzo para evitarla.

Lo que es indispensable en los cantares populares, cualquiera que sea la medida del verso o la combinación de asonantes o consonantes, es que la frase sea lisa y llana y el concepto claro, y, por tanto, de facilísima comprensión.

No en vano dije en el Prólogo del Libro de los Cantares, que el pueblo español todo lo hace objeto de los suyos. Ni los cantares mismos han sido por él olvidados en sus teorías poéticas, como lo prueba la siguiente seguidilla que, aunque mal hecha, encierra una idea tan original como verdadera:

Cantar y seguidilla

casarse quieren
para pasar la vida
cantando alegres.
¡Sea enhorabuena,
que los dos hacer deben
buena pareja!

En efecto, el cantar (con cuyo nombre designa el pueblo el de cuatro versos o pies) y la seguidilla (que para él es la de siete) desempeñan en la esfera lírico-poética del pueblo, papel que tiene alguna analogía con el que desempeñan en la esfera social el hombre y la mujer unidos en matrimonio: se aman y se ayudan en la misión que Dios encomendó a la poesía popular, y por medio de este amor y esta ayuda mutua, engendran efectos que, tomando la forma de cantares, continúan aquella misión.

La seguidilla se compone de cuatro versos de siete y cinco sílabas alternados, y de siete cuando tiene lo que se llama estribillo, que es de tres versos el primero, el tercero de cinco y el segundo de siete. Así cuando consta de cuatro versos como cuando consta de siete, puede ser asonantada y aconsonantada. He aquí ejemplos de los diversos géneros de seguidillas que se usan, tomados de mis humildes obras poéticas: I

Quien vive sin amores

muriendo vive,
que es la vida sin ellos
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto,
cuerpo sin alma.

II

Cada vez que me acuerdo
de tu hermosura
vuelve, morena, a darme
la calentura.
¡Tómame el pulso,

tómamele, morena,
que estoy convulso!

III

De tus mil soledades,
oh, vida humana,
sólo me espanta una,
y es la del alma.
¡ Y es la del alma,
que a su inmortal destino
va solitaria!

IV

Copia su azul celeste
la flor del lino
del azul de tus ojos
ángel divino.
¡Ángel divino,
que Dios ha puesto en medio
de mi camino!

V

Niña, palabras dulces
no te seduzcan,
pues en el Diccionario
las hay de azúcar.

VI

Cuando el sol retulgente
los campos tuesta,
¡qué dulce es bajo un árbol
dormir la siesta!

El primero de estos ejemplos lo es de la seguidilla asonantada con estribillo; el segundo lo es de la misma seguidilla aconsonantada; el tercero y el cuarto lo son de una seguilla que creo no haber usado nadie antes que yo; el quinto lo es de la seguidilla asonantada, sin estribillo, y el sexto, en fin, lo es de la misma seguidilla aconsonantada.

Las seis seguidillas que propongo como modelos, no precisamente de perfección, sino de mecanismo, tendrán acaso algunos defectos secundarios, pero no tienen ninguno de los capitales que es indispensable evitar en las diferentes variedades de este género de composición; voy a indicar, con toda la claridad posible, cuáles son estos defectos capitales.

La seguidilla cuyos versos terminan en agudo no es desconocida en las colecciones de cantares populares que debemos a don Preciso (con cuyo seudónimo publicó la primera en

España el vizcaíno don Juan Antonio de Zamácola a principios de este siglo), La Fuente, Alcántara y Fernán Caballero. He aquí una de ellas, en cuyo estribillo aparece el consonante, agudo:

A San Pedro en el cielo
le dijo Cristo:
«Ahí te entrego esas llaves;
agur, Perico.»
Y él le contestó:
«Vaya usted descuidado,
que aquí quedo yo.»

Este agudo suena malísimamente, y yo aconsejo que no se use en ningún género de seguidillas, cuyos versos deben ser graves, así los asonantados o aconsonantados, como los libres. También es indispensable que los libres lo sean verdaderamente. La seguidilla necesita, como ninguna otra combinación métrica, limpieza, ternura, fluidez, facilidad en la frase.

Otro de los defectos que es necesario evitar en las seguidillas de todas clases, es el encuentro de vocales en la terminación de un verso y el principio de otro. Ejemplo de seguidilla mala, principalmente por este encuentro:

Jugando a la
pelota
estaba un tuerto
y de un golpe le sacan
el ojo bueno.
Él, muy conforme,
tengan ustedes, dice,
muy buenas noches.

El encuentro de la a con que termina el primer verso con la e con que comienza el segundo, hace un efecto fatal, y si el defecto es menos sensible en el encuentro de la o con que termina el cuarto con la E con que empieza el quinto, es por la pausa que reclama el punto final que sigue a la o.

La seguidilla ha sido hasta nuestro tiempo metro despreciado y creído incapaz de servir más que para asuntos festivos y grotescos; pero hoy se la emplea con muy buen resultado en los asuntos más graves y sentidos. Cuando hace cerca de treinta años hice yo uso de ella en el Libro de los Cantares en asunto tan grave y sentido como el de la composición titulada La niña de ojos azules, me dijo el ilustre Hartzenbusch, refiriéndose a esta misma composición: «La seguidilla le debe a usted un voto de gracias, porque de seguro la ha redimido usted de la injusta esclavitud y vileza en que había nacido y vivido por espacio de siglos.» Pocos años después se estrenaba en el teatro del Príncipe la comedia de Eguílaz titulada El Caballero del Milagro, y como una escena, escrita en seguidillas, hiciese llorar a los espectadores incluso al mismo Hartzenbusch, éste se volvió a mí y me recordó, estrechándome la mano, lo que me había dicho después de leer el Libro de los Cantares.

Todavía sienten nuestros poetas cierto rubor al emplear la seguidilla en asuntos graves, y para librarse de él la disfrazan un tanto haciendo un verso de doce sílabas de los dos de siete y cinco, en esta forma, adoptada por primera vez, si no estoy equivocado, por Ricardo Sepúlveda, y de que yo mismo me he valido, no para ahorrar rubor, sino para ahorrar papel.

En el confín lejano del horizonte
el sol se va escondiendo detrás del monte,
y su luz moribunda pugna ya en vano
por disipar la sombra que invade el llano.

Al terminar el largo capítulo que he dedicado a los cantares populares, que tienen en España casi por única forma el octosílabo de cuatro versos y la seguidilla de cuatro o siete, recuerdo que este Tratadito es para uso hasta de las gentes menos dotadas de disposiciones naturales para componer versos. Entre estas gentes, habrá no pocas que carezcan de suficiente oído para estar seguras de si faltan o sobran sílabas a los versos que compongan o intenten componer u otros hayan compuesto. Contar las sílabas por los dedos o de otro modo equivalente, es, en verdad, vergonzoso entre la gente del arte; pero no debe serlo entre gente de pretensiones poéticas más modestas, y, en este concepto, aconsejo a los que tengan duda de la medida de los versos, que cuenten las sílabas valiéndose de las reglas que para esto he dado en el capítulo III de esta segunda parte de mi Poética popular que lleva por título De la medida o cadencia, y que voy a resumir aquí en pocos renglones, coonestando la repetición con el deseo de la eficacia.

Para las gentes de oído poco acostumbrado a la cadencia del verso, el endecasílabo o de once sílabas, es el que ofrece mayor duda en la medida. Yo empecé a componer coplas o cantares desde niño y era ya mozo cuando a veces no tenía seguridad, al simple oído, de si un verso endecasílabo te da o no algún defecto de medida. Pues bien: tomen una estrofa endecasílabo para enseñar prácticamente la medida silábica, sin la cual el verso deja de serlo, y sea ésta de Tirso de Molina:

El árbol de Guernica ha
conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores;
sin que tiranos le hayan deshojado
ni haga sombra a confesos ni traidores.

Después de haber ofrecido esta hermosa estrofa para que se lea del modo que debe leerse, ofrezcámosla de otro modo para que se midan sus versos como deben medirse:

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11
El ár bol de Guer ni caha con ser va do
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11
laan ti güe dad quei lus traas sus se ño res
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11
sin que ti ra nos le ha yan des ho ja do
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

ni ha ga som bra a con fe sos ni trai do res.

Aquí vemos cómo cada verso de esta estrofa consta, (le once sílabas por medio de la sinalefa, 6 sea haciendo una sola sílaba de dos cuando se encuentran dos vocales en la composición de ambas, y sólo nos resta recordar y repetir lo que ya dijimos en el citado capítulo De la medida o cadencia, que si el verso termina, en voz grave, como bello, se cuentan todas las sílabas, 6 sea ocho en el octosílabo, once en el endecasílabo, etcétera; si en voz aguda como coral, una sílaba mas; y en voz esdrújula como lágrimas, una sílaba menos.

Ejemplos: 1 2 3 4 5 6 7 8

-E raun e di fi cio be llo.

1 2 3 4 5 6 7

-En la san ta ca te dral.

1 2 3 4 5 6 7 8 9

-De rra ma ron mu chas lá gri mas.

Los precedentes versos sueltos se consideran todos como octosílabos o de ocho sílabas, y, sin embargo, el primero, que termina en voz grave, tiene 8; el segundo, que termina en voz aguda, tiene 7, y el tercero, que termina en voz esdrújula, tiene 9.

Creo que aquel que sólo busque en este Tratadito reglas para componer lo que llamamos coplas o cantares populares, las tendrá muy suficientes con leer y estudiar este largo capítulo, dedicado exclusivamente a este género de poesía.

- VI -

De los octosílabos aconsonantados

Los versos octosílabos aconsonantados son muy importantes y de mucho uso en la poesía castellana, y las combinaciones hasta aquí usadas son las que se llaman redondillas, cuartetas, quintillas, sextillas, octavillas y décimas.

La redondilla es de cuatro versos aconsonantados primero con cuarto y segundo con tercero, como ésta de mi Libro de las Montañas: Que la sublime
belleza
del sol tocando a Occidente,
dice el alma del creyente
«canta o pinta o llora o reza.»

La regularidad es casi sinónima de armonía, y por tanto es siempre conveniente en la versificación; pero en las redondillas no es esencial requisito esta regularidad o sea el que todos los versos sean agudos o graves. Lo indispensable en esta composición, como en casi todas, es que no haya asonancia entre los consonantes diversos, como la que afea la redondilla de Alcázar, que está en el capítulo titulado De la rima.

La redondilla octosílabo se presta admirablemente a la expresión de toda clase de afectos e ideas y a la descripción, por cuyo motivo es muy usada en la poesía lírica y aún más en la dramática moderna, en la que alterna casi exclusivamente con el romance octosílabo.

La cuarteta no se diferencia de la redondilla más que en rimar el primer verso con el tercero y el segundo con el cuarto, de este modo:

Yo conozco un
avestruz
que a pesar de su ignorancia
está regentando un juzgado
de primera instancia.

Al citar esta cuarteta mía, debo advertir que el dividir una de las palabras finales para convertirla en consonante, como aquí hice yo con la palabra juzgado, sólo es tolerable en la versificación festiva.

Esta combinación es un poco floja para los conceptos que requieren calor y energía, y por eso conviene, más que para estos conceptos, para los festivos y ligeros. Por lo demás, le son aplicables las mismas reglas que a la redondilla en punto a asonancia y terminación grave o aguda de los versos.

La quintilla consta de cinco versos, como lo expresa su nombre; esta combinación métrica es muy usada y armoniosa. La rima mejor y más en uso es la del primer verso con tercero y cuarto y segundo con quinto, aunque, según Terradillos, hay hasta seis modos de rimar la quintilla.

He aquí unas de D. Eduardo Bustillo, en que aparecen los modos de rimar más en uso de nuestros poetas modernos:

Ya derrotado en Pavía,
el rey de Francia decía
en medio de su dolor:
«¡Se ha perdido, madre mía,
todo menos el honor!»
Pudo, tal vez, sin llorar,
la madre del rey cautivo
aquel desastre mirar,
que aun para poder luchar
el honor quedaba vivo.

Y hablando tu orgullo herido

lo que tu conciencia calla,
«¡Todo, todo se ha perdido!»
gritar tu madre te ha oído
de vuelta de la batalla.

Llorara dolor más fiero
si ella la historia estudiase,
que en tu grito lastimero
no vio menguada la frase
del rey Francisco primero.

¿A qué, pues, te has de adornar
para volver a luchar,
si con tu orgullo vencido
ya nada puedes ganar
donde todo lo has perdido?

En estas quintillas hay el defecto de asonantar el último verso de la segunda con el primero de la tercera.

La sextilla es combinación métrica muy armoniosa y enérgica, aunque no exceda en bondad a esta, compuesta por mí: Allí Seldortun asoma
como una blanca paloma
en la falda del Llangón;
y en nombre de Montellano
donde me hicieron cristiano
me envía una bendición.

Por este ejemplo vemos que la sextilla se compone de dos tercetos, rimados el primero con el segundo, el tercero con el sexto, y el cuarto con el quinto. Es condición precisa para que suene bien, que el tercero y el sexto sean agudos y los demás graves.

La octavilla, que también suele ser heptasílabo, es asimismo combinación muy usada, armoniosa y enérgica, cuando está bien hecho. Los versos primero y quinto son libres, el cuarto rima o aconsonanta con el octavo, el segundo con el tercero, y el sexto con el séptimo; siendo condición precisa que el cuarto y el octavo sean agudos y los demás graves. Sirva de ejemplo la siguiente, de Zorrilla, que ha compuesto muchas y muy buenas.

Y vio que una alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía a lo lejos
en esta nueva región;
y el alma inerte de pena
cruzando el éter tranquilo
volaba a su eterno asilo
en otra inmortal mansión.

La décima es composición muy usada. Es poco lírica, y se presta, más que a los asuntos floridos y vagos, a los filosóficos y conceptuosos. Las décimas del insigne Calderón de la Barca son verdaderos modelos de esta composición. He aquí una de las más afamadas suyas:

Sueña el rico en su riqueza
que más cuidado le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza;
sueña el que afana y pretende;
sueña el que agravia y ofende;
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son
aunque ninguno lo entiende.

Como aquí se ve la rima de la décima es la siguiente: primero con cuarto y quinto, segundo con tercero, sexto con séptimo y décimo y octavo con noveno. Algunas otras combinaciones de rima suelen usarse en la décima, pero ésta es la más generalizada, y la que yo aconsejo se use, porque es, en mi concepto, la más armoniosa.

El octosílabo se encuentra en algunas otras combinaciones métricas, pero casi siempre mezclado con pies quebrados o de menos sílabas. Una de estas combinaciones es el ovillejo que a las gentes extrañas al arte y faltas de buen gusto agrada y maravilla mucho, como suele agradecerles y maravillarse el acróstico, que, según el Diccionario, es «una composición poética (por mal nombre, añadido yo a este calificativo) en que las letras iniciales, medias o finales forman un nombre o concepto.

El artificio del ovillejo es el de éste, que compongo con el único objeto de dar a conocer este artificio:

Dijo al darle el patatús
«¡Jesús»
y hasta añadió todavía
«María»
y aún balbuceó con fe
«y José!»
Como aquí claro se ve,
no olvidó a padres ni a hijo
pues en la agonía dijo
«¡Jesús, María y José!

Otra de las combinaciones métricas de octosílabos y pies quebrados que deben usarse, es la que dio celebridad a Jorge Manrique, y en nuestro tiempo han usado con lucimiento D.

Vicente Barrantes, D. Ventura Ruiz Aguilera y otros, entre ellos, el joven poeta alavés D. José Ronre, que dice, desconsolándose con la idea de la muerte: Un

día más de mi vida
pasó para no volver
y ¡cuidado!
que otro pasará en seguida
y vendrá el último a ser
mal mi grado,
Entonces ¡como mis ojos
se dirigirán al cielo
de improviso
y mis fúnebres despojos
caerán sin fuerzas al suelo
que ahora piso!
¡Triste momento ha de ser,
pero al fin ha de llegar
algún día,
y ¡ay! que ni puedo saber
si me dejará rezar
la agonía!

El epigrama, de que hablé en el capítulo titulado. Lo que es poesía satírica, donde dije cómo define el Diccionario esta composición, admite diferentes artificios métricos. Generalmente se usa para el epigrama el verso octosílabo, y en cuanto a la rima la más común es la redondilla.

He aquí dos ejemplos de epigrama: I

El señor don Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital
y también hizo los pobres.

II

Explicando la doctrina
el párroco don Javier
a los niños de Medina,
«¿en qué quedamos ayer?»
les preguntó con dulzura.
Y uno de los niños tiernos
le respondió: «Señor cura,
quedamos en los infiernos.»

El primero de estos ejemplos, cuyo autor es Iglesias, es un gran modelo de epigramas, tanto por su fondo como por su forma, y en cuanto al segundo, que es dedon Eladio Albéniz, aunque carece de intención satírica o moral, está bien versificado y tiene gracia el equívoco con que remata.

El epigrama ha de ser siempre breve, agudo y versificado con la difícil facilidad moratiniana. El equívoco, que tomado en sentido recto y decente es trivial, y tomado en otro sentido es grosero, no debe figurar nunca en el epigrama.

Otras dos composiciones métricas hay, cuya indicación, como la del epigrama, acaso esté dislocada en este capítulo en que, sin embargo, voy a decir algo de ellas: me refiero a la fábula o apólogo y a la letrilla, que tiene mucha importancia y uso en la poesía castellana.

El apólogo es, según el Diccionario, una «especie de fábula en que, bajo el velo de la ficción, se enseña una verdad moral.» Pobre me parece esta definición, por cuanto nada dice de la forma literaria o métrica del apólogo. Esta forma no tiene metro ni rima determinados, pues así suele ser el romance octosílabo como el endecasílabo, el verso de arte menor como el de arte mayor, la redondilla como la décima, la seguidilla como la silva.

He aquí dos ejemplos de apólogos, el primero de Campoamor y el segundo mío:

-¡Qué escándalo! en tono fiero
una gallina decía
a una urraca que comía
las flores de un limonero.
Que se come, jardinero,
de las de arriba a destajo.
-Alabo tu desparpajo,
repicó la urraca altiva.
¿Yo he de comer las de arriba
si no has dejado una abajo?

II

Como a un niño avisado y regordete,
besara una mujer con tal exceso,
que cada vez que le plantaba un beso
le plantaba un mordisco en el moflete,
-¡Madre, exclamó desesperado el niño,
el cariño que muerde no es cariño!

Generalmente los fabulistas emplean en sus composiciones interlocutores irracionales y aun inanimados, pero yo creo que sería muy conveniente sustituirlos con seres racionales, a fin de dar verosimilitud a la fábula, haciendo su acción posible. Cuando los niños se extrañan de que los irracionales de los apólogos discurran y hablen, se les dice que aquello pasó en tiempos del rey Perico, en que los animales hablaban, y suelen quedar muy

satisfechos; pero ¿qué se les dice cuando el que discurre y aun habla en el apólogo es un objeto inanimado? Esta falta de verosimilitud, o mejor dicho de posibilidad, desvirtúa, casi anula la enseñanza del apólogo, por lo que convendría, como he dicho, que en éste se introdujeran interlocutores racionales.

Por lo demás, el apólogo o fábula, cuyo asunto casi siempre es familiar o vulgar, debe tener forma sencilla y fácil.

La letrilla, que el Diccionario sólo define por «composición poética de versos cortos que suele ponerse en música», adopta generalmente el verso de ocho o menos sílabas, es las más de las veces del género festivo y aun satírico y al final de cada capítulo o tirada corta de versos repite, como si los precedentes fueran su glosa, una frase o una palabra o una idea. He aquí un ejemplo de letrilla tomado del Libro de los Cantares:

Tienes un pelo, niña,
que en brillo y suavidad
el ébano y la seda
se quedan muy atrás.

Que para atar las almas
no he visto lazo igual...
pero otra cosa tienes
que a mí me gusta más.

Tienes unos ojitos
que dicen soledad,
negros como las penas
que causa su mirar
y alegres como el cielo
cuando sereno está...
pero otra cosa tienes
que a mí me gusta más.

Tienes unas mejillas
que no hay en el rosal
rosita que con ellas
se pueda comparar,
que nadie vio conjunto
de perfecciones tal
pero otra cosa tienes
que a mí me gusta más.

Tienes una boquita
con labios que han de dar
envidia a los claveles
que broten por San Juan,
con dientes que figuran
perlitas de la mar...
pero otra cosa tienes
que a mí me gusta más.

Tienes una garganta
que celos a uno da

la santa crucecita
que en ella tiene altar
y al palpitar tu seno
de amor palpitará...
pero otra cosa tienes
que a mí me gusta más.

Tu pelo y tus ojitos
me gustan en verdad,
me gustan tus mejillas
de nieve y de coral,
tu boca y tu garganta
me gustan a la par...
mas tu corazón, niña,
me gusta mucho más.

- VII -

Del verso de arte mayor.

Versos de arte mayor se llaman los que pasan de ocho sílabas, aunque algunos sólo dan este nombre a los que pasan de once.

El verso de nueve sílabas apenas se usa porque es necesario oído muy delicado para poder apreciar su cadencia. Sin embargo, no ha faltado quien los componga de esta medida, que es la de los siguientes:

Y espacios inmensos cruzando
y atrás a la tierra dejando,
los valles de sombra saltando
que cercan el mundo mortal,
creyose su mente perdida
en tierra jamás conocida,
región de otra luz y otra vida,
la atmósfera limpia o igual.

Hasta la circunstancia de tener tres consonantes seguidos hace monótonos y poco agradables estos versos que creo sean de Zorrilla.

Los de diez sílabas son muy armoniosos, y se usan rimados de diversos modos, consonantes o asonantes y hasta con mezcla de pies quebrados, como los siguientes que son compuestos por mí:

Es mi musa la musa del pueblo,
del pueblo que vino
desde aquella región donde tuvo
el humano linaje principio
a poblar el extremo Occidente

de fieras dominio
y conserva en los valles cantábricos
sangre y habla y honor primitivos.
Es mi musa la musa que inspira
al mártir del Irnio
que, clavado en el santo Lauburo,
a la libre Vasconia alza un himno.
Es mi musa la musa que canta
los triunfos perínclitos
de Altabíscar, Padura y las Navas
exaltando a la Patria y a Cristo.

Estos versos de diez sílabas se han empleado mucho en himnos y particularmente en himnos patrióticos formando con ellos octavas rimadas de este modo: primero y quinto libres, segundo con tercero, cuarto con octavo y sexto con séptimo. Es indispensable que el cuarto y el octavo sean agudos y los demás sean graves o llanos, incluso los libres, que también pueden ser esdrújulos.

Llegamos, al fin, a los endecasílabos, que tienen en la poesía castellana importancia sólo comparable con la de los octosílabos.

Las combinaciones más usadas en el endecasílabo son muchas, y hasta hay algunas en que alternan con los heptasílabos. La más frecuente y más grata al oído es el cuarteto, que es, como su nombre indica, de cuatro versos, y se riman: el primero con el tercero y el segundo con el cuarto, en esta forma, usada por mí en una inscripción del Camposanto de Portugalete:

Esta, oh mortal, es puerta obligatoria
por donde se entra al bien o al mal eterno:
para el bueno, es la puerta de la gloria,
para el malo, es la puerta del infierno.

La redondilla endecasílabo concierta, como la octosílabo, primero con cuarto y segundo con tercero, como se ve en ésta, tomada de un soneto de don José Selgas:

Hija querida de la dulce aurora,
pura como sus tímidos fulgores,
entre infinitas y variadas flores
una más bella acariciaba Flora.

Esta combinación endecasílabo, que tiene algo de monotonía, apenas se usa más que en los sonetos, donde suena bien por las circunstancias que en su lugar diré.

Tanto los versos del cuarteto, como los de la redondilla, son, generalmente, graves: pero, en el primero, se suelen usar también agudos el segundo y el cuarto, como se ve en el siguiente ejemplo, que, asimismo pertenece a Selgas: Sentir del aura el cariñoso vuelo;

oír del agua el armonioso són,
amarse mucho y contemplar el cielo...
sueños y vidas de las flores son.

La octava real es muy usada, particularmente en la poesía heroica, que se sirve de ella casi exclusivamente, y también se ha usado en la poesía festiva, como La Mosquea, de Villaviciosa, que viene a ser una epopeya burlesca. Todos o casi todos los poemas heroicos, castellanos y portugueses, y entre ellos La Araucana, de Ercilla, y Os Lusíadas, de Camoens, están escritos en octavas reales.

En esta composición métrica riman los impares con los pares y el séptimo con el octavo, siendo todos graves, como no sea por excepción, de que se debe huir: He aquí dos ejemplos de octavas reales, una de ellas seria y la otra festiva, la primera de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y la segunda de Villaviciosa. I

La gloria de Marón el orbe llena;
aún suspiramos con Petrarca amante,
aún vive Milton y su voz resuena
en su querube armado de diamante;
rasgando nubes de los tiempos,
truenas el rudo verso del terrible Dante
y desde el Ponto hasta el confín ibero
el són retumba del clarín de Homero.

II

En África, en España, en Alemania
en el Arabia, en Tyro y en Sidonia,
en Francia, en Flandes, en Mesopotamia.
En la Pulla, en el Austria, y en Sajonia,
en Lydia, en Lybia, en Persia y en Hircania
en Grecia, Trapisonda y Macedonia,
en Vallecas, en Meco, y la Zarzuela
la mosca en todas estas partes vuela.

La primera de estas octavas es bonísima, tanto en el fondo como en la forma, y si fuera posible igualarla fuera acertado no emplear en los asuntos graves más que este metro, que, mal manejado, adolece de monotonía.

En cuanto a la segunda octava, está muy bien hecha y sólo tiene de malo la trivialidad del asunto.

El soneto es muy usado en la poesía castellana, que cuenta muchos buenos. Yo no aconsejaré a nuestros poetas noveles que se dediquen a su composición, porque ésta es difícilísima, si ha de ser buena, y, aun siéndolo, no corresponde el deleite que proporciona su lectura, al trabajo que la composición ha costado.

Consta el soneto de catorce versos, o sea de lo que se llama pie, que tiene ocho, y lo que se llama vuelta, que tiene seis. El pie son dos redondillas con dos solas consonancias, que son: primero con cuarto, quinto y octavo y segundo con tercero, sexto y séptimo. En la vuelta la rima más usada y más grata al oído es la de primero con tercero y quinto y segundo con cuarto y sexto. Algunos riman el primero con el cuarto, el segundo con el quinto y el tercero con el sexto; pero de este modo la consonancia resulta demasiado lejana y no es tan grata al oído como la de dos rimas alternadas. Por último, también son frecuentes los sonetos en que la vuelta termina con pareados.

Como ejemplo del artificio de esta difícil composición, véanse los dos siguientes sonetos de muy distinto género, el primero de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda el segundo mío: I

En vano ansiosa tu amistad procura
adivinar el mal que me atormenta,
en vano, amigo, conmovida intenta
revelarlo mi voz a tu ternura.

Puede explicarse el ansia, la ternura
con que el amor mis fuegos alimenta,
puede el dolor, la pena más violenta
exhalar por el labio su amargura.

Mas de decir mi malestar profundo
no halla mi voz, mi pensamiento medio
y al indagar su origen me confundo;
pero es un mal terrible, sin remedio,
que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
que seca el corazón... En fin, es tedio.

II

Véndese en muchas tiendas como bueno,
en vez de vino, tinta de campeche,
agua con almidón, en vez de leche,
en vez de pan, engrudo de centeno,
en vez de chocolate o café, cieno;
en vez de liebre que a uno le aproveche,
gato con que uno hasta las tripas eche,
y en vez de amor, o cosa así, veneno.

Si a la voz del deber hay almas sordas
y no es razón que al público se mate
con celadas que no usan ni las sordas
de taparrabo y tez de chocolate,
póngase en cada tienda en letras gordas:

Lasciate ogni speranza, voi che entrate!

Finalmente, conviene advertir que el soneto ha de tener un pensamiento sólo siendo la vuelta como un comentario o desarrollo del pie y terminando con un concepto sentencioso o agudo.

Los tercetos son igualmente composición muy usada en la poesía castellana, principalmente en las elegías, epístolas filosóficas y satíricas. Su artificio consiste en rimar el primero con el tercero, y el segundo con el primero del terceto siguiente, y este primero con el tercero del mismo terceto, encadenándose así sucesivamente en la forma que aparece en éstos, de don Manuel Cañete:

la sosegada paz de la Torriente,
que alza a par de los montes su cabeza;
el sencillo candor de la inocente
vida del campo; la canción sentida
que sueña en las cañadas tristemente,
todo a gozar de la quietud convida
de este mundo aldeano, que no seca
la flor del alma para bien nacida.

Del pico de Solares la belleza,

La composición en tercetos concluye con cuatro versos, de los cuales el primero viene encadenado, como he dicho, con el tercero, y el segundo con el cuarto, como se ve en esta terminación de unos tercetos de Selgas:

fragancia
venid a perfumar mi pensamiento,
dulcísimos recuerdos de la infancia.
Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;
olvida mis pasados desvaríos;
brille en mi corazón tu sentimiento,
brille en mi vida y en los versos míos!

Llenos de vuestra tímida

Los versos endecasílabos se combinan y mezclan frecuentemente con los de siete sílabas, ya en estrofas regulares, como sucede en las llamadas liras, o ya sin orden fijo, como en la silva.

La lira consta comunmente de cinco versos, dos de ellos endecasílabos y los otros tres quebrados, o sea de siete sílabas como estos compuestos por mí:

¡Cuánto me maravilla
que me preguntes, Juan, por qué motivo
en la aldea sencilla
más satisfecho vivo

que en la opulenta y populosa villa!

O éstos, llenos de armonía y majestad, que son de don Ramón de Campoamor:
Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
a tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

La lira se concierta de otros diferentes modos, y uno de ellos es la consonancia de los dos versos últimos; pero, en mi concepto, ninguna combinación es tan grata al oído como las que dejo indicadas, y particularmente la última.

En la silva no hay orden alguno en el empleo de los endecasílabos y los heptasílabos, como tampoco en la consonancia, y hasta es lícito el empleo de versos libres. Véase un ejemplo tomado de Selgas: Visión consoladora,
manantial de mis dulces alegrías,
estrella bienhechora,
luz que ilumina mis oscuros días.
¿Qué fuera yo sin ti? Planta sin fruto
nebulosa mañana,
corazón lleno de amargura y luto,
hijo infeliz de la miseria humana!

Los versos endecasílabos, pareados, tan usados en la poesía francesa, son en la castellana poco menos que inaguantables, y únicamente se deben usar al final de una composición como se usan en las octavas reales, o para expresar aisladamente un pensamiento, como yo los he usado resumiendo en un dístico lo más esencial de la vida de un vasco-navarro ilustre, según se ve en los siguientes: Fue Garibay
quien escribió primero
la historia general del pueblo ibero.

Moret la historia de Navarra escribe
y en la inmortalidad por ello vive.

Ante el valor de Urbieta y la hidalguía
el rey de Francia se rindió en Pavía.

Machin logró con su grandeza de alma
laurel como héroe, como mártir palma.

Cuando a Araucania subyugó Castilla
lidió y cantó nuestro inmortal Ercilla.

¡Moraza! El dardo que le hirió en el pecho
hirió también nuestro foral derecho.

Los endecasílabos libres, por lo mismo que carecen en un todo de rima, son muy difíciles si han de ser buenos, porque necesitan ser muy sonoros, fluídos y exentos de asonancias, así en las finales como en los promedios. Don Gaspar Núñez de Arce, en su poemita La visión de fray Martín, los ha compuesto admirables, y otros poetas contemporáneos han sobresalido también en esta difícil composición, entre ellos Selgas, a quien pertenecen los siguientes: Primavera feliz, bendita seas.

Don celestial magnífico presente,
estación de los dulces pensamientos,
estación del amor, harto cansada
de las pálidas horas del invierno
el alma te esperó, tu influjo blando
despierta al triste corazón dormido
en el sueño mortal de sus pesares.
Renacen ¡ay! como tus bellas flores
las bellas esperanzas. La alegría
brotó del blando sol de tus mañanas
y es preciso olvidar. No más recuerdos
de penosa inquietud. ¿Acaso sólo
es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dio, no dio el consuelo?
Renace, corazón, olvida y vive;
puedes amar también; naturaleza tiene
templos de amor, y en sus altares
el alma del pesar se purifica.
¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
vuela en la brisa y en las flores bebe
misterios infinitos de ternura!
¡Sé bienvenida, Primavera hermosa,
Primavera feliz, bendita seas!

Terminaré de hablar del endecasílabo, dedicando algunos renglones al romance de esta medida, que aunque mucho menos usado que el octosílabo, es frecuente en la poesía castellana. Nuestras tragedias están escritas en romance endecasílabo, sin duda con la mira de darles entonación grave y propia del asunto. Adolece de alguna flojedad por mediar entre los asomantes mayor número de sílabas que en el romance de arte menor, y por esto mismo requiere mucha fluidez y cadencia. He aquí un ejemplo mío de romance endecasílabo: La esclavitud humana te parece digna de execración e infamia eterna, y ayer doblaste a tu mujer a palos porque fue a pasear sin tu licencia. La libertad de cultos es de todas las libertades la que en más aprecias

y te das a doscientos mil demonios
si me ves santiguar ante una iglesia.
Cuatro folletos y cuarenta artículos
llevas escritos ya sobre la pena
de muerte, y... casi cotidianamente
está en tus labios la palabra ¡muera!

Hasta aquí del endecasílabo, tanto aconsonantado, como asonantado. Ahora me resta decir algo del verso de doce sílabas y del de catorce, llamado alejandrino, que no son más que dos de seis sílabas el primero y dos de siete el segundo.

Los versos de doce sílabas son muy armoniosos, y sin embargo son poco usados. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda los compuso muy sonoros y sentidos, como lo prueban los siguientes:

El alma guardaba tu imagen divina
y en ella reinaba ignoto señor,
que instinto secreto tal vez ilumina
la vida futura que espera el amor.

Al sol que en el cielo de Cuba destella
del trópico ardiente brillante fanal,
tus ojos eclipsan, tu frente descuella
cul se alza en la selva la palma real.

Del genio la aureola, radiante, sublime,
ciñendo contemplo tu pálida sien,
y al verte, mi pecho palpita y se oprime
dudando si formas mi mal o mi bien.

La combinación rítmica que más conviene a estos versos de doce sílabas es la de los precedentes, es decir, primero con tercero y segundo con cuarto, siendo graves los impares y los pares agudos.

También produce buen efecto otra combinación que consta de ocho versos rimados del modo siguiente: primero con quinto, segundo con tercero, cuarto con octavo y sexto con séptimo, siendo agudos el cuarto y el octavo y graves los demás.

El alejandrino o de catorce sílabas es muy usado en nuestra poesía desde sus primeros tiempos, como lo prueban estos versos de Berceo: Yo maese Gonzalo
de Berceo nomado
yendo de romería caescí en un prado
verde y bien sencillo de flores bien poblado,
logar cobdiciadero para un home cansado.

La monotonía de los cuatro consonantes seguidos quita a estos versos la gracia que su ingenuidad y fluidez les dan.

Realmente los alejandrinos son dignísimos de cultivarse, porque, bien hechos, acaso son los más armoniosos de la poesía castellana.

Véase como ejemplo de su armonía esta estrofa de Tassara:
¡Venecia! ¡Allí Venecia!... Del golfo transparente
se abren las blancas olas con armonioso hervor
y una ciudad de mármol alza la tersa frente
movida por la vara de un mago encantador.

No son menos armoniosos los de estas estrofas de una poesía de la Avellaneda dirigida al mar:
Espíritu invisible que reinas en su seno,
y oscilación perpetua le imprimes sin cesar,
¿qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?
¿Al mundo acaso cuentas el tenebroso arcano
que en el abismo inmenso sepulta tu poder,
o luchas blasfemando con la potente mano
que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Los versos alejandrinos necesitan mucha tersura y mucha uniformidad de acentuación para ser buenos. En el penúltimo de la precedente estrofa hay en el promedio la palabra blasfemando, que asuena con el consonante mano y el verso queda muy deslucido. Asonancias y encuentros de vocales son intolerables en los alejandrinos, que no admiten medianía. La siguiente estrofa de Ruiz Aguilera pierde gran parte de su efecto por dos de estas faltas, que son el esdrújulo del tercer verso y la asonancia de esta misma palabra con campos del verso precedente:

Irlanda, la más bella paloma de las islas,
la de los verdes campos, la encantadora Erin,
tendida en el romántico sepulcro de sus reyes
espera resignada de su existencia el fin.

El artificio rítmico de los alejandrinos admite con buen efecto los versos libres y los asonantes en los agudos, pero sólo es con la condición de que han de ser agudos los pares y graves los impares.

- VIII -

Del uso que se debe hacer en España de las aficiones poéticas.

Creo deber de conciencia el terminar este Tratadito de Poética popular diciendo a los jóvenes que estudiándole se adiestren en el ramo más ameno de las bellas letras, lo que la experiencia literaria y social me ha enseñado en punto a los límites que en España deben tener las aficiones poéticas.

Muchos jóvenes conciben en nuestras provincias afición a la literatura en general y a la poesía en particular, leyendo o viendo representar las obras de nuestros más célebres escritores y poetas y creyéndose con facultades para seguir la gloriosa senda que estos siguen o han seguido, porque han compuesto tales o cuales versos o han escrito tal o cual prosa que en el seno de su familia o en el de la amistad han obtenido alabanzas y aplausos. Estos jóvenes sueñan con ir a la corte y entregarse allí en cuerpo y alma a la vida literaria y se creen predestinados a alcanzar gloria y dinero en esta vida. Este engañoso sueño pierde a muchos jóvenes y a muchas familias, y para evitarles esta perdición les voy a hablar con la sinceridad de mi buen deseo y el conocimiento de la experiencia que he adquirido escribiendo y publicando más de veinte libros y pasando más de veinte años consagrado casi exclusivamente al cultivo de las bellas letras en los Círculos literarios de Madrid.

La literatura cultivada con facultades para ello, es en Francia, en Inglaterra, en Alemania y no sé si en algunos otros países, una profesión con que se puede vivir holgadamente y aun enriquecerse; pero en España es una profesión que, si a veces proporciona gloria, nunca deja de proporcionar privaciones y malquerencias.

Hace cuarenta años dijo Larra que en España la profesión literaria era un modo de vivir, con que no se podía vivir, y hoy podría decir lo mismo o poco menos. Esos estrepitosos triunfos teatrales y esas multiplicadas ediciones de libros y esas protecciones a los merecimientos literarios de que dan cuenta los periódicos de Madrid y llenan de envidia y esperanza a los que en provincias y aun en Madrid mismo leen estos periódicos y se creen con facultades literarias para aspirar a análogos triunfos, no ocultan más que miserias, desengaños y amarguras de toda especie.

La única literatura que proporciona un pedazo de pan, tal cual tierno y blanco a una docena de escritores en Madrid, es la teatral. ¡Pero qué caro cuesta ese pedazo de pan a los que le consiguen: en perpetua lidia con empresarios, con actores, con rivales de su misma profesión, con críticos sin conciencia ni misericordia, con un público inconsecuente, atribiliario y caprichoso; con editores, con administradores, con tantos como se constituyen en árbitros dispendedores de su genio, de su trabajo, de los efluvios más puros y bellos de su corazón y su inteligencia!

Don Luis de Eguílaz escribió más de cuarenta comedias en los veinticuatro años que duró su vida literaria activa; nunca sufrió una verdadera derrota; y si media docena de sus obras fueron recibidas con frialdad, las restantes alcanzaron estrepitosos éxitos, habiendo algunas, como Verdades amargas, La cruz del matrimonio, Los soldados de plomo, El patriarca del Turia, La Vaquera de la Finojosa, El molinero de Subiza y otras que se representaron seguidamente más de cincuenta veces, y sin embargo, y a pesar de no ser el poeta malgastador, ni pródigo, ni vicioso, en los últimos años de su vida necesitó buscar un empleo público para no morir de hambre, y cuando murió, en mi presencia, en Julio de

1874, amargó sus últimas horas la idea de que la propiedad de sus cuarenta comedias que continuaban representándose con aplauso en todos los teatros de España, era la única herencia que dejaba a su hija y con aquella herencia no dejaba a su hija a cubierto de la miseria.

Si yo, que he consagrado cuarenta años de mi vida al cultivo de la literatura y he escrito más de veinte libros y materia para otros tantos, y he sido tan afortunado en punto a aceptación de mis libros que no pocos de ellos cuentan en España muchas ediciones reales y positivas y no fantásticas, y no pocas en países extranjeros a cuyas principales lenguas literarias se han vertido, escribo hoy el mejor libro que he escrito en mi vida, y en el que he derramado toda la luz de mi inteligencia y todo el sentimiento de mi corazón, y con este libro en la mano voy a Madrid a llamar a la puerta de los editores, será difícilísimo que encuentre quien me dé tres o cuatro mil reales por un trabajo que me ha costado un año de cavilaciones, de fatigas, de palpitaciones de corazón, de estremecimientos nerviosos y de lágrimas de ternura.

Los que sueñan en España con nadar en gloria y dinero y felicidad entregándose en cuerpo y alma a la vida literaria, no echen en saco roto estas noticias que les da de esa vida uno que tiene larga experiencia de ella y no es inclinado a la exageración.

Pero no porque la profesión literaria continúe en España siendo un modo de vivir con que no se puede vivir, debo aconsejar a nadie, y mucho menos a los jóvenes que tengan aficiones literarias, que renuncien estas aficiones. Consérvenlas y acreciéntelas, que no haciendo de ellas más uso ni fundando en ellas más esperanzas que el uso que se hace y las esperanzas que se fundan en el cultivo de unas flores en el jardín o el balcón o tocando tal o cual pieza de música, se puede obtener gran fruto de esas aficiones: este fruto es el de alcanzar con ellas alguna consideración social, y dulcificar muchas amarguras, muchos tedios, muchos desfallecimientos, muchos desconsuelos de la vida.

El joven que se sienta con aficiones literarias consérvelas, acreciéntelas, diríjalas por el camino de la depuración y la perfección; pero guárdese de elevarlas a profesión exclusiva, guárdese de esperar de ellas el pan de su porvenir; espere sólo este pan de otra profesión: de la de comerciante, de la de médico, de la de letrado, de la de ingeniero, de la de labrador, de la de marino, de la de militar, de aquella a que más inclinado se sienta o más le inclinen sus padres. Como descanso y tregua de su estudio para seguir la única carrera de que debe esperar el pan del porvenir, lea versos, lea prosa, componga los primeros, escriba la segunda, pero hágalo sólo de modo que, lejos de perjudicar con ello los estudios y el trabajo con que ha de subvenir a las necesidades reales de su vida, le beneficie, proporcionándose con aquel descanso y aquella tregua nuevo vigor y nuevo aliento para estudiar y trabajar.

El cultivo de las bellas letras, y muy especialmente, el de la poesía, es muy dulce, es muy útil, es muy consolador, por cuanto con él se dulcifican las penas más acerbadas del alma y se añaden torrentes de luz a la inteligencia; pero este cultivo en España no debe pasar de mera afición, porque, si pasa a profesión, será lo que dijo Larra: un modo de vivir con que no se puede vivir.

Con esta advertencia y este consejo creo haber puesto un honrado coronamiento a mi obrita, que siendo práctica en el precepto artístico, debía serlo también en el precepto moral.

Apéndice

Para no embarazar demasiado el texto preceptivo de mi Poética popular, he escaseado en él los ejemplos cuanto me ha sido posible.

Este sistema tiene algún inconveniente, que es el de no dar inmediata y completa idea del efecto que produce en el oído, y, sobre todo, en el ánimo, el metro, cuyo mecanismo se explica. Para remediar este inconveniente y para tener mayor ocasión de explicar los defectos que conviene evitar en la poesía, me ha parecido oportuno adicionar mi Tratadito con algunas composiciones poéticas completas. Hubiera podido, y quizá debido, tomarlas de poetas de más mérito y autoridad que yo; pero he acudido a las de propia cosecha, porque entrando en mi propósito el acompañarlas de notas censorias y no gustando de censurar lo ajeno, puedo así ejercer la censura sin mortificación de nadie.

Advertido y explicado esto, paso a elegir entre mis humildes trabajos poéticos, no los mejores, sino los que me parezcan más conducentes al fin que me propuse al escribir el Arte de hacer versos.

Mi valle

I

Mi valle es de cuatro leguas

y tiene diez mil hogares
ocultos en apacibles
bosquecillos de frutales;
montes férreos le dan sombra,
le arrullan azules mares,
cuatro ríos le fecundan,
crúzanle infinitas naves;
gozo y riqueza derraman
en él la industria y el arte;
no hay en él mano que huelgue
ni garganta que no cante;
la vid cubre sus collados
y sus vegas los cereales,
flores y eterna verdura
le dan perfume y esmalte,
y tiene al pie de sus montes
regacitos deleitables
donde la paz y la sombra
y el cántico de la aves

y el arroyuelo y el césped
lleno de flores fragantes
dicen de la primavera
con dulcísimo lenguaje
a los que piensan, que piensen
y a los que cantan, que canten.

II

Tal es el valle en que tengo
mi hogar y mis amistades
y mis esperanzas de hombre
y mis recuerdos de infante.
Ramificación de otro
donde lloran los mortales,
no es en él todo delicias
ni beatitud perdurable,
que a veces, ¡ay Dios!, encuentro
réprobos entre sus ángeles,
espinas entre sus flores
y entre su calma huracanes;
pero tengo un rinconcito
donde entonces refugiarme:
el rinconcito del alma
adonde no hay mal que alcance.
Desde el Llangon al Gangúren
y desde el Triano al Serantes
la primavera ha vestido
de luz y flores el valle,
y ya brotan de mi alma
canciones primaverales.
Vamos, musa mía, vamos
por esos campos y hogares
llorando con los que lloren,
cantando con los que canten.

El domingo

¡Qué alegre es el domingo
cuando el primer cantar
canta en su campanario
la iglesia parroquial
y vestidos de fiesta
todos a misa van
por la olorosa linde
de la verde heredad
o la florida estrada
o el viejo castañar!

¡Qué alegre es el domingo
cuando cariño y pan
al volver de la iglesia
se encuentra en el hogar, bajito, bajito,
que lo oiga Dios no más,
se ha conseguido alguna
promesa muy formal
de labios que parecen
hechos para besar!

¡Qué alegre es el domingo
cuando la mocedad
al pie de los cerezos,
no se harta de bailar
ni se harta de reír
con loca ingenuidad;
y los de edad madura
poquito más allá,
de recordar no se hartan
ni se hartan de charlar!

¡Qué alegre es el domingo
cuando escondido va
el sol tras el Janeo
su hermoso luminar
y con sus santas lenguas
la iglesia parroquial,
cuyo alto campanario
domina el arbolar,
dice a los feligreses:
«Rezad y descansad»

¡Qué alegre es el domingo
cuando la voz leal
de la conciencia humana,
que no miente jamás,
dice a los campesinos
que tornan a su hogar:
«Mañana es día santo
como el que expira ya,
porque mañana es
día de trabajar!»

Gente morena

I

«Muchachas de tez de nieve
y de rubia cabellera
son florecitas, mas son
florecitas sin esencia.

Glaciales hijos del Norte,
queredlas enhorabuena,
que os gustarán como os gusta
la nieve de vuestras sierras;
pero en España queremos
muchachas de tez morena,
queremos almas ardientes,
como este sol que nos quema.
Moreno pintan a Cristo,
morena a la Magdalena,
morenas, sin duda, fueron
la granadina Zulema,
la aragonesa Isabel,
la castellana Jimena,
que en los anales de amor
dejaron memoria eterna.
Morenitas suelen ser
las muchachas de mi tierra;
moreno es el bien que adoro...
¡Viva la gente morena!

II

Así, pidiendo a la historia,
razones que a dar se niega,
los cantos meridionales
ensalzan a las morenas;
así el pueblo de Castilla
vuestra rubia cabellera
de color de ébano torna,
¡Oh Jesús! ¡Oh Magdalena!
Yo Antón, el de los cantares,
también nací en esta tierra
donde el amor es la gloria
y el limbo la indiferencia;
pero yo al amor no pido
una mejilla trigueña,
que le pido una mejilla
de rosas y de azucenas.
¡Oh virgen de ojos azules
que vi llorar en mi aldea
de amor y melancolía
cuando doraba la sierra
el triste sol de los muertos,
tu amor quiero y tu tristeza!

Las madres

I

-Quiquiriquí...

-Canta el gallo

y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,

que es cerca de amanecer.

-Todavía es muy temprano...

Padre, ¡déjenos usted
otro poquito!

-¿Que os deje,

cuando tenemos la mies
clamando porque cuanto antes
la vayan a recoger?

¡Ea, arriba, perezosos!

-Antón, déjalos. ¿No ves
que están los pobres muchachos
reventaditos de ayer?

No, buena procuradora
tienen en ti.

-Que se estén

en la cama hasta que el gallo
cante siquiera otra vez.

-Bien, que se estén... Estas madres
los echan siempre a perder!

-Hombre, ¿qué quieres que hagamos?

-No haceros tanto de miel.

-Hijos de nuestras entrañas,
¿no los hemos de querer?

II

-Muchachos, que ya es de día.

-Padre, ya estamos de pie.

-Ea, pues a ver si hoy cunde
la tarea más que ayer.

-Hombre, ¿son algunos negros?

-¿Ya sales tú?

-Ya se ve

que salgo.

-¡Pero, señor,

que en todo se han de meter
estas mujeres!

-Tratándose

de mis hijos, con el rey
me peleo yo. Hijos míos,
¿vais en ayunas? Bebed
un poquito de aguardiente
con un bollo. Os voy a hacer

para almorzar unas migas
que estén diciendo ¡comed!
Abrochaos esos cuellos,
que con el sol os ponéis
lo mismo que unos gitanos...
¡Válgame Dios de Israel,
que por más que una se mate
no ha de poder nunca ver
arreglados a estos hijos!
Id con Dios.

-Hasta después.

-¡Eres la madre... más madre
que se ha visto ni se ve!
-¡Déjame, Antón, por los clavos
del Señor! ¿Y qué de hacer?
Si su madre no los quiere,
¿quién ha de quererlos, quién?

III

-¡Qué hermosa está la mañana!
¡Qué bien se está aquí, qué bien!
Desde esta ventana un mundo,
un mundo entero se ve.
El aire de la mañana
olores va a recoger
al tomillar de los cerros
y aquí los vierte después.
Airecito que vertiendo
olores como la miel
en mi ventana suspiras,
¡que Dios te bendiga, amén!
Los mozos, yendo a la vega,
van cantando su amor fiel;
las mozas, yendo a la fuente
le van cantando también;
y hasta los pájaros cantan
en el huerto, no sé qué...
Antón, el sol de Dios sale
por detrás del cerro aquél...
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!
Antón, ¿no le quieres ver?
-Déjame de sol ni sombra,
que hartito me abraso con él.
¡Si no es el sol que tú miras
el que madura la mies!
¡Si el sol que tú miras son

tus hijos!

-Pues bien, ¿y qué?

¡Los hijos son el espejo
donde las madres se ven!

IV

Anoche los señoritos
debieron correrla bien,
que cuando se recogieron
eran cerca de las tres.

-Estás en tu juicio, Antón?

¡Si yo misma les eché
la llave para que entraran
y eran... serían las diez!

-Mujer, si yo los sentí
y estuve para coger
una tranca...

-Vamos, vamos,
tú estabas soñando.

-¡Eso es!

¡Mire usted que es mucho cuento!

¡Que le han de querer hacer
a uno comulgar con ruedas
de molino! ¡Ya se ve,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien!
¿Y no les diste dinero
para la bromita?

-¡Pues!

-Mujer, si yo te sentí
abrir el cofre y coger
dinero cuando se fueron...

-¡Sí, se le di, pero ¿y qué?
Quiero que siempre mis chicos
donde vayan queden bien.

-¡Válgate Dios!

-Antón, mira,
por más vueltas que le des,
ellos han de ser mis hijos,
y yo su madre he de ser.

V

-¿Qué tienes hija? ¿Estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,

que reír no se te ve
que te quedas en los huesos...
¿Que tienes? Vamos a ver,
¿quieres que se llame al médico?
-No, Antón, porque inútil es.
-Pero, ¿no sabes qué tienes?
-Demasiado, Antón, lo sé.
¡Los hijos de mis entrañas
van a ir a servir al rey!
-Tonta, ¿y por eso te afliges?
Mira, para conocer
el mundo no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombre debieran
esos estudios hacer.
-Antón, vosotros los padres,
así pensaréis tal vez;
pero las madres pensamos
que es el dolor más cruel
ver a los hijos del alma
por esos mundos correr
muertos de cansancio un día,
otro, muertos de hambre y sed...
-Es verdad que hay algo de eso,
pero, hija, ¿qué hemos de hacer
si caen soldados los chicos?
-Antón, ¿y preguntas qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender;
y si eso no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta
para que a servir al rey
no vayan los pobres hijos
que con tanto afán crié.
-Alegando algún achaque
se podrán librar tal vez...
-Eso sería mentir
y dos veces ofender
a Dios que los ha criado
más hermosos que un clavel.
-¡Pues venderemos las tierras,
ya que te empeñas, mujer!
-Gracias, ¡Antón de mi alma!
Que Dios te bendiga, amén.
Para las madres la gloria
es siempre a sus hijos ver...

¡Ah, si Dios nos da dolores
consuelos nos da también!

VI

-Ayer tu santo bendito
y nadie te vino a ver...
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!
¡Antón, por la Virgen, ten
paciencia!

-¡Paciencia! ¡Mucha
necesitamos tener!

Mira el pago que nos dan
esos pícaros, después
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez.
¡La soledad y el olvido!
Pero, hombre de Dios, ¿no ves
que tienen familia ya
los pobres a que atender?
-¡Y se olvidan de sus padres!,
-¡No hay tal!...

-¡Bien claro se ve:
se casaron y no han vuelto
a poner aquí los pies!
-No habrán podido los pobres...
-¡No los defiendas, mujer!
-Son mis hijos.

-Ese nombre
yo a darles no volveré
sino para maldecirlos.
-¡Qué corazón tan cruel!
-¡Malhayan amén mis hijos!
-¡Benditos sean, amén!

Alborada de amor

La niña y yo una mañana
fuimos a coger cerezas,
y la niña y yo volvimos
coloraditos como ellas,
porque unos recién casados
que volvían de la iglesia
mirándonos sonriendo
dijeron: -Así se empieza.

Las cruces

I

Santas cruces, santas cruces
que alzaron nuestros abuelos
desde el pueblo a la colina
que se alza orilla del pueblo
conmemorando el sublime
sacrificio del cordero,
poco a poco santas cruces,
vais cayendo, vais cayendo,
y conforme caéis, caen
la paz del hogar doméstico
y la paz de la república
que a vuestro pie florecieron.

II

Noble tierra de Cantabria
en cuyos verdes oteros
la religión y el trabajo
tienen altares perpetuos,
aún en tus oteros se alzan
reverenciados y enhiestos
los piadosos simulacros
que alzaron nuestros abuelos.
Noble tierra de Cantabria,
cuida de ellos, cuida de ellos,
que cuando las cruces caen
¡ay de los pueblos!

Preludio

-Madre, todas las noches

junto a mis rejas
canta un joven llorando
mi indiferencia:
«Quiéreme, niña,
y al pie de los altares
serás bendita.»
Esta dulce tonada
tal poder tiene,
que me pongo al oírla
triste y alegre.
Di, ¿por qué causa
entristecen y alegran
estas tonadas?

II

Hija, lo que las niñas

como tú sienten
cuando junto a sus rejas
a cantar vienen,
es el prelude
del poema más santo
que hay en el mundo.
Tornada en santa madre
la virgen pura,
tristezas y alegrías
en ella turnan,
y este poema
es, niña, el que ha empezado
junto a tus rejas.

Historia de las blancas

Allá, en la región lejana,
que riegan Tigris y Eufrates
donde la familia humana
comenzó a hacer disparates,
porque no hay quien no recuerde
que allí se dio la primera
tripada de fruta verde
que aún no ha logrado echar fuera,
hay tradiciones orales
que valen cualquier dinero,
pues dan pelos y señales
de nuestro origen primero,
como esta que a conocer
nos da, vulgar, pero franca,
la historia de la mujer
rubia, sonrosada y blanca.
Hecho Adán a su deseo,
Dios exclamó: «Retebién»,
y se fue a dar un paseo
por los jardines de Edén,
buscando manera obvia
de dar a aquel guapo chico
la correspondiente novia
que le avisase un tantico;
y como en aquellas gratas
espesas siempre amenas,
viese unas soberbias matas
de rosas y de azucenas,
que son flores muy hermosas,
en menos de un periquete
de azucenas y de rosas

hizo un lindo ramillete,
que el Artífice divino
ató de modo perfecto
con una hebra de oro fino
que pidió al sol al efecto.
Y cuando tuvo de sobra
meditada su obra nueva,
puso manos a la obra
para fabricar a Eva,
no con un cacho de arcilla
como fabricó al galán,
sino con una costilla
que al efecto sacó a Adán,
pues eran sus intenciones
que aquella obra de su mano,
tuviese las perfecciones
que puede haber en lo humano,
y contra el ruin parecer
del diablo, lengua de gubia,
estaba por la mujer
blanca, sonrosada y rubia.
Dispuesto con mil primores
el molde, a distancia corta,
costilla y ramo de flores
juntos metió en la retorta,
y de todo aquel tesoro
amalgamado, es decir,
carne, hueso, flores y oro,
salió lo que es de inferir,
pues salió de todo ello
una mujer tan hermosa,
que era de oro su cabello
y su tez de nieve y rosa;
siendo esta preciosa perla
de tan subido valor,
que el hombre más frío, al verla,
grita: «¡Que salga el autor!».
Y los diablos se sublevan
como unos pobres bolonios,
poniéndose que los llevan
cuatrocientos mil demonios,
y citrando su ambición
en la mezquina corona
de echar un chafarrinón,
en la obra de Dios más mona.
Tal, en suma, viene a ser,
vulgar, eso sí, mas franca,

la historia de la mujer
rubia, sonrosada y blanca,
que si de mí no es bendita
con la efusión que en mí cabe,
es porque no necesita
que la cara se le lave.

Color epistolar

¡Te quejas de que mis cartas
su hermoso color perdieron
que era el carmín de las rosas
o era el azul de los cielos!
Yo te diré en qué consiste,
y no te enfades por eso,
que no sé reír por fuera
cuando sollozo por dentro.
Con tus malos proceder
tengo el corazón tan negro
que mojo la pluma en él
pensando que es el tintero.

Mi maestro

I

Toda, toda apacible
tarde o mañana
veo pasar por frente
de mi ventana
a un venerable anciano
que se encamina
adonde el agua corra
y el ave trina;
y experimento al verle
gozo tan santo,
que se arrasan mis ojos
en dulce llanto
y oro por él, con ellos
en lo alto fijos,
como oran por los padres
los buenos hijos.
Es que debió a ese anciano
mi inteligencia
circundada de sombras
la primer ciencia
y esta ciencia mi alma
llena de encantos

mostrando lo que dicen
sabios y santos

II

Teniéndome aún mi dulce
madre en la falda,
vi unos libros muy viejos
en una balda
y como preguntase
cuál su objeto era,
me le explicó mi madre
de esta manera:
«Esos se llaman libros
y son los labios
con que lo enseñan todo
santos y sabios,
pero hablan una lengua
que sólo entienden
los que antes de escucharlos
tal lengua aprenden.
Yo te llevaré al docto
señor maestro
para que en esa lengua
te ponga diestro.
y verás cómo entonces
hallas encantos
en oír lo que dicen
sabios y santos»

III

El anciano que toda
tarde y mañana
veo pasar por frente
de mi ventana
me enseñó con lecciones
y con consejos
la lengua de los libros
nuevos y viejos,
y encuentro desde entonces
dulces encantos
en oír lo que dicen
sabios y santos.
Anciano venerable
que con tal ciencia
enriquecer supiste
mi inteligencia,
sigue, sigue buscando

la paz augusta
de la naturaleza
que a ambos nos gusta:
que cuando esos collados
verdes traspones,
amorosas te siguen
mis bendiciones.

Recuerdos

I

Aun éramos los dos niños
y éramos los dos alegres
cuando a sentir empezábamos
la alternativa perenne
de melancolía y ansia
que agita al adolescente.
Ya fuese que me esperase
ya que la esperase fuese,
la puente de nuestra aldea
pasábamos juntos siempre
y más de una vez, de pechos
en el pretil de la puente
donde un nido entre la hiedra
dos pájaros hacer suelen,
contemplábamos dos ríos
que llegan hasta allí débiles
y allí se juntan, y juntos
corren hacia la mar fuertes
¡Ay! Nuestras manos entonces
se buscaban mutuamente
y su cabecita rubia,
como el sol que nace o muere,
se reclinaba en mi hombro
de júbilo estremeciéndome.

II

¡Qué confidencias tan dulces
y qué sueños tan alegres
en aquellas arboledas
que río abajo se extienden
hasta que al pie del Janeo
la mar azul aparece!
Pero, ¡qué presentimientos
tan tristes algunas veces!
Era a mediados de Octubre
cuando todo palidece

y todo anuncia que toda
la naturaleza muere.
Junto a la fuente de Torres,
a la luz del sol poniente
soñábamos una tarde
felicidades celestes
que en la tierra sueñan pocos
porque pocos las comprenden
cuando doblaron campanas
en la aldeíta de enfrente,
y, no sé por qué, la niña
de tristeza estremeciéndome,
reclinó en mi hombro, llorando,
la cabecita inocente.

III

Doblaban también campanas
porque empezaba Noviembre
en que entre muertos y vivos
sirven de santos intérpretes;
doblaban también campanas
cuando con ansias crueles
nos despedimos pensando
si sería para siempre.
Veintidós años más tarde
torné a mis valles alegres
pensando en ella y pensando
que era muerta aunque viviese,
y nos encontramos bajo
las encinas de Sanfuentes.
Gloriosa santa Lucía,
que en aquel collado tienes
esperanzas para el triste
que la luz ocular pierde,
cegaras mis ojos antes
que llorar los suyos vieses
porque desde que los vieron
las angustias de la muerte
no me espantan, no me espantan,
que ya sé cómo se muere!

IV

Yo no sé si ríe o llora,
yo no sé si vive o muere
hasta San Pedro de Abanto
al pie de un collado verde;
pero sé que muchas tardes

pasando por allí alegre,
he visto unos niños rubios
cogiendo de un nogal nueces;
y yo, que bendigo al que ama,
y maldigo al que aborrece,
he sentido odio y tristeza
al ver que a ella se parecen.
Y aquel arroyuelo manso
que del collado descende
no puedo una vez siquiera
pasar sin estremecerme,
pensando que es de sus ojos
el agua que por él viene.
¡Y en la voz del campanario
y en el rumor de la fuente
y en el canto de las aves
oír su voz me parece
que enamorada me llama
y desesperada muere!

La soledad

Conozco yo una aldeíta
allá en mi valle natal,
tan agreste y solitaria
que cuantos por ella van
exclaman cuando la ven:
«¡Qué espantosa soledad!»
Entre dos montes muy altos
cuyas laderas están
vestidas de madroñales,
corre, corre hacia la mar
saltando de peña en peña
un riachuelo fugaz
tan fresco como la nieve,
tan limpio como el cristal.
Orilla del riachuelo,
en un bosque secular
de castaños y nogales
que sombra apacible dan,
y entre verdes huertecillos
que tienen por valladar
avellanos y saúcos
en que el jazmín y el rosal
y la madreSelva apoyan
su dulce debilidad
y cuyo interior sombrean

el manzano y el brevar
y el cirolero y la parra
y el cerezo y el peral,
que son desde Mayo a Octubre
regocijo del lugar
a orilla del riachuelo
diseminadas están
quince casas, dos molinos,
una iglesia parroquial
y un santuario que domina
a toda la vecindad
para que el santo, mejor
pueda por ella velar.
Tal es (poco más o menos,
que pinto bastante mal),
la aldeíta de mi valle
que a todos hace exclamar
por solitaria y agreste:
«¡Qué espantosa soledad!»

II

Aldeíta que te escondes,
en el más agreste y más
apartado rinconcillo
que hay en mi valle natal,
yo, que bajo tus nogales
no jugué en la tierna edad
ni a las presas de tu río
bajé en verano a nadar,
ni subiendo a tus frutales
me puse como un Adán,
ni rompí a tu señor cura
de una pedrada un cristal,
ni de tu señor maestro
recibí un tantarantán,
ni apedreando tus campanas
fui aprendiendo a repicar,
ni vestí de monaguillo
en tu fiesta patronal
ni lloré por los que hallaron
en tu Camposanto paz,
ni recé por vez primera
en las gradas de tu altar,
ni recibí el agua santa
en tu pila bautismal;
yo, que más de media vida
he pasado en la ciudad,

y hallo mi mayor encanto
en la vida intelectual;
yo, aldeíta de mi valle
que a todos espanto das,
a pesar de todo esto,
me comprometo a pasar
lo que me queda de vida
en tu horrible soledad,
sólo con la condición
de que no me han de faltar:
en la estantería, libros,
en el alhacena, pan,
en el hogar propio, amor,
y en el ajeno, amistad.

Fin

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

